

ED McBAIN SALUDOS AL JEFE



E T I Q U E T A



N E G R A



Seis cadáveres (tres hombres, dos chicas jóvenes y un bebé) aparecen tiroteados en una zanja. El caso les corresponderá llevarlo a los hombres del Distrito 87, que enseguida empezarán a sospechar que tras esos asesinatos se encuentra, como telón de fondo, la guerra entre las bandas juveniles que quieren controlar la ciudad.

OceanofPDF.com



Ed McBain

Saludos al jefe

Etiqueta Negra - 71

ePub r1.1

Titivillus 08.03.2021

OceanofPDF.com

Título original: *Hail to the chief*

Ed McBain, 1988

Traducción: Sara Martínez

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

NOTA

McBain, nacido en 1926 en Nueva York, como Salvatore A. Lombino, tomó el nombre de Evan Hunter de las escuelas donde cursó el bachillerato y con él triunfó en los años 60 con una serie de novelas sobre el mundo juvenil, la violencia racial y los barrios bajos neoyorquinos, como Los jóvenes salvajes y El último verano.

En 1956 inicia la publicación bajo el seudónimo Ed McBain (que a la larga habría de destronar en popularidad su obra firmada como Evan Hunter) la serie de la Comisaría 87.

Dando forma al subgénero del procedimiento policiaco sus historias recorren la vida cotidiana de una comisaría de policía ubicada en la inexistente ciudad de Isola (mezcla de Nueva York y Chicago). Utilizando como personaje colectivo a los detectives de la comisaría y como sujeto a la ciudad, sus novelas apelan constantemente a la combinación narrativa de varios casos simultáneos, a la descripción de técnicas de laboratorio policial y trabajo de oficina a las rutinas policiales, a la vida cotidiana de los detectives.

McBain abrió la puerta a este subgénero que habría de desarrollar años más tarde con una mayor dureza Wambaugh, y que tiene entre sus más brillantes cultivadores actualmente a Daley y Caunitz. El paralelo evidente podría trazarse con la serie de Maigret de Georges Simenon, y también las distancias. Lo que en Simenon es Maigret, en McBain es un colectivo en el que aparecen y reaparecen como personajes centrales Steve Carella, Meyer Amigarte, Cotton Hawes, Bert Kling Andy Parker; lo que en Simenon es ambiente, introspección, en McBain es rutina, trabajo cotidiano.

El éxito de la serie puede medirse por la presión de los editores, que hizo que el prolífico McBain escribiera en algunos años hasta tres libros

(1956, 1959, 1960) y dos en la gran mayoría, aunque en los últimos años ha espaciado su producción publicando tan solo una novela al año.

La serie fue llevada a la televisión en 1961-1962 en 31 capítulos protagonizados por Robert Lansing y Gene Rowlands y se han realizado docenas de películas con temas originales de McBain, incluso algunas tan exóticas como High and Low en la que se narraba desde una perspectiva japonesa, con Toshiro Mifune como actor, una de las historias de McBain o Without apparent motive en la que Niza se volvía Isola y Jean Louis Trintignant era Carella.

Saludos al jefe fue editada en los Estados Unidos en 1973.

Etiqueta Negra publicará próximamente otra novela de McBain, Hail, hail, the gangs all here!

PIT II

OceanofPDF.com

UNO

Encontraron los cuerpos en una zanja en el extremo más septentrional del distrito 87.

La compañía de teléfonos había levantado la calle a primeras horas de la pasada madrugada para llegar a los cables subterráneos.

Los obreros terminarían el trabajo hacia el atardecer cuando la temperatura descende a bajo cero. Habían cubierto la zanja temporalmente con tablones de madera y habían puesto señales luminosas alrededor de la excavación para mantener a los motoristas alejados de la estrecha y alargada zanja del suelo. Alguien había levantado los tablones y arrojado los seis cuerpos dentro del hoyo.

Dos coches de policía que hacían su patrulla rutinaria cerca del embarcadero vieron los tablones levantados y alumbraron con sus linternas dentro de la excavación.

Era el día seis de enero a las tres de la mañana. A las tres y diez, los inspectores Steve Carella y Bertram Kling, se encontraban en el lugar de los hechos.

El fondo de la zanja era un amasijo de cables eléctricos y telefónicos. El agua se había filtrado dentro mezclándose con la tierra removida y formando un lodazal que se había congelado con el anochecer, de manera tal que los cables parecían enfundados en plástico marrón.

Los seis cuerpos yacían en desorden sobre el hielo color barro. Otro color ensuciaba el hielo. Era sangre. Los cuerpos estaban desnudos.

Su desnudez hacía que la noche pareciera todavía más fría de lo que era. Carella, que llevaba una chaqueta de cuero forrada en piel, guantes de lana marrón y gorro con orejeras, miró el interior de la zanja. Kling abanicaba el haz luminoso de su linterna sobre los cuerpos. A diez pies de donde ellos estaban, las luces giratorias rojas de dos coches patrulla centelleaban en la

noche. Ahora que los inspectores ya estaban aquí, los patrulleros regresaron a calentarse dentro de los coches.

Dentro de la zanja había tres hombres, dos chicas jóvenes y un bebé. El bebé estaba acurrucado en brazos de una de las chicas.

Carella no dio la vuelta hasta que vio al bebé. Hasta ese momento este era otro homicidio más, más horroroso que la mayoría pero uno no se da la vuelta por ninguno a menos que lo haga por todos. La vista del bebé muerto le causó una punzada breve y aguda en algún lugar detrás de los ojos. «Jesús», dijo; mientras se alejaba de la zanja escuchó cómo detrás de él Kling contenía el aliento y supo que él también había visto al bebé. Kling apagó la linterna. Se alejaron más del agujero, como si de alguna manera el estar cerca pudiera ser contaminante. El vaho de sus alientos flotaba en el aire. A lo lejos oyeron una sirena de policía. Durante algunos instantes ninguno de los polis dijo nada. Kling, sin guantes ni sombrero, se puso la linterna bajo el brazo e inmediatamente hundió ambas manos en los bolsillos de su abrigo. Con los hombros encorvados y la barbilla hundida en el cuello del abrigo, dijo suavemente: «Me recuerda a la librería» y durante un momento Carella no supo lo que quería decir. Y más tarde, por supuesto, recordó un día de octubre de hace trece años cuando él y Kling habían entrado en una librería de la Avenida Culver y encontraron cuatro cadáveres en el suelo. Una de las víctimas era la novia de Kling, Claire Townsend.

Físicamente Kling no había cambiado mucho en estos trece años, quizás un poco alrededor de los ojos, un toque de cansancio. Pero todavía parecía bastante bien, con el pelo rubio y ojos castaños unidos a un buen afeitado daba el tipo de cara bien rasurada que parece no envejecer nunca.

Carella miró ahora este rostro, estudiando los ojos, intentando sondear si el recuerdo de Kling de la librería era tan vívido como el suyo, o si ya habían aprendido a vivir con ese lejano dolor bloqueándolo, pretendiendo que nunca había sucedido. ¡Jesús, aquel día! ¡Jesús!, cuando él llamó al teniente y le dijo que fuera allí inmediatamente porque la chica de Kling había sido asesinada. ¡Jesús, cómo había tartamudeado al teléfono!, las palabras apenas salían de sus labios. Ambos miraron hacia donde se aproximaba el sonido de la sirena. Un coche sin distintivos se acercó a la acera, su tubo de escape iba dejando en el aire un fantasma gris azulado.

Los dos policías que salieron del coche iban vestidos prácticamente iguales, cada uno llevaba un abrigo negro, sombreros grises, guantes de cuero marrón y bufanda de lana azul. Ambos eran de complexión corpulenta, de hombros anchos, muslos y pecho de toro, caras ásperas y ojos que lo habían visto todo: Monoghan y Monroe de Homicidios, los TWEEDLEDUM Y TWEEDLEE^[1] de la investigación criminal.

—Bueno, bueno, chicos. ¿Vosotros nunca dormís, verdad? —preguntó Monoghan.

—Siempre están despiertos —confirmó Monroe.

—Siempre tenéis un cadáver o dos para nosotros en mitad de la noche ¿no?, —volvió a preguntar Monoghan.

—Algunos más esta vez —afirmó Carella.

—¿Sí? —inquirió Monroe.

—¿Dónde están? —preguntó Monoghan.

—En esa zanja de ahí —señaló Kling.

Observaron a los dos policías de Homicidios mientras caminaban hacia la zanja. En la ciudad para la que trabajaban estos hombres la presencia de los polis de Homicidios en la escena del crimen era obligada, aunque la investigación subsiguiente fuera manejada por los inspectores del distrito que recibían la denuncia.

Carella y Kling miraron a los polis de Homicidios como si fueran un estorbo. En pocas ocasiones, su presumible condición de especialistas les daba una idea que ayudaba a facilitar la solución de un caso. Lo que pasaba más a menudo, era que, al igual que los especialistas de ojos, oído, nariz y garganta advierten al médico de medicina general que su paciente está sordo, mudo, ciego y además tiene sinusitis y laringitis, estos simplemente decían lo que era obvio, confundían las conclusiones y pedían informes por triplicado para su propio departamento. En resumen, los polis de Homicidios eran un coñazo para los inspectores en acción que intentaban de verdad resolver casos de asesinatos. Monoghan y Monroe eran un coñazo *supremo*.

—Mira esto ¿quieres? —pidió Monoghan iluminando dentro de la zanja.

—Debe haber unos seis por lo menos, allí —aventuró Monroe.

—Media docena en todo caso —puntualizó Monoghan.

—¿Qué es eso? —preguntó Monroe—. ¿Un bebé?

—Una criatura —contestó Monoghan.

—Ahora ya lo he visto todo —afirmó Monroe.

—Yo he visto algo peor que eso —aseguró Monoghan.

—¿Peor que un bebé en una zanja en mitad de enero en una noche en que se te quedan las pelotas tiesas?

—Mucho peor —ratificó Monoghan—. Fue en los años cincuenta. Yo trabajaba todavía en la Ocho-Tres. Ese es un distrito del demonio, te aseguro.

—¡Oh, como si no lo supiera! —exclamó Monroe—. Ese es el distrito donde a Ralphie Donatello le dispararon en la espalda con una cerbatana africana.

—Un dardo envenenado —puntualizó Monoghan.

—Sí —dijo Monroe.

—Eso fue en mis tiempos —explicó Monoghan—. Yo conocía a Ralphie. Era un poli condenadamente bueno. ¿Te imaginas? ¿Un dardo envenenado?

—La realidad es más extraña que la ficción —comentó Monroe y sacudió la cabeza.

—De cualquier manera, en el caso en el que yo estaba había catorce viejas enterradas en el sótano. Catorce. Hizo que Barba Azul pareciera un chiquillo imberbe. Catorce.

—¿De qué edad?

—Viejas. Setenta, ochenta, algo así. El fulano las apuñaló a todas y las metió en el sótano. Encontramos los cadáveres porque un fontanero fue a trabajar en las tuberías. Eso fue peor que esto. Mucho peor.

—Sí, pero estos son todos chicos jóvenes —insistió Monroe inclinándose sobre el borde de la zanja para ver mejor.

—No tan jóvenes. El fulano de la barba tiene unos veinticuatro o veinticinco.

—Sí, pero los otros parecen adolescentes.

—Sobre todo las chicas.

—Unos catorce o quince, ¿eh?

- Un poco mayores quizás.
- ¿Dieciséis?
- Tal vez diecisiete.
- Bonitas tetas las de la negra —opinó Monroe.
- Sí —asintió Monoghan con aprobación.

A cierta distancia de los polis de Homicidios, Car ella y Kling permanecían de pie en silencio con las manos en los bolsillos de sus abrigo. Carella era un hombre alto, pero tenía la cabeza baja y los hombros encorvados por el frío y parecía más bajo de lo que era. Además, su cara estaba pálida y angustiada, sus rasgados ojos marrones (que a menudo le daban un toque oriental a sus facciones) estaban acuados, sus labios estaban agrietados, se había cortado al afeitarse y parecía un borracho vagabundo que busca un portal caliente. Si bien normalmente tenía la apariencia de un hombre cuya tremenda fuerza estuviera camuflada en el engañoso y apuesto cuerpo de un atleta, esta noche parecía flaco y quejumbroso dentro de su chaqueta de cuero. Tenía frío y no le gustaba que dos mamones de Homicidios hablaran de esos cadáveres de una forma tan trivial. Ni el técnico de laboratorio ni el médico forense habían llegado aún. Iba a ser una noche larga.

Monoghan y Monroe regresaban.

- Esta vez tenéis una masacre regular —comentó Monoghan.
- Little Big Horn^[2] —dijo Monroe.
- My Lai^[3] —apostilló Monoghan.
- Debe haber unos tres o cuatro balazos en cada uno.
- Incluso en el bebé.
- La criatura.
- No hay ninguna punzada en ninguno.
- Deben haberlos liquidado en alguna otra parte y luego arrastrado hasta aquí para deshacerse de ellos.
- Posiblemente iban en dirección al río.
- Una sepultura acuática.
- Un entierro en el mar.
- Verían la zanja y decidieron zafarse de ellos aquí.

—A menos que los trajeran aquí con el culo al aire y les disparasen en este mismo sitio.

—Eso parece dudoso —opinó Monroe.

—Pero posible.

—Pero rebuscado.

—¿Quién sabe? —se preguntó Monoghan encogiéndose de hombros.

—De todas maneras, chicos, tenéis un trabajo hecho a vuestra medida —concluyó Monroe. Sin ropa alguna, hasta os veréis con problemas para lograr una identificación positiva.

—A menos que nos enteremos que todo un equipo de baloncesto ha desaparecido —bromeó Monoghan.

—Solo hay cinco personas en un equipo de baloncesto —dijo Monroe—. Hay seis en la zanja.

—Quizá el bebé fuera una mascota o algo así.

Monroe se encogió de hombros. Se volvió a Carella y dijo:

—Tennos informados, ¿eh?

—Claro —aseguró Carella.

—No te importa que nos larguemos antes de que llegue el forense ¿verdad? Aquí afuera está más frío que el culo de un esquimal.

—Os contaremos lo que dice —prometió Carella.

—De todas maneras, no traerá ninguna sorpresa —dijo Monoghan—. Les dispararon y por la marca de las quemaduras debió ser de cerca.

—Debe ser cosa de algún chiflado —dedujo Monroe.

—Algún loco.

—Algún perturbado. ¿Quién si no puede hacerle tres agujeros de bala a un bebé?

—Tres o cuatro —corrigió Monoghan.

—Sí, tres o cuatro —corroboró Monroe.

—*Tiene* que ser algún loco.

Los dos polis de Homicidios regresaron a su coche. Carella y Kling los vieron irse. Uno de los policías del coche patrulla había ido por café y regresó con dos tazas para Carella y Kling.

En las horas vacías de la noche, entre el vapor que salió de las tazas y el vapor de las tapaderas de las alcantarillas en el negro asfalto de la calle,

sorbieron el café caliente esperando que llegara el resto del equipo de investigación. En el río la sirena del remolcador gimió brevemente, después todo quedó en silencio. Parecía como si alguien hubiera pulsado el botón accidentalmente.

Carella y Kling esperaban.

Dentro de poco tiempo, si no se habían congelado primero, tendrían alguna información del técnico del laboratorio y del médico forense.

No había balas en ninguno de los cuerpos, no había balas ni cartuchos en la zanja donde los habían encontrado. Había que suponer (como Monoghan y Monroe, o ambos habían dicho) que a las víctimas les habían disparado en alguna otra parte y transportado después al callejón solitario cercano al río Herb. El médico forense confirmó que la causa de la muerte se debía en todos los casos a múltiples heridas de disparos, pero sin atreverse a arriesgar una opinión sobre el intervalo *post mortem*. El calor del cuerpo y la ausencia del *rigor mortis* son factores determinantes para establecer el momento de una muerte, pero ya que los tiosos encontrados en la zanja estaban literalmente tiosos por haber sido puestos a congelar (por así decir) el forense se mostraba sencillamente reacio incluso a adivinar cuánto tiempo hacía que las víctimas estaban muertas.

Tampoco podía decir por la forma o el tamaño de las heridas si el arma del crimen había sido un rifle o una pistola, aunque *estaba* dispuesto a aventurar (de acuerdo con los pronósticos de esos maestros de la criminología de Monoghan y Monroe) que a juzgar por las quemaduras de las víctimas habían sido disparadas de cerca.

El hombre de la unidad fotográfica tomó instantáneas de la zanja, sus alrededores y los cuerpos que yacían en la zanja, así como los edificios directamente opuestos a ella y luego, una vez que fue marcada la posición de los cuerpos, fotografió la zanja vacía. Esto último no tendría relación alguna con la solución del crimen. Solo servía para obtener una prueba del delito una vez que el asesino fuese encontrado, ya que, a menudo las fotografías de cadáveres en el lugar del crimen eran consideradas susceptibles de objeción o altamente inflamatorias para un jurado y no se permitían en la corte.

Carella y Kling habían dibujado un esbozo de la escena del crimen antes de que llegara el forense y habían escrito también una descripción exacta del mismo que incluía las condiciones meteorológicas y de visibilidad, así como la iluminación proporcionada por las farolas de la calle y otras fuentes de luz. Ya que todos los cuerpos estaban desnudos y que sería necesario un examen de las manos para su identificación, cubrieron las manos de las víctimas con bolsas de plástico en cuanto el forense terminó su examen. Los cuerpos fueron trasladados al depósito de cadáveres en dos ambulancias distintas y Kling y Carella y el técnico de laboratorio registraron la zanja y la calle en busca de posibles huellas, marcas de neumáticos, armas, *cualquier cosa* que pudiera ayudarlos a resolver cómo habían sucedido las cosas y quién lo había hecho. Después hicieron un informe de los números de las matrículas de todos los coches aparcados cerca del lugar del crimen y regresaron a la Central.

El fotógrafo, el técnico de laboratorio y el médico forense apenas estaban empezando.

Tomar las huellas digitales de un cadáver (vestido o desnudo) no es más difícil que tomárselas a un ser vivo. Una vez que consigues que los dedos no estén agarrotados, el resto es pan comido. Sacar la foto de un cadáver eso ya es otra cuestión. Los cadáveres tienen la tendencia de parecer muertos, ya sabes. Si los ojos están abiertos (y no hay nada que asuste más que entrar en un cuarto y encontrar un cadáver mirando fijamente al techo) se refugian en sus *cuencas* y desarrollan una película grisácea sobre los globos. Si los ojos están cerrados y se fotografía el cuerpo así, el rostro se cubre de una apariencia completamente distinta que hace que a su mujer o a su socio les sea casi imposible identificarlo. Además, también, los labios generalmente no tienen sangre y adoptan el mismo color de la tez de la víctima. Y el rostro privado de vida, más parece una máscara que algo que una vez fue un ser vivo y caliente.

Cuando un fotógrafo de la policía fija la imagen de un cadáver con el propósito de identificarlo, tiene que poner en su trabajo todo el arte de un maquillador. Antes de abrir los párpados cerrados insertará agua y glicerina en las cuencas para dar a los ojos un brillo que simule en la muerte un átomo de vida, en consecuencia, los asemeja a falsos espejos del alma.

Embarnará los labios con tinte y alcohol restituyendo un rubor que, si bien no quedan como para ser besados, son, por lo menos, reproducibles. Usará polvos de maquillaje, colodio o cera para lograr el deseado resultado de hacer que un cadáver retratado parezca como cuando estaba vivo. (Y nueve de cada diez veces, cuando enseña esta fotografía a una persona, dirá inmediatamente: «Parece que está muerto»).

Las huellas dactilares y las imágenes no identifican un cadáver. Solo dan pistas de identificación suponiendo que el desafortunado difunto haya estado fichado por la policía, haya servido en el ejército o trabajado para gobiernos municipales, del Estado o federales, o participado en protestas antiguerra; y suponiendo además de eso, que un amigo o pariente pegue un brinco en su asiento cuando vea la fotografía y grite: «¡Eureka, este es Harry!». Es muy agradable cuando un cadáver tiene un tatuaje en el bíceps derecho, tal vez una réplica del puente Golden Gate al atardecer con las palabras «Mi nombre es Harry Lewis» escritas en tinta azul y roja debajo. Muy pocos cadáveres son tan serviciales, aunque en ocasiones un tatuaje proporciona algún conocimiento profundo sobre el pasado del difunto o incluso sobre su ocupación. No es ningún secreto, por ejemplo, que muchos hombres tatuados fueran marinos en algún momento de su vida. (Pero en ese caso, si un hombre ha estado en la Armada, sus huellas digitales estarían archivadas y no habría necesidad de seguir la pista de los tatuajes). Además, hay formas todavía mejores de adivinar la ocupación de un muerto.

En muchos aspectos, un ser humano muerto y desnudo no es más fácil de identificar que una tajada de buey colgando en una carnicería. El ser humano, sin embargo, *posee* algunas características que lo diferencian de la bestia del campo. Como las manos y las uñas. Un buey no tiene manos ni uñas. Es más, un buey no usa sus manos y uñas (que para empezar no tiene) para realizar ciertos trabajos relacionados con el desarrollo social. El ser humano sí. Un médico forense sagaz, puede, por lo tanto, sacar unas decisiones profesionales francamente astutas basándose en la forma, largo, estado y corte de las uñas, tanto como en si hay callos o no en los dedos o en otras partes de la mano.

Las uñas de un obrero pueden ser astilladas o tener costras con los restos de su especialidad; polvo de ladrillos, yeso, tierra, pintura y raras

veces tendrían hecha la manicura. Una mecanógrafa, pianista, taquígrafa o masajista, definitivamente no tendrán las uñas largas. Un hombre que arregla zapatos tendrá un callo característico en el pulgar izquierdo. Un grabador tendrá un callo similar que lo identifica en el pulgar derecho. (Los bueyes, a veces desarrollan callos en sus pezuñas, pero estos se forman por escarbar constantemente la tierra y no se pueden usar como forma de establecer la ocupación del animal sacrificado).

En realidad, ninguna de las conjeturas sobre ocupaciones que haga el forense sirven para mucho más que de ayuda al policía que sigue un caso; si característicamente un farmacéutico tiene las uñas astilladas te puedes encontrar con un cadáver de uñas astilladas que resulta ser un alcahuete. O un productor de cine. O un piloto de líneas aéreas. O un ventrílocuo. Pero un par de tipos con seis cadáveres entre las manos necesitaban toda la ayuda posible y quedarían agradecidos a lo que fuera que el laboratorio o la oficina del forense les brindase.

Que en este caso no era nada.

Los seis cuerpos de la zanja formaban una bonita balanza étnica y racial. Tres de ellos eran negros, dos hispanos y uno era blanco. Ninguno tenía cicatrices de identificación o tatuajes. Ninguno tenía manos o uñas características que los pudiera identificar como cordeleros o mecánicos de garaje. Ninguno tenía restos bajo las uñas que resultaran decisivos para relacionarlos a alguna ocupación. Lo peor de todo: ninguno tenía ficha de sus huellas digitales. Para todos los efectos, resultaban todavía tan anónimos como las fotos que les habían sacado y los detectives aún no tenían ni idea de quién los habría matado o por qué.

Declaración hecha por un tal Randall M. Nesbitt en este día 14 de enero a las 10.55 p. m. en la Central de la policía del distrito 87 en la Avenida Grover de Isola. Randall Nesbitt libre y voluntariamente dio a conocer la siguiente información en presencia del inspector de 2º grado Stephan Louis Carella, Inspector de 3er. grado Bertram A. Kling y el abogado designado por el anteriormente citado Randall Nesbitt, Harold Finch de la firma legal de Finch, Golden & Horowitz de la calle Cabot número 119 Isola. Habiendo sido advertido debidamente de sus derechos y habiendo renunciado voluntariamente a su derecho de guardar silencio, Randall Nesbitt contestó

como sigue a la pregunta del Detective Carella: «¿Por qué lo hiciste Randy?».

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir que por qué? Soy el jefe, ese es el porqué. Soy el jefe electo, puedo hacer lo que quiera. Puedo mandar un golpe cuando quiero y si no se cumplen las órdenes habrá problemas. No tengo que discutir el golpe con nadie. Sé qué es lo mejor para mi gente y ellos me escuchan y cumplen las órdenes. Las decisiones que tomo no siempre son populares, pero no me importa, no estoy participando en un concurso de popularidad. Estoy haciendo lo mejor y soy el único que puede decir qué es lo mejor porque soy el único que tiene todos los datos entre las manos. Esa gente era el enemigo. Ordené el golpe porque estaba intentando conseguir la paz.

»Un montón de tipos de la pandilla creen que es genial ser el jefe. Un trabajo fácil, ¿sabes? Pero no lo es. Es un trabajo solitario y es un trabajo donde no siempre entienden las decisiones que tienes que tomar. Pero yo respaldo todas las decisiones que tomo y deseo responsabilizarme de ellas, a pesar de que no debo explicaciones a nadie. Tengo mi segundo y tengo mi consejero de guerra y son dos de los grandes a los que hago caso, pero incluso *ellos* saben que lo que digo yo es lo que vale.

»Escucho, sopeso la información y luego decido.

»Y fui yo quien decidió dar el golpe. Fue un golpe complicado porque estaban implicadas dos pandillas distintas. El motivo del golpe fue para tener paz entre ellos y nosotros. Habíamos tenido conversaciones desde octubre. Reuniones en *nuestro* club, reuniones en *su* club. ¿A qué se llegó con ellas? A nada. Se puede hablar solo hasta un cierto tiempo. Después de eso ya tienes que dar una prueba de fuerza. Tienes que enseñarles quién es el más fuerte. Okay, decidí enseñarles. Como se vio, luego no solucionó nada ya que más tarde tuvimos que tomar medidas todavía más estrictas. Pero creo que les dio un motivo de duda ¿sabe? Creo que les hizo mirarnos con respeto. Les hizo decirse a ellos mismos: “Este tipo es el jefe de la pandilla más poderosa del barrio. Mejor no hacer tonterías con él porque no bromea, dice que quiere paz y lo dice de verdad”. Eso es lo que el primer golpe les debió hacer pensar. Después de eso tuvimos que ponernos más duros. Hay tipos en la pandilla que no entienden por qué hice lo que hice.

Creo que es fácil. No entendieron el primer golpe y todavía no entienden otras cosas que han pasado. Cuando tienes que tomar estas decisiones difíciles, y por fin las tomas, entonces *esperas* que la gente que tú diriges te *apoye* ¿entiendes? Quiero decir, tío, esa es tu propia *gente* ¿entiendes? No se piensa que puedan tener objeciones, no se piensa que puedan decir esto o aquello. Se supone que tienen que entender que yo soy el jefe, se supone que dirán “Adelante, tío. Aunque no nos guste lo que estás haciendo tal vez es porque no lo entendemos todavía. Tú sigue adelante, tío, tienes nuestro apoyo”. Así es como se supone que tiene que ser. En vez de eso, hubo unos tipos del consejo que comenzaron a protestar inmediatamente en el momento en que les dije que el golpe ya se había llevado a cabo.

»Eso fue después de que Chingo regresara a mi lado y me dijese que había llevado los cuerpos a Isola y los había tirado en una zanja abierta en el lado Norte. Así que el consejo montó un alboroto. Pero, tío ¿quién les estaba preguntando a ellos su opinión? Casi les mandé siete latigazos. Hay una ley del club: si no acatas las órdenes, recibes siete latigazos de todos y cada uno de los miembros. ¿Quién es el consejo para cuestionar lo que yo hice? Lo juro, son como niños, ¿entiendes? Tienes que cogerlos de la mano y llevarlos a todas las partes, sin mí no sabrían ni sonarse la nariz. ¿Por qué soy el jefe? ¿Por qué me dieron un cargo? Para dirigirlos ¿cierto? Okay, entonces los estaba dirigiendo y no iba a aguantar ningún charloteo sobre cómo pude ordenar el golpe, y si no pensé que solo iban a prolongar los problemas y tal vez a provocar otros golpes del enemigo contra nosotros o que traería cola o lo que sea. No tenía mucho interés por nada de eso. Solo tenía interés en tener paz.

»Johnny, uno de los tipos del consejo se enfadó mucho por lo del bebé.

»Chingo le dijo que eso fue un accidente. Cuando él y Deucey y el Bala irrumpieron en la casa del negro y su chica, el crío estaba durmiendo en una cuna cerca de la ventana ¿sabes? Entonces Chingo les dijo que se desnudaran, la chica ya estaba medio desnuda de todas formas, y luego cuando ese par empezó a darse cuenta de lo que estaba a punto de suceder, la chica corrió para la cuna y sacó al bebé y estaba a punto de empezar a gritar ¿sabes? Así que cuando Chingo cortó el rollo, no tenía intención de cargarse al bebé, pero esas cosas pasan. Te metes en acción, tienes que

contar con algunos accidentes. El bebé era inocente y nadie estaba intentando cargarse un bebé inocente. Solamente pasó. Además, dice Chingo que el negro sacó un arma justo cuando él entró y quizás alguna bala descarriada de su misma pistola mató al crío ¿quién diablos sabe? Como que, sabes, quizás fuera *él* el responsable de haber matado a su propio bebé. Como que él vio a Chingo con la pistola en la mano y sacó su propia arma para defenderse y las balas se volvieron locas. Chingo explicó esto al consejo y especialmente a Johnny que estaba montando todo el escándalo. Finalmente lo eché del club y le dije que se fuera a dar un paseo hasta que se calmara. Más tarde tuvimos que negociar con él otro problema, pero este no tenía nada que ver con el golpe o con el accidente que ocurrió en el golpe.

»El golpe era complicado, como ya he dicho antes, porque había que tratar con dos pandillas distintas. Eran los Vengadores Escarlata y los Cabezas de la Muerte. Los llamamos los *Cabezas*^[4] porque la mitad de ellos son Yonquis, aunque nunca lo admitirían. Nunca los llamamos Cabezas a la cara, porque lo siguiente que pasaría es que tendrías otro apuñalamiento entre las manos. Tienes que tener cuidado con estos idiotas, ¡son tan sensibles! Como cuando apuñalaron a Jo-Jo en la puerta del instituto en Yancey porque uno de los Escarlatas pensó que estaba intentando hacérselo con una tía Escarlata. ¡Muchacho! No ha llegado todavía el día en que uno de los tipos de esta pandilla *mire* a uno de los perros Escarlata. En todo caso, ese no es el problema. Estos fulanos lo mezclan todo. Siempre están buscando una disculpa para decir que hemos hecho algo cuando la mayor parte del tiempo solo nos ocupamos de nuestros asuntos e intentamos hacerlo bien. ¿Quién acabó con la mitad de los traficantes de este barrio más que nosotros? Nadie piensa nunca en eso. Solo van por ahí diciendo cosas todo el tiempo. ¿Qué saben de ellos? Aquí tengo una buena pandilla. Intentamos dar ejemplo a todos los demás. Y yo soy el jefe e intento hacerlo bien y ese es el ejemplo que doy a mi gente.

»Decidí este golpe justo después del Año Nuevo. Tío, pasé noches enteras midiendo el suelo a pasos, pensándomelo. Me figuré que la única forma de hacerlos razonar era darles donde duele, golpearles en su propio tejado, pillar a sus jefes, enseñarles que no tenemos miedo de nada. No lo

hablé con nadie ni siquiera con Toy. Ni siquiera le dije nada a *ella*. Lo preparé con cuidado y luego lo conté a Doc, mi segundo y a Mace, mi consejero de guerra y escuché lo que tenían que decir al respecto y los dos dijeron que era lo que había que hacer. No habría importado lo que hubieran dicho, porque ya lo había decidido. Pero les mostré respeto escuchando. Un buen jefe tiene que saber cuándo escuchar además de cuándo actuar. El plan era mandar a Chingo y dos tipos a que pillaran al jefe de los Vengadores y al de los Cabezas. Tal y como salió, Chingo logró más de lo que habíamos convenido.

»El bebé, por supuesto, fue un accidente, como ya expliqué. Pero además cuando Chingo y sus colegas irrumpieron en el lugar de los hispanos había un tipo rubio sentado allí hablando con el Cabeza y su chica. En ese momento no sabía quién era el rubio. Luego nos enteramos por los periódicos. Lo único que vio Chingo fue a un tipo blanco con barba, tal vez de veinticinco o veintiséis años, sentado allí y hablando con los dos hispanos. Él estaba allí para atrapar al jefe. La chica tuvo mala suerte. No debería estar perdiendo el tiempo con un tipo como ese que está manteniendo negociaciones de paz y tiene una posición vulnerable. Esos son los riesgos que corres. El desconocido es otra cuestión. Chingo no iba a dar media vuelta y salir ahora que ya estaba dentro. Él y sus colegas ya se habían encargado de los otros tres, sus cuerpos estaban abajo en la parte trasera de la furgoneta, cubiertos con una manta. Él estaba allí para hacer el resto del trabajo así que el desconocido tenía que irse con los otros dos. Estuvo listo en cuatro segundos escasos. Si alguien en el edificio oyó algo supo que era mejor no abrir la boca o habríamos estado por allí al día siguiente para liquidarlos.

»Nosotros no bromeamos.

»O sois nuestros amigos, o sois nuestros enemigos».

OceanofPDF.com

DOS

El hombre que estaba al otro lado del teléfono era un escritor «FREE-LANCE», que estaba haciendo un artículo para una revista sobre la influencia de la Televisión en los Actos de Violencia. Este no iba a ser el título de su artículo, explicó apresuradamente. Era solamente una descripción del tema. El título sería algo más corto y con más gancho. Un título, siguió explicando, era casi tan importante como la primera línea de cualquier obra, el anzuelo que atrapa al lector inmediatamente y no le deja irse, no importa cuánto se mueva o se retuerza.

El nombre del individuo era Montgomery Pierce-Hoyt.

El inspector Meyer Meyer, un hombre paciente por lo general, desconfió de él en seguida, y escuchó su larga y cuidadosa explicación con un aburrimiento que rayaba en el sonambulismo. De lo primero que desconfió fue de su nombre. Meyer Meyer no conocía a nadie que tuviera un apellido con guion. En su agenda, todo el mundo tenía un apellido muy sencillo, sin guiones extravagantes. Los guiones están bien para compañías como Colgate-Palmolive o Dow-Jones. Tampoco había conocido nunca a una persona con un nombre como Montgomery. El único Montgomery del que había oído hablar era Montgomery Ward y pertenecía a otra compañía. ¿Con quién estaba hablando aquí? ¿Con una persona o con una compañía?

Meyer Meyer, se fijaba mucho en los nombres ya que su propio nombre le había causado un sin fin de problemas y dificultades. Su padre (bendita sea su alma, su corazón y su sentido del humor) pensaba que el extraño nombre compuesto haría que su hijo sobresaliera en un mundo repleto de gente anónima y (como era algo bromista) le había parecido divertido. (Que descansa en paz, pensó Meyer). Meyer se había aburrido de decirle a la gente que no era nada divertido ser educado como judío en un barrio eminentemente Gentil, donde su nombre inspiraba el canto «Meyer, Meyer,

judío incinerado» y, por lo menos en una ocasión, casi degeneró en una barbacoa en el jardín trasero, cuando varios gentiles pensaron que era necesario probar la validez de la canción. Tras atar a Meyer a un poste, hicieron fuego a sus pies y se fueron a su clase de Catecismo, donde les enseñaban la devoción a Jesús, a pesar de que posiblemente fuese judío. Meyer rezó, pero no pasó nada. Pacientemente, rezó con más fuerza y devoción y siguió sin pasar nada. Estaba empezando a hacer mucho calor por ahí abajo, cerca de sus calcetines. Con paciencia, sin perder la fe, siguió rezando y, finalmente, empezó a llover; un auténtico chaparrón que apagó las llamas inmediatamente. Extrañamente, Meyer no se convirtió en un hombre religioso después de su experiencia. En cambio, desarrolló una profunda simpatía por los bomberos y por los desafortunados oficiales de caballería atados al poste por los indios salvajes. También desarrolló una actitud paciente que rayaba en la santidad, lo cual después de todo, quizá tuviera que ver algo con una consecuencia religiosa. En este momento, su paciencia se estaba achicando. Completamente calvo, voluminoso, con ojos azul porcelana (cuyos párpados estaban caídos a media asta) escuchaba la voz de Montgomery Pierce-Hoyt al teléfono, sopesando si debería contestarle como un poli.

—Lo que estoy más interesado en saber —dijo Pierce-Hoyt— es si, en su opinión, los actos de violencia que afronta a diario, están de alguna manera influenciados o estimulados, consciente o inconscientemente, por algo que el criminal pueda haber visto en la Televisión.

—Mmm —murmuró Meyer.

—A usted, ¿qué le parece? —preguntó Pierce-Hoyt.

—¿Para quién dijo que estaba haciendo esta historia? —preguntó a su vez Meyer.

—Para nadie, todavía.

—Para nadie, todavía —repitió Meyer, haciendo una inclinación de cabeza.

—Pero la venderé, no se preocupe —afirmó Pierce-Hoyt—. Entonces, ¿usted qué opina?

—¿Quiere que le conteste por teléfono? —volvió a preguntar Meyer—. ¿En este momento?

—Bueno, sí, si...

—Imposible —aseguró Meyer.

—¿Por qué?

—Porque, en primer lugar, tengo que consultar con el teniente. En segundo lugar ¿cómo sé yo que usted es realmente el Sr. Pierce-Hoyt y no otra persona? Y, en tercer lugar, tengo que poner mis ideas en orden.

—Bueno, mm...., sí, ya veo —dijo Pierce-Hoyt—. Bueno, ¿quiere que vaya yo por allí?

—No hasta que hable con el teniente y vea si está todo bien.

—¿Cuándo cree que podrá hablar con él?

—En algún momento a lo largo del día de hoy. Deme su número de teléfono y volveremos a hablar por la mañana.

—Muy bien —asintió Pierce-Hoyt y le dio el número a Meyer. El otro teléfono de la mesa de Meyer estaba sonando. Se despidió precipitadamente de Pierce-Hoyt y descolgó el auricular.

—Patrulla 87. Inspector Meyer —dijo.

Llamaba una mujer que había visto las fotografías del múltiple asesinato en el periódico de la mañana y decía saber quién era el hombre blanco de la barba.

El nombre de la mujer era Phyllis Kingsley. Vivía en Isola, cerca del río Dix, que constituía el límite Sur de la isla. Si hubiera vivido dos manzanas más arriba, habría estado en el elegante y exclusivo sector conocido como Steward City. Sin embargo, vivía en una manzana con varios almacenes amueblados y dos bloques de aparcamientos.

Carella y Kling llegaron allí a las once en punto de la mañana de aquel martes, 8 de enero. El termómetro solo había subido ligeramente, la temperatura rondaba los veinte y pocos. Phyllis Kingsley los recibió envuelta en un chal tejido a mano y les dijo que algo se había estropeado en la calefacción durante la noche y que no lo habían arreglado todavía. Fueron a la sala de estar donde las ventanas estaban cubiertas de escarcha.

—Parece que puede usted identificar a una de las víctimas del asesinato —dijo Carella.

—Sí —contestó Phyllis. Era una mujer de treinta y muchos años, con pelo color zanahoria y ojos verdes que la hacían parecer muy irlandesa. Su tez era blanca y salpicada de pecas. No era una mujer bonita y tenía algo en su aspecto que indicaba vulnerabilidad. Los inspectores esperaron, aguardando que ella dijera algo más que el simple «sí». Cuando quedó claro que no iba a decir nada más Carella preguntó:

—¿Puede decirnos quién era?

—Mi hermano —contestó.

—¿Su nombre?

—Andrew Kingsley.

—¿Qué años tenía? —preguntó Carella. Había intercambiado una mirada silenciosa con Kling en el momento en que la mujer empezó a hablar. Era Kling, sentado ligeramente a la izquierda de ella y fuera de su campo de visión, el que tomaba las notas en una libreta mientras Carella hacía las preguntas, una técnica que ayuda a la persona que habla a sentirse mucho más cómoda.

—Tenía veintiocho años —contestó Phyllis.

—¿Dónde vivía? —preguntó Carella.

—Aquí. Temporalmente. Hacía solo unas pocas semanas que había llegado de California.

—¿Tenía trabajo?

—No. Bueno, en la Costa tenía uno. Pero lo dejó para venir aquí.

—¿Qué clase de trabajo tenía?

—Creo que era camarero. En uno de esos sitios de hamburguesas que tienen por allí.

—¿Para qué vino a esta ciudad, señorita Kingsley, nos lo puede decir?

—Bueno, decía que había estado metido en un montón de cosas por allí que lo ayudaron a saber dónde tenía la cabeza y que estaba ansioso de regresar al Este y poner en práctica algunas de sus ideas.

—¿Qué clase de ideas?

—Bueno, tenía ideas sobre los guetos, y lo que podría hacer para ayudar a la gente que vive en ellos. Allí estuvo trabajando en Watts.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Organizó un grupo de teatro para los chicos negros de Watts. Fue experto en teatro en la Universidad. Esa es la razón por la que fue a California. Pensaba que podía trabajar en el cine o en la televisión, pero ya se sabe... —Se encogió de hombros y luego cruzó las manos en su regazo.

—¿Cuándo llegó exactamente, señorita Kingsley? Quiero decir de California. ¿Se acordaría?

—Ayer hizo dos semanas.

—¿Y vivía aquí? ¿En este apartamento?

—Sí. Tengo una habitación más.

—¿Conocía a alguien en esta ciudad? ¿Además de usted?

—Nació y creció aquí. Conocía a un montón de gente.

—Las otras fotos del periódico...

—No —dijo, negando con la cabeza.

—No reconoció a ninguno.

—No.

—¿No sabría si alguno era amigo de su hermano?

—Ninguno me pareció conocido.

—¿Tenía amigos negros? ¿O portorriqueños?

—Sí.

—¿Alguna vez conoció usted alguno?

—No.

—¿Alguna vez conoció a *alguno* de sus amigos?

—Sí, una noche trajo un hombre con él a casa.

—¿Un hombre blanco?

—Sí.

—¿Recordaría su nombre?

—David Harris.

—¿Su hermano se lo presentó como un amigo suyo?

—Creo que acababan de conocerse.

—¿Sabe qué clase de trabajo hacía?

—No me lo dijo. Tengo la sensación... —Sacudió la cabeza.

—Sí, siga.

—No me gustó mucho.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Parecía... sentí que no era una buena persona.

—¿Qué le hizo sentir eso, señorita Kingsley?

—Parecía... violento. Tuve la sensación de que escondía una enorme violencia. Me hizo sentir terriblemente incómoda. Me alegro que Andy no volviera a traerlo por aquí de nuevo.

—¿Qué edad tenía?

—Unos treinta, diría yo.

—¿Alguna idea de dónde vive?

—En el Quarter, creo. Mencionó la Avenida Audibon. Eso es el Quarter, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué más nos puede decir de él?

—¿Usted cree que él mató a mi hermano?

—Todavía no tenemos ninguna idea al respecto, señorita Kingsley.

—Apuesto que lo hizo él —aseguró Phyllis, asintiendo suavemente con la cabeza—. Parecía el tipo de persona que puede cometer un asesinato.

—¿Cómo era?

—Era muy alto y bastante guapo. Tez oscura, pelo largo, castaño.

—¿Cuándo estuvo aquí con su hermano?

—¿Hace una semana? ¿Seis días? No estoy segura.

—¿Cuándo vio a su hermano vivo por última vez?

—La noche del domingo.

—¿Le dijo dónde iba?

—Dijo que tenía unos asuntos en la parte alta de la ciudad.

—¿En qué lugar de la parte alta?

—Solo dijo en la parte alta.

—¿Qué tipo de asuntos?

—No lo dijo.

—¿A qué hora salió de aquí?

—Alrededor de las seis.

—¿Le dijo a qué hora regresaría?

—No.

—¿Esperaba usted que volviera?

—No, no lo esperaba. A menudo pasaba toda la noche fuera. Tenía su propia llave. Ya era adulto. Nunca le pregunté por sus idas y venidas.

—¿Qué llevaba puesto la última vez que lo vio?

—Una chaqueta caqui, camisa de cuadros, pantalones oscuros... marrones o azules, no estoy segura.

—¿Sombrero? ¿Gantes?

—Gantes de cuero negro. Sin sombrero.

—¿Bufanda?

—No.

—¿Cartera? ¿Llaves?

—Tenía una cartera de cuero negro, supongo que la llevaría con él. La única llave que tenía era la del apartamento.

—Estamos ansiosos por saber hacia dónde podría estar dirigiéndose la noche en que lo mataron, señorita Kingsley. ¿Su hermano no tendría un diario, una agenda o incluso un calendario donde pueda haber marcado...?

—Les enseñaré su habitación —dijo Phyllis, se levantó, se ajustó el chal en los hombros y los guio por el apartamento. En total había cuatro habitaciones: la sala de estar en la que habían interrogado a Phyllis, una cocina y dos dormitorios. La habitación de Andrew Kingsley estaba al fondo de un largo pasillo sin ventanas. Colgadas en el pasillo había fotografías de personas vestidas a la moda de los años treinta, cuarenta y cincuenta. Carella supuso que serían fotos familiares. Las fotos podían estar sacadas en cualquier lugar de la ciudad o en cualquier lugar de *cualquier* ciudad, incluso. Había una foto de un muchacho muy joven de pie delante de lo que parecía un coche de finales de los cuarenta. Carella vaciló ante ella y Phyllis dijo inmediatamente:

—Mi hermano. Solo tenía cuatro años cuando sacaron esa foto. —Tras una pausa dijo—: Es difícil creer que esté muerto. Ha estado fuera de esta ciudad mucho tiempo, primero en la universidad, luego en California, no es que lo viera muy a menudo. Y, sin embargo... es difícil de creer. Es muy difícil de creer.

—¿Sus padres viven, señorita Kingsley? —preguntó Carella.

—No. Murieron en un accidente de coche en Francia, hace siete años. Era la primera vez que iban a Europa. Mi madre lo había deseado toda su vida y al final habían ahorrado suficiente dinero.

Sacudió la cabeza y quedó callada.

—¿Tiene más hermanos o hermanas?

—No. Ahora estoy sola —respondió.

La habitación de Andrew Kingsley tenía una cómoda y una cama. Había muy poca ropa en la cómoda y todavía menos en el armario. No había diarios, cuadernos, agendas ni calendarios. En el cajón superior de la cómoda había un paquete de papel de cartas barato. Una hoja de papel estaba apartada de las demás, y en ella alguien había empezado una carta. La carta inacabada empezaba:

Querida Lisa:

¿Cómo estás, chica de oro? Estoy gozando cada minuto que paso aquí. Lo único triste es que no estás conmigo y espero que hayas pensado seriamente...

—¿Es esta la letra de su hermano? —preguntó Carella.

—Déjeme ver —pidió Phyllis, mirando la hoja que le tendía—. Sí.

—¿Tiene idea de quién puede ser Lisa?

—No.

—¿Estas son todas sus cosas personales?

—Sí. El... no tenía muchas cosas.

—Señorita Kingsley —dijo Carella— no quisiera aumentar su dolor, pero si usted quisiera ir al hospital a identificar a su hermano...

—Sí, pero... ¿tengo que hacerlo hoy? No me encuentro muy bien. Por eso estoy en casa y no trabajando.

—¿Qué clase de trabajo hace?

—Soy librera. Sentí que me estaba viniendo algo anoche y tomé unas pastillas para el catarro, posiblemente hoy habría estado bien si no se hubiera estropeado la calefacción. Me sentí espantosamente mal esta mañana. De hecho, todavía estaba en la cama cuando vino mi vecino a enseñarme el periódico. Y la foto de mi hermano.

—Puede ir hasta allí mañana, si quiere. Si se siente mejor —dijo Carella.

—Sí. ¿En qué hospital está?

—Buena Vista. En la Avenida Culver.

—Sí, está bien —dijo—. ¿Necesitan algo más?

—No. Gracias, señorita Kingsley, ha sido usted una gran ayuda.

Mientras los guiaba a la puerta de la calle, susurraba: «era un buen chico. Todavía no se había encontrado a sí mismo, pero lo estaba intentando. Yo lo quería mucho. Voy a echarlo de menos. No es que lo viera muy a menudo...».

Entonces, empezó a sollozar.

Manipuló torpemente la cerradura, consiguió abrirla finalmente y tapándose con una mano la nariz y la boca mientras sus ojos derramaban lágrimas, los dejó salir del apartamento, cerrando la puerta tras ellos. Mientras bajaban las escaleras, siguieron oyéndola sollozar detrás de la puerta del apartamento en el que viviría sola otra vez.

En la guía de teléfonos de Isola, figuraba un David Harris en Philby Sur y otro en la Avenida Y en el Quarter. Una ojeada al mapa de la ciudad mostraba que la avenida Y cruzaba Audibon en un punto y supusieron que esta era la dirección que buscaban. Llegaron al apartamento cerca del mediodía, llamaron cinco veces seguidas antes de que les contestaran y entonces la voz llegó confusa como si viniera de algún lugar muy profundo dentro del apartamento. Llamaron de nuevo.

—Okay, okay —gritó una voz. Oyeron unas pisadas que se acercaban a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la voz.

—Policía —contestó Kling— ¿quiere abrir, por favor?

No estaban nada preparados para lo que les vino.

Si consideraban a Harris un posible sospechoso, era solo porque Phyllis lo había descrito como una persona violenta. Aparte de eso, no tenían ningún motivo para pensar que había matado a seis personas. Estaban allí para hacerle unas preguntas sobre su relación con Kingsley. También estaban allí porque Harris era el único vínculo con la vida que Andrew Kingsley llevaba fuera del apartamento de su hermana. Querían saber qué podía decirles Harris sobre esa vida, si es que podía decirles algo, con la esperanza de que esa información arrojase alguna luz sobre cómo o por qué

Kingsley había acabado muerto en una zanja con otras cinco personas. Sus intenciones eran pacíficas.

Los siguientes diez segundos, les hicieron cambiar de idea.

En esos seis o diez segundos o el tiempo que tardó la persona al otro lado de la puerta en apretar el gatillo de una pistola tres veces seguidas, cambiaron de ideas sobre intenciones pacíficas, sospechosos, y leyes que prohíben derribar puertas. Las explosiones fueron terriblemente ruidosas, el panel de madera de la puerta se hizo astillas, las balas golpearon la pared de yeso del lado opuesto y empezaron a rebotar locamente por el estrecho pasillo. Kling y Carella estaban todavía en el suelo. La pistola de Carella estaba en su mano, la de Kling estaba saliendo de su funda. Tres disparos más astillaron la puerta de madera, zumbaron por encima de sus cabezas y silbaron al rebotar.

—Van seis —dijo Carella. Gateó hasta un lado de la puerta y se levantó. Kling siguiendo a su compañero, se arrastró al otro lado de la puerta e hizo lo mismo. Se miraron mutuamente de un lado a otro de la puerta y dudaron: la decisión que tomaran en los próximos segundos, podría costarle la vida a cualquiera de los dos. Se habían disparado seis tiros. ¿Había terminado, el hombre que estaba dentro, las municiones de un revólver de seis disparos y ahora estaba recargando? ¿O estaría armado con una automática de esas que tienen once cartuchos de capacidad? Carella oyó el tic-tac de su reloj. Si esperaba más tiempo, el hombre habría recargado el arma, aunque fuese un revólver. Hizo su movimiento en un instante y Kling lo siguió como un defensa sigue a su mareaje. Carella se movió con rapidez a la pared opuesta a la puerta, apoyó en ella su espalda, alzó la rodilla como un pistón y golpeó la cerradura con la planta del pie. La cerradura saltó al primer golpe y Carella irrumpió en la habitación con Kling pegado a sus talones en el quicio de la puerta.

Un hombre enorme y enormemente atractivo estaba metiendo un cartucho dentro del tambor de lo que parecía un Colt 38. Estaba de pie a unos cinco pies de la puerta y solo llevaba los pantalones de un pijama; en el momento en que Carella y Kling irrumpieron en el cuarto tiró los cartuchos que llevaba en la palma de su mano izquierda y movió la mano del arma en su dirección. Carella que con los años había aprendido que

gritar era más efectivo que susurrar, gritó: «¡tírala!», e inmediatamente detrás de él Kling chilló: «¡tira el arma!», y el hombre que ellos suponían que sería Harris, dudó un momento, los miró y tomó su decisión justo a tiempo, ya que cada uno de los polis solo le habría dado un segundo más antes de disparar. Tiró la pistola que golpeó contra el suelo, pero de todas maneras, lo pusieron contra la pared, lo cachearon y lo esposaron... Ambos jadeaban.

OceanofPDF.com

TRES

No leo nada.

No tengo por qué leer nada. La pandilla ha salido en los periódicos un par de veces y siempre hay periodistas husmeando por aquí. Pero yo no hablo con los periodistas y no leo lo que escriben. Así estoy tranquilo. Cuando tenemos una reunión soy el hombre más tranquilo de la sala. Eso se debe a que mi cabeza no está confusa. Casi nunca voy al cine o veo la televisión, a no ser el fútbol. Me gusta el fútbol. Me gusta observar las jugadas. Es como observar la vida, ¿sabes lo que quiero decir? Esos muchachos en el campo están pensando constantemente, alertas al peligro y listos para reaccionar automáticamente. Antes de graduarme en Whitman, que es el instituto de Crestview, estaba en el equipo de fútbol. Es lo único decente que saqué de esa escuela, estar en el equipo. No era defensa ni nada, solo estaba en la alineación. Soy un tipo grande, ya sabes, y era todavía más duro cuando era un chaval. Eso siempre vive conmigo, mi experiencia en el equipo de fútbol. Ver los partidos en la televisión me relaja, y me ayuda a tomar decisiones. Leer solo me confunde. Una persona tiene que tener la cabeza clara todo el tiempo.

De cualquier modo, fue Mace el que me trajo los periódicos el miércoles y me leyó lo del tipo que había cogido la pasma, que tal vez tuviera alguna relación con el tipo de la barba al que Chingo y sus colegas habían disparado.

El periódico decía quién era el muerto, un tipo llamado Andrew Kingsley, que acababa de llegar de California hacía poco. Tenía que haberse quedado donde estaba. No decía lo que estaba haciendo en aquel centro de hispanos y tampoco quiénes eran los hispanos. Eso me lo imaginaba. Si conozco un poco a los Cabezas de la Muerte (¡tío, ese nombre de veras que me mata!), está claro que no iban a ir corriendo a la pasma a identificar a

ninguno de los suyos. Por aquí la pasma siempre es un problema, no importa de qué lado estés. Los llamas porque alguien te ha roto las piernas con un bate de béisbol y te acaba mandando a la cárcel *a ti* por sangrar en la acera. Los Cabezas sabían que era mejor no decirle a los Polis que al que habían disparado y arrojado a la zanja era su cabecilla, tendrían que averiguarlo solos, y según la historia que Mace me leyó, estaban haciendo un buen trabajo para lograrlo. Y los Escarlatas tampoco iban a decir nada a la poli. Si pensaban hacer algo, sería intentar empatar el marcador. Y por eso andábamos con mucho cuidado los primeros días que siguieron al golpe.

De todas formas, tenemos un gran sistema de seguridad aquí. No dejamos que nadie se nos acerque. Tenemos centinelas apostados en todos los tejados y en todas las esquinas. Nadie puede acercarse al club sin que nosotros lo sepamos primero. Incluso antes de que Mace llamara a la puerta y me trajera el periódico, yo ya sabía que estaba de camino. No confío en nadie, ni siquiera en Mace. Todos los miembros tienen órdenes de que cuando alguien se acerca al club, aunque sea otro miembro, tiene que saberlo primero el jefe. Cuatro minutos antes de que Mace llamara a la puerta, un mensajero vino y me dijo que venía para aquí. Así me gusta.

El club está en el tercer piso de un edificio abandonado en la 57. Lo tenemos pintado de bonitos colores Day-Glo con una especie de diseño abstracto ¿sabes? El Bala, además de ser un experto soldado para el combate, es también bastante artista. Él diseñó los dibujos de las paredes y los pintó con la ayuda de algunos de los muchachos más jóvenes de la pandilla. No tenemos pinturas obscenas en las paredes como tienen los de las otras pandillas. Ningún dibujo de mujeres desnudas, nada de eso. A mí no me va ese tipo de cosas y dejé bien claro a los demás que no toleraría nada de eso en el club. El sexo es una cosa privada que se hace en privado con la persona que amas. No me van las cosas sucias y no me va el lenguaje obsceno tampoco. Una de nuestras reglas es no blasfemar. ¿Me has oído decir alguna palabrota en todo el tiempo que he estado hablando contigo? Apuesto a que no. Me enorgullezco de ello. ¡Oh, claro! Ya sé que es más fácil expresarse en lenguaje incorrecto. Pero nunca he sido una persona que tomara el camino fácil. No voy *buscando* hacer las cosas de la manera

difícil, pero supongo que está en mi naturaleza asegurarme que las cosas salen *bien* ¿sabes? Y eso vale también para el lenguaje. Por eso nunca blasfemo, ni siquiera digo «infierno» o «maldito», solo las estoy diciendo ahora como ejemplo. Y tampoco se lo permito a ninguno de los que me rodean. Claro, podía ser tolerante, dejar que los chicos digan lo que quieran, dejarles que traigan a sus chicas y se las monten en medio del club, dejarles fumar marihuana, todo eso. Pero no creo en esas cosas. No están bien, nada de eso está bien.

Ya sé que se han formado comisiones que han hecho informes sobre el *hash* y dicen que no hace daño fumarlo, y que no crea hábito y todo eso. No me importa *lo que* digan las comisiones. Mientras yo sea el jefe, solo oiré lo que mi corazón y mi cabeza dice que está bien o mal. Y que no me digan que esas películas que están poniendo, esas revistas que hay en los kioscos y esos libros obscenos que se escriben están bien. Porque no lo está. Está mal. De la misma manera que blasfemar es malo. Cuando estaba en el equipo de fútbol de Whitman, cada vez que el entrenador oía a alguien decir una palabrota, le hacía dar ocho vueltas alrededor del campo. ¿Alguna vez has dado ocho vueltas corriendo alrededor de un campo de fútbol? Aprendes a no blasfemar demasiado rápido.

Mace dijo que los polis, «¿fuisteis vosotros, chicos?», habían pillado a un tipo llamado David Harris, que empezó a dispararles en el momento en que llamaron a la puerta. Se trataba de un trabajador en paro que estaba fichado por asalto y robo. Lo que admitió, después que lo interrogaran los polis, fue que había asaltado un almacén de licores la víspera en Calm's Point y que cuando llamaron a la puerta y dijeron que era la policía, se imaginó que venían a pillarlo por robo a mano armada. Le preguntaron qué relación tenía con aquel tipo, Andrew Kingsley, el que Chingo y los muchachos se cargaron junto al Cabeza hispano y su chica. Harris dijo que apenas conocía a Kingsley. Lo había visto en un bar una semana antes, más o menos y empezaron a hablar de la vida en la Costa, donde Harris había pasado una temporada, posiblemente en la cárcel, más tarde Kingsley le dijo que subiera a conocer a su hermana y eso era todo. Harris dijo que no le había caído demasiado bien la hermana de Kingsley, a la que describió como una dama muy envarada. También dijo que él no sabía que Kingsley

había aparecido muerto en una zanja del lado Norte, ya que Harris (al igual que yo) no lee los periódicos. Estaba bien. Los polis aún no sabían quiénes eran las otras personas de la zanja y tampoco estaban a punto de saberlo.

Pero entonces Midge abrió la boca.

El teléfono del despacho de Carella sonó a las dos y cuarto de la tarde del miércoles 9 de enero, un día después de coger a David Harris y acusarlo de robo a mano armada. La historia de este arresto había salido en los dos periódicos matinales y tuvo grandes titulares en la edición de la tarde. Las fotos de las seis víctimas desconocidas seguían saliendo en los tres periódicos y Carella confiaba todavía, pero no lo esperaba, que alguien viniera a identificarlos. La identificación de Andrew Kingsley, más que simplificar las cosas, las había complicado para Carella y Kling, ya que hasta entonces habían sospechado que las víctimas de la zanja tenían relación con el crimen organizado. (Tienes que empezar por alguna parte y el crimen organizado es un punto de partida tan bueno como cualquier otro cuando tienes seis cadáveres amontonados en una zanja abierta). Su suposición no había sido del todo irracional, recientemente la policía de toda la ciudad había estado atormentada por violentos tiroteos, resultado de una pelea entre delincuentes blancos de la vieja guardia y principiantes negros y portorriqueños.

El motivo de esta pelea era muy simple. Los blancos habían tenido el control absoluto del lucrativo comercio de narcóticos durante mucho tiempo y, si bien no les importaba *vender* droga a los negros y portorriqueños, no querían que estos interfirieran en su pequeña pero vigorosa industria e intentaran quedarse con algunas ganancias. Hay una manera eficaz de desalentar a la libre empresa; poner una bala en las narices del competidor. Cuerpos sin identificar seguían apareciendo en callejuelas desiertas, en estacionamientos al aire libre o en el capó de Plymouths abandonados de origen desconocido. Y debido a que el submundo (blanco o negro) observaba estrictamente el código de la *omertá*, toscamente traducido del italiano como «Mamá es la palabra, cariño» no había alguien lo bastante valiente o estúpido como para presentarse e identificar un cadáver

desconocido. Por lo tanto, existía la posibilidad de que los seis cuerpos de la zanja tuvieran que ver con la guerra racial de narcóticos. Pero eso no explicaba la presencia del hombre blanco de barba, Andrew Kingsley, que no tenía ficha alguna y que, según su hermana, solo participaba en empresas nobles en la Costa Oeste. Como se vería más tarde, los polis habían acertado pensando que se trataba de una guerra entre bandas, pero pensaban en algo grande. La llamada de la chica, Midge, les hizo bajar algo sus miras.

—Steve, soy Dave Murchison del despacho de abajo.

—Sí, Dave —repitió Carella.

—Hay una chica en la línea, dice que quiere hablar con el que se encarga del asesinato de la zanja. Supongo que ese serás tú.

—Pásamela —pidió Carella y acercó un block al teléfono.

—¿Hola? —preguntó una voz de chica. O estaba susurrando o tenía mucho catarro; Carella no podía decir qué.

—Aquí el inspector Carella —informó—. ¿Puedo ayudarla, señorita?

—¿Inspector qué? —murmuró.

—Carella. ¿Quién habla, por favor?

—Midge.

—¿Cuál es tu apellido, Midge?

—No importa —dijo la chica—. Tengo que hacer esto rápidamente. Ahora estoy sola, pero regresarán. Si me pescan llamándolo...

—¿De *quién* estás hablando, Midge?

—De los que mataron a esa gente de la zanja. No sabía que había un bebé involucrado. En cuanto Johnny me dijo que había un bebé...

—¿Johnny qué?

—No importa. Me lo dijo antes de que yo viera las fotos del periódico. Le dije que iba a llamar y decir quién lo había hecho. Me dijo que me romperían los brazos y las piernas.

—¿Quién, Midge?

—El hombre negro de la zanja era Lewis Atkins, el jefe de un club llamado los Vengadores Escarlata. La chica era su mujer... ¿Está usted escuchando?

—Estoy escuchando, Midge —aseguró Carella.

—El bebé que mataron era de ellos. Eso no estuvo bien. Le dije a Johnny que no estaba bien y dijo que lo diría en la junta.

—¿Cómo se apellida Johnny?

—No quiero meterlo en líos —dijo la chica—, ya tuvo problemas una vez por defenderme. No quiero que vuelva a pasarle otra vez.

—¿Quiénes eran las otras personas de la zanja? ¿Puedes decírmelo?

—El tipo hispano era el jefe de los Cabezas de la Muerte. Su verdadero nombre es Eduardo Portoles, pero se hace llamar Edward el Primero. La chica, no estoy segura. Creo que se llama Constantina, pero no estoy segura.

—¿Quién los mató, Midge?

No hubo respuesta.

—Midge, ¿desde dónde hablas?

Seguía sin haber respuesta. Carella, de pronto se dio cuenta que la línea estaba muerta. No había oído el clic del auricular al colgarse. Alguien había cortado el cable o arrancado el teléfono de la pared.

Ya tuvimos problemas con Johnny y su chica anteriormente, así que esta vez no fue ninguna novedad. Solo que ahora fue un poco más serio.

El primer problema lo tuvimos cuando Midge quedó embarazada y quiso abortar. Ya sé que el aborto es legal en este estado, pero para mí eso es asesinato. Midge pertenecía a nuestras mujeres auxiliares, y eso la convertía en un miembro de la pandilla, es decir, que tenía que acatar las reglas, y las reglas dicen que no hay que matar a menos que sea en defensa propia. Quiero que esto quede claro. Todo ese rollo que pasó con los Escarlatas y los Cabezas y todo el rollo que pasó más tarde, fue en defensa propia. Se hizo para el bienestar general de los miembros. Para proteger a la pandilla. Lo que le hicimos a Midge, también fue para proteger a la familia. Fuimos suaves con ella porque se trataba de una chica.

El primer problema fue por lo del aborto, en abril del año pasado, mucho antes de que yo fuera reelegido. No tengo nada que objetar de la vida privada de los miembros y sus chicas, mientras no se hagan demostraciones públicas en el club. Okay, Johnny tenía que haber tenido

más cuidado, pero no lo tuvo. Así que Midge quedó embarazada, vino a verme y me dijo que estaba pensando en ir a una clínica para abortar. Tengo que explicar cómo es esta chica, Midge. En primer lugar, tiene una boca muy grande. No solo grande sino también ruidosa. Y siempre está hablando por teléfono. Yo pensaba que yo *era* el campeón mundial del teléfono, pero Midge me deja corto cuando se trata de hablar por teléfono. De todas formas, yo no uso el teléfono para cotillees. Llamo a alguien para felicitarlo. Por ejemplo, a uno de los muchachos de la pandilla, si ha hecho un buen trabajo, lo llamaré para decirle cuánto lo aprecio. O también solía llamar a las emisoras de radio. Eso fue hace unos meses, antes de que una de las emisoras enviara aquí un periodista para hablar con los muchachos de todos los clubes y habló con cada uno de los clubes menos con *nosotros*. Así que, naturalmente, hablaron mal de nosotros, aunque no tenían ni idea de cómo operamos o de lo que intentamos hacer. Ya no llamo a las emisoras, pero solía llamar a los *disc-jockeys*, sabes, y les decía que era el jefe de un club de Riverhead y que en ese momento estábamos oyendo su programa y pensábamos que estaba haciendo un gran trabajo y si nos pondría esta canción o aquella. Era algo amistoso ¿sabes? No quiero saber nada con esos tipos de la radio desde que empezaron a hablar mal de nosotros. Y, voy a decirte, mejor tienen cuidado con lo que dicen en un futuro. Quiero decir, si esto sale en los periódicos, ¿crees que saldrá en los periódicos?, más vale que tengan cuidado con lo que dicen. Tenemos muchos miembros. Muchos.

Pero Midge solía colgarse al teléfono solo para chismorrear. Por ejemplo, pasaba algo, habíamos hecho algo e inmediatamente allí estaba calentando la línea, divulgándolo entre las otras chicas de la pandilla. Era una bocazas, simple y llanamente. Y siempre estaba abrazando a todo el mundo, tirándose a sus brazos en cuanto entraba por la puerta y llamando a todos «cariño» o «cielo» o «querido». Era un asco. Nunca me gustó esa chica. La aguantaba solo porque pensaba que Johnny era un hombre valioso. Tendríamos que haber sido más estrictos con ella y tal vez haber tenido cuidado de él al mismo tiempo. Nos habríamos ahorrado muchos dolores de cabeza más tarde. Pero nadie es perfecto. Intento controlar las cosas según van viniendo y no siempre vienen según las reglas del juego.

Este es el momento de planificar, moverse rápidamente y solucionar las cosas equilibradamente. Este es el momento en el que sirve ser el hombre más tranquilo de los alrededores, no espantarse.

Le dije, el pasado abril, que no iba a abortar. Ella quiso saber qué se suponía que tenía que hacer. Solo tenía quince años, no quería un crío y la madre de Johnny no les dejaba casarse. Le dije que diera al crío en adopción. También le dije que fuera a comprarse unas pastillas, un diafragma, una espiral o lo que fuera (lo cual no era charla obscena, estaba hablándole como lo haría un médico o un sacerdote) y evitaría ese tipo de accidentes en el futuro. Tuvo el bebé en noviembre y la gente de la adopción se lo llevó sin que ella pudiera verlo. Ni siquiera supo si era niño o niña. Por supuesto, como era una bocazas, fue por todo el barrio diciendo que yo le había robado a su bebé. Casi le doy un sopapo en la boca cuando lo supe. Johnny me dijo que la perdonara porque era de carácter muy excitable y que el haberle quitado el bebé de aquella manera la había trastornado emocionalmente. Le dije a Johnny que había sido *ella* la que había querido matar al bebé en un principio, así que, ¿por qué estaba chillando ahora? Johnny dijo que hablaría con ella y la tranquilizaría. Pero, tío, cuando estás con una bocazas como Midge, no puedes hacer nada con ella, solo tener cuidado.

Eso hicimos cuando la encontramos en el teléfono.

Fue Johnny, ya sabes, el que montó todo el lío en la junta cuando supo que Chingo había matado al bebé accidentalmente. Más tarde, resultó ser que Johnny solo estaba diciendo lo que Midge le *dijo* que dijera. Parece que había todo un rollo psicológico en desarrollo que venía de cuando ella dio a su propio bebé para adoptar. No me preguntes sobre ello porque no entiendo mucho de toda esta psicología. Hubo un tiempo en que tuve problemas. Me obligaron a ir a ver un loquero, porque estaba en libertad condicional ¿sabes? Tío, no aprendí *nada* de aquel tipo. Más tarde, cuando me nombraron jefe de la pandilla por primera vez, alguien tuvo la idea, para ensuciarme ¿verdad?, de que yo había estado viendo a un loquero y tal vez no estaba calificado para ser jefe, y todo eso. Como que un jefe se supone que tiene que tomar decisiones rápidas, tranquilas y no estar desequilibrado, el tipo que salió con esa idea (me olvidé su nombre, se fue a Chicago con su

madre), dijo que tal vez yo estaba loco porque este loquero me había visto por orden de mi oficial de libertad condicional. De todas maneras, gané la elección. Y fui reelegido también.

Pero lo que estoy diciendo es que Midge tenía una gran confusión en la cabeza con el bebé que Chingo mató accidentalmente y con el bebé que la agencia de adopción le quitó en noviembre y empezó a darle la lata a Johnny para que él montara un escándalo en la junta, aunque no fuera a conseguir nada. El bebé ya estaba muerto ¿no? Más tarde, cuando él volvió con ella y le dijo que yo le había parado los pies, que le había dicho que diera un paseo y se calmara, bueno, la cosa siguió cociéndose en su interior, hasta que finalmente decidió llamar a los polis. Dos de los muchachos estaban arriba en casa de otra chica, Ellie es su nombre. Les apetecía tomar una *pizza*, así que Ellie y ellos dos bajaron a buscarla y dejaron a Midge sola con el teléfono. No puede resistirse a un teléfono. Ve uno mientras está sentada aquí, tío, y le entra un picor hasta cogerlo, marcarlo y empezar a abrir su boca. Así que en cuanto se quedó sola llamó a los polis y estaba diciéndoles los nombres de la gente de la zanja, cuando el Bala regresó porque se había olvidado los cigarrillos, oyó lo que estaba diciendo y arrancó el teléfono de la pared.

La hicimos comparecer ante la junta. Fue duro para Johnny porque se trataba de su chica y había hecho algo francamente mal y él era uno de los tipos que tenía que decidir cuál sería el castigo. Podíamos haber hecho con ella lo que hubiésemos querido. Su madre está muerta ¿sabes?, y su padre es un alcohólico que la violó cuando tenía once años y del que ella tenía miedo hasta para compartir el mismo edificio. Casi todo el tiempo dormía en el club, a pesar de que allí la única calefacción son unas estufas de Kerosene. Es un edificio abandonado ¿te lo había dicho?, creo que te lo dije. Así que podríamos haber hecho lo que quisiéramos, nadie lo iba a saber, y a nadie le importaba, excepto, tal vez, a Johnny. Podríamos haberla matado. Estaba amenazando nuestra seguridad.

La junta votó que se le cortara la lengua.

Johnny pidió clemencia y se la concedí. A la junta no le gustó mi veto, pero si la junta se equivoca no me importa *lo que* haya votado. Cerca de las Navidades votaron que el dinero de nuestra tesorería se lo diéramos a un

grupo del barrio que estaba intentando convertir uno de los solares vacíos en un parque. Pintar los muros de los edificios de alrededor, ya sabes, y poner bancos e incluso hasta plantar césped. Había doscientos sesenta dólares en la caja, y no me parecía bien gastarlos en un solar vacío cuando todavía necesitábamos más armas y municiones para la defensa de la pandilla. Así que dije que no. Soy el jefe y tengo el poder del veto. Pero la junta derrocó mi veto y votó otra vez, así que, ¿sabes lo que hice? Le dije a Big Anthony, que es el tesorero y el encargado de la libreta de ahorros de la pandilla que fuera al banco y sacara el dinero, dejando solo un par de dólares para mantener la cuenta en activo. Me trajo doscientos cincuenta y cinco dólares y me hice guardián de los fondos. Todavía lo tengo. Está en un sitio seguro y no tocaré ni un centavo porque pertenece a la pandilla. Pero tampoco se lo voy a regalar a esos bienhechores del barrio, no importa *lo que* haya votado la junta.

La razón por la que veté que se le cortara la lengua a Midge no tiene nada que ver con la súplica de Johnny por clemencia. Lo que pensé, fue que ella ya había hecho el daño, ya había hablado con los polis. Lo cual significaba que ellos vendrían por aquí a buscarla, para sacarle el resto de la historia. Así que, o teníamos que matarla para callarla completamente o teníamos que sacarla de circulación. En cuestiones de seguridad, generalmente no muestro clemencia, no bromeo. Y esto era, sin duda, un asunto de seguridad. Pero supongo que ese día me sentía generoso. Podía haber dicho: «deshaceos de ella» y Chingo o El Bala la habrían tirado al río en un abrir y cerrar de ojos.

La tía de Big Anthony tiene un sitio en el próximo estado, justo encima del Puente Hamilton y va allí por el verano, siembra maíz, es un lugarcito bonito. En invierno permanece cerrado, pero Big Anthony tiene una llave y a veces vamos allí con las chicas, encendemos un fuego y nos sentamos alrededor. Le dije a Big Anthony que escogiera a otro miembro, el que él quisiera, llevara a Midge allí y la retuviera durante una semana o así hasta que las cosas se calmasen. También le dije que le diera veinte latigazos en la espalda cada mañana y cada noche y a ella más le valía no gritar. Si gritaba, y Midge estaba allí de pie mientras decía todo esto, quería saberlo,

y entonces olvidaría lo decente que estaba siendo y le diría a la junta que siguieran adelante y le hicieran todo lo que quisieran.

Entendió el mensaje. O al menos así lo parecía. Pero, a pesar de lo que nos vimos obligados a hacer más tarde, creo que en este momento hice lo correcto. Podía igualmente, con toda facilidad, haber perdido la calma y haberle dicho a la junta que hiciesen lo que querían. Pero no lo hice. Por eso yo soy el líder y ellos son la junta. Cuando eres el líder tienes que saber cuándo debes usar el poder que tienes y cuándo no. Tienes que ser absolutamente duro algunas veces y otras tienes que ser moderado. Es un equilibrio que alcanzas, ¿sabes lo que te digo? Cuando fui reelegido hice un pequeño discurso en el club. Les dije a los miembros que quería que rezaran para que yo tuviera la ayuda de Dios para tomar decisiones que fueran buenas para ellos.

Yo mismo le rezo a Dios cada noche para hacer siempre lo que está bien. Y creo que mi gente debe rezar también por mí, como les he pedido. Porque *hice* lo que tenía que hacer con Midge, a pesar de que más tarde pudiera parecer que me había equivocado.

OceanofPDF.com

CUATRO

Había cinco sectores en la ciudad y Riverhead era uno de ellos. Estaba separado de Isola por el río Diamondback, que fluía desde el río Harb, serpenteaba en dirección sur y luego oeste y se vaciaba en el río Dix en el lado sur de la isla. No había ríos en el mismo Riverhead. Había varios depósitos de agua y dos lagos y un arroyo llamado Estanque de las Cinco Millas. El arroyo no tenía cinco millas de largo, ni cinco millas de ancho, ni estaba a cinco millas de ningún lugar importante. El origen y la evolución del nombre eran oscuros. Posiblemente se llamaba Estanque de las Cinco Millas por la misma razón que Riverhead que no tenía ningún río, se llamaba Riverhead.

Hubo un tiempo, cuando el mundo era joven y los holandeses estaban cómodamente instalados en la ciudad, en que los terrenos adyacentes a Isola eran propiedad de un patrón llamado Pieter Ryerhert, el cual era un granjero que a la edad de sesenta y ocho años se cansó de criar gallinas y dormir con las vacas. Como la metrópoli crecía y la necesidad de casas más allá de los límites de Isola iba en aumento, Ryerhert vendió o donó la mayoría de sus tierras a la ciudad en expansión y se trasladó a Isola, donde vivió la vida alegre de un ciudadano rico. La granja de Ryerhert se convirtió sencillamente en Ryerhert, pero este nombre no era especialmente fácil de pronunciar. En tiempos de la Primera Guerra Mundial, y pese al hecho de que Ryerhert era holandés y no alemán, el nombre empezó a ser irritante y circularon peticiones para cambiarlo porque sonaba demasiado teutónico, y, por lo tanto, quizás tuviera Hunos corriendo por allí cortando las manos de los bebés belgas. Se convirtió en Riverhead en 1919. Seguía siendo Riverhead, pero no el Riverhead que había sido entonces.

Excepto por la zona más oriental, donde Carella seguía viviendo, casi todo el lugar había empezado a deteriorarse al principio de los 40 y había

seguido su vertiginoso decaimiento con el transcurso de los años. De hecho, resultaba difícil creer que Riverhead Oeste era, en la actualidad, parte de la ciudad más grande del país más rico del mundo, pero allí estaba, chicos, a solo un corto paseo del puente de la avenida Thomas. Medio millón de personas vivían del otro lado de este puente en un paisaje desigual tan estéril como el de la luna. El cuarenta y dos por ciento de esta gente estaba en los subsidios sociales de la ciudad, y de los que estaban capacitados para tener un trabajo solo el veintiocho por ciento estaba empleado en la actualidad. Seis mil edificios abandonados, sin calefacción ni electricidad se alineaban en calles sembradas de basura. Se estimaba que unos 17 000 drogadictos se albergaban en estos edificios cuando no estaban merodeando por las calles haciendo la competencia a jaurías de perros malignos. Las estadísticas de Riverhead Oeste eran abrumadoras; su peso parecía suficiente para reducir aquel sector a cascotes, 26 347 nuevos casos de tuberculosis cada año, 3412 casos de desnutrición, 6502 de enfermedades venéreas. De cada cien bebés nacidos en Riverhead, tres morían aún en la infancia. Aquellos que sobrevivían, tenían por delante una vida de agobiante pobreza, cólera irremediable y frustración desesperada. No era de extrañar que la policía tuviera fichas de más de 9000 miembros de bandas callejeras. Eran estas fichas las que obligaron a Carella y Kling a cruzar el puente de la avenida Thomas el jueves por la mañana, 10 de enero.

Habían hablado con un inspector llamado Charles Broughan de la calle 101 de Riverhead, que inmediatamente reconoció los nombres de las bandas que Midge había dado a Carella por teléfono y les dijo que fueran en seguida. Por supuesto estaban familiarizados con Riverhead Oeste ya que, trabajando como polis, sus investigaciones los llevaban casi siempre más allá de los límites de su propio distrito. Pero ninguno de los dos había estado por allí desde hacía varios meses y quedaron impresionados por el rápido grado de desintegración. Incluso el frente del decrepito edificio de ladrillo al lado de la comisaría de la 101 tenía grafitis pintados con *spray*, lo que parecía imposible en una calle donde hay polis entrando y saliendo constantemente, día y noche. Astuto 46, Terror 17, Mono 11, Luis III, Angel el Marcador 24, Absoluta 1, Flecha 18, y muchos más; los seudónimos trazaban curvas y cabriolas, ponían los puntos a las íes y las

barras a las tes en rojo y amarillo, azul y morado, extendiéndose, tapando el ladrillo y unos a otros, creando un diseño tan complejo como cualquier pintura de Jack Pollack.

Carella no podía entender por qué lo hacían. Podía presumir que era una forma nueva de arte pop, en la que la firma del pintor se convertía en la propia pintura, el médium se convertía en el mensaje. Pero suponiendo que el mensaje fuera una declaración de reconocimiento en una ciudad que imponía el anonimato, entonces, ¿por qué no firmaba el artista con su propio nombre, en vez de por el apodo por el que solo lo conocían sus amigos íntimos? (Uno de los nombres pintado en amarillo era Nick 42, un *auténtico* Nick, pensó Carella y retrocedió). Claro está que cubrir las paredes de edificios con pinturas casi imposibles de disolver, no era exactamente una acción legal, por ello, tal vez, los pintores usaran alias en vez de seudónimos, una diferencia sutil que solo reconocen los poetas serios que también escriben pornografía a escondidas. Carella se encogió de hombros y siguió a Kling dentro de la comisaría del distrito.

La mayoría de las comisarías de distrito más antiguas de la ciudad, se parecen entre sí como se parecen los primos lejanos. Los inspectores se identificaron en el alto y ya familiar mostrador de madera que servía para la identificación, con sus columnas de bronce pulido pegadas al suelo y su letrero avisando a los visitantes que se informaran en el mostrador, después siguieron hasta un letrero escrito a mano que decía «División de Detectives», subieron las escaleras de peldaños de hierro, recorrieron paredes peladas y desconchadas que habían sido pintadas de verde manzana durante la guerra Hispano-Americana, cuando la nación era joven y el crimen estaba en decadencia, y siguieron por un largo pasillo de puertas de cristal esmerilado con letras negras, SALA DE INTERROGATORIOS, SECRETARIA, ARCHIVOS, LAVABO DE CABALLEROS, LAVABO DE SEÑORAS; y llegaron hasta una barandilla de tablas de madera que separaba el pasillo de la brigada de inspectores y del Uno-Oh-Uno. Era como andar por casa.

Charlie Broughan era un poli grande como un toro, con barba de dos días en su rostro. Les explicó que había estado trabajando en un homicidio. (*Siempre* estoy trabajando en un maldito homicidio, aquí) y que no había tenido tiempo ni de dormir, mucho menos de afeitarse. Se dirigió

inmediatamente a sus ficheros de bandas callejeras del distrito, sacó una pila de carpetas de manila, las tiró sobre la mesa y dijo: «—Aquí está todo el material. Los tenemos archivados por nombres de bandas, nombres de sus miembros y también localización geográfica, todo marcado con cruces. Quiero que sepáis que este material representa dos años de trabajo. Esos pequeños bastardos de ahí fuera se creen que no tenemos nada mejor que hacer que seguir la pista a todas sus idas y venidas. Podéis verlos, pero no los desordenéis, okay, de lo contrario el teniente me atará en el jardín trasero. Cuando hayáis acabado se los dais a Danny Finch de la oficina de archivos y él se encargará de ponerlos en su sitio. Me quedaría con vosotros, pero tengo que ir al centro a comprobar el registro de un hotel donde creemos que tenemos la pista de un hijo de perra que ha estado recogiendo prostitutas y llevándoselas a un hotel donde las apuñala mientras se las jode. Un chico simpático, ¿eh? Repartimos una muestra de su firma, un nombre falso que firmó en la recepción de un hotel de mala muerte de Yates donde hizo su penúltimo trabajo. Un tipo del centro, cerca del túnel, que trabaja en el hotel de recepcionista de noche, cree que reconoció la letra de un tipo que se registró allí hace dos noches. El tipo ya se ha ido y, por supuesto, usó nombre distinto, pero tal vez podamos lograr que al menos alguien nos diga a qué diablos *se parece*. Si la letra es la misma, que posiblemente no lo sea, si resulta que este *es* el tipo, lo único bueno será que esta vez no habrá podido subir ninguna zorra al cuarto para hacerla pedazos. ¡Qué jodida ciudad! Os diré una cosa, estoy pensando trasladarme a Tokio o a algún otro lugar tranquilo. Nos vemos» —dijo y se despidió con la mano, sacó su nombre del archivo, se puso el sombrero y el abrigo y se fue bamboleándose por el pasillo como si fuera un gigantesco oso enfadado.

Se sentaron en su mesa y empezaron a repasar las carpetas de manila.

Cuando Carella y Kling estaban aún a dos manzanas del club de los Cabezas de la Muerte, ya empezaron a ver la firma del jefe de la banda garrapateada en pintura en las paredes de los edificios de apartamentos. «Se hace llamar Edward Primero» había dicho Midge, y Edward I era tan visible

en este sector de seis manzanas de Riverhead Oeste como los dibujos de Mao-Tse-Tung en China. Aquella área era una descarriada mezcla de territorios blancos, negros y portorriqueños, cada uno de los mal definidos territorios limitaba con el otro, extendiéndose peligrosamente en la disputada tierra de nadie. Eduardo Portoles había vivido (según los informes de la calle 101) a dos manzanas de su club, en el 1103 de la Avenida Concord, entre una *bodega* portorriqueña y una tienda donde vendían libros de sueños, hierbas, guías numerológicas y cosas así. Por supuesto, no había nombres en los rotos buzones, pero los informes de la 101 decían que Portoles vivía en el último piso del edificio en el apartamento 43.

Esta vez Carella y Kling se colocaron uno a cada lado del quicio de la puerta mientras que Carella se inclinaba para llamar. No habían sacado sus armas, pero llevaban las chaquetas abiertas y las fundas al alcance de la mano. No tenían que haberse preocupado. La persona que les abrió la puerta era una niña pequeña que los miró con grandes ojos marrones.

—Hola —saludó Carella.

La niña no contestó. Tal vez tenía unos cinco años, desde luego no pasaba de los seis. Llevaba unas enaguas de algodón y estaba descalza, se chupaba el pulgar y no dijo nada, mirándolo sin parpadear con sus ojos marrones.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Carella.

La niña no contestó.

—¿Crees que nos entiende? —interrogó Kling.

—Lo dudo. ¿*Hablas tú español?*^[5] —preguntó Carella.

La niña afirmó con la cabeza.

—¿*Está alguien contigo aquí?*

La niña negó con la cabeza.

—¿*Estás sola?*

—*Sí* —contestó— *sí, estoy sola.*

—¿*Quién vive aquí contigo?*

—*Eduardo y Constantina.*

—¿Qué ha dicho? —preguntó Kling.

—Dice que vive aquí con Eduardo y Constantina. Pero que ahora está sola, no hay nadie con ella. Me pregunto si sabe que están muertos.

—Echemos un vistazo adentro —dijo Kling.

—*Perdóname* —Carella se dirigió a la niña— *nosotros queremos entrar.*

La niña se hizo a un lado. Mientras entraban en el apartamento Carella dijo: «¿cómo te llamas?» y la niña respondió: «María Lucía». Había ollas y sartenes amontonadas en el fregadero y platos sucios en la mesa de la cocina. En la sala de estar la televisión estaba encendida, pero, aparentemente, el control del volumen estaba roto y unas figuras de dibujos animados hacían cabriolas persiguiéndose por la pantalla sin palabras ni música. En el suelo del dormitorio, tirados en confusión y desorden, los inspectores encontraron ropas de hombre y de mujer. Un gran charco de sangre había empapado la madera descubierta del suelo y las sábanas blancas de la cama estaban manchadas de un opaco rojo amarronado. En una de las paredes encontraron la huella ensangrentada de la palma de una mano.

María Lucía estaba de pie a la entrada del dormitorio y los observaba.

Alex Delgado, el inspector portorriqueño de la brigada, estaba en su casa enfermo con gripe, así que pidieron al patrullero Gómez que bajara de donde estaba viendo la televisión y que interrogara a la niña. Gómez quiso saber qué le tenía que preguntar. «Solo averigua lo que sucedió», le dijeron. Esto es lo que había pasado:

GOMEZ —¿Qué estabas haciendo sola en casa, querida niña?

MARIA —Estaba esperando.

GOMEZ —¿A quién estabas esperando?

MARIA —A Eduardo y Constantina. Se fueron.

GOMEZ —¿Cuándo se fueron?

MARIA —No lo sé.

GOMEZ —¿Hoy?

MARIA —No.

GOMEZ —¿Entonces cuándo? ¿Anoche? ¿Ayer?

MARIA —Hace muchas noches.

GOMEZ —¿Hace cuántas noches?
MARIA —No lo sé.
GOMEZ —Posiblemente todavía no sepa contar. ¿Sabes contar, María?
MARIA —María *Lucía*.
GOMEZ —María Lucía, sí, sí. ¿Sabes contar?
MARIA —Sí. Uno, cuatro, ocho, dos, siete.
GOMEZ —No sabe contar.
KLING —Pregúntale si fue el domingo por la noche.
GOMEZ —¿Fue el domingo por la noche?
MARIA —Sí, el domingo.
GOMEZ —Muy bien, María.
MARIA —María *Lucía*.
GOMEZ —María Lucía, sí.
CARELLA —Pregúntale si allí vive alguien más.
GOMEZ —Niña, ¿quién vive contigo en la casa?
MARIA —Eduardo y Constantina.
GOMEZ —¿Y quién más?
MARIA —Nadie.
GOMEZ —¿Solo ellos? ¿Y tu padre y tu madre?
MARIA —Mi padre y mi madre están con los ángeles.
GOMEZ —Entonces ¿quiénes son Eduardo y Constantina? ¿Qué parentesco tenéis?
MARIA —Eduardo es mi hermano. Constantina es mi hermana.
GOMEZ —¿Y se fueron el domingo por la noche?
MARIA —Sí.
GOMEZ —¿Te dejaron sola?
MARIA —Sí.
GOMEZ —¿Por qué lo hicieron, chiquilla?
MARIA —Los hombres.
GOMEZ —¿Qué quieres decir? ¿Qué hombres?
MARIA —Los hombres que vinieron.
GOMEZ —¿Fueron allí unos hombres la noche del domingo?
MARIA —Sí.
GOMEZ —¿Qué hombres?
MARIA —No lo sé.
GOMEZ —¿Cuántos eran?
MARIA —No lo sé.
GOMEZ —¿Puedes decirme sus nombres? ¿Se llamaron uno al otro por su nombre?
MARIA —No.
GOMEZ —¿Cómo eran?
MARIA —No lo sé.
GOMEZ —¿No recuerdas cómo eran?

MARIA —Yo no los vi.

GOMEZ —Pero ellos estaban allí, ¿no es cierto?

MARIA —Sí, vinieron a llevarse a Eduardo y Constantina.

GOMEZ —Pero entonces, ¿tú dónde estabas, si no los viste?

MARIA —En el baño.

GOMEZ —¿Ellos no sabían que tú estabas en el baño?

MARIA —No. Estaba asustada. Me quedé muy quieta.

GOMEZ —¿De qué estabas asustada, querida niña?

MARIA —Del ruido.

GOMEZ —¿Qué ruido oíste?

MARIA —Constantina estaba llorando.

GOMEZ —¿Y qué otro ruido?

MARIA —Como en Loiza Aldea. La fiesta de Santiago Apóstol.

CARELLA —¿Qué es eso? ¿Qué acaba de decir?

GOMEZ —Es una fiesta anual, en julio. Tiran cohetes para dar comienzo a la procesión. María Lucía, ¿te refieres a los cohetes? ¿El ruido era como el de los cohetes?

MARIA —Sí, muy parecido al de los cohetes de Loiza Aldea.

KLING —¡Cristo! Oyó cómo esos bastardos disparaban a su hermano y hermana.

CARELLA —¡Jesús!

KLING —Pregúntale lo que estaba haciendo allí Kingsley.

GOMEZ —¿Por qué estaba el de la barba en tu casa?

MARIA —Para hablar con Eduardo y Constantina.

GOMEZ —¿De qué hablaban?

MARIA —De muchas cosas. No sé de qué. Yo no los entendía. Hablaban en voz baja. No había ruidos cuando estaba allí el de la barba. El ruido fue después. Yo fui al baño y entonces empezó el ruido.

KLING —Hoy es jueves. ¿Crees que ha estado sola en el apartamento desde el domingo?

GOMEZ —¿Has salido de casa desde aquella noche?

MARIA —No.

GOMEZ —¿Pediste ayuda?

MARIA —No.

GOMEZ —¿Intentaste abrir la puerta?

MARIA —No.

GOMEZ —¿Pero por qué no, chiquilla?

MARIA —Sabía que Eduardo y Constantina volverían.

Regresaron al edificio esa misma tarde e interrogaron a los inquilinos de cada piso. Ninguno había visto u oído nada. La niña María Lucía había descrito el ruido «como el de los cohetes en Loiza Aldea», pero nadie en el edificio había oído nada. Y era la noche del domingo, cuando se supone que

la mayoría de la gente se retira temprano después del fin de semana para prepararse para el trabajo del lunes.

El club de los Cabezas de la Muerte se encontraba en un edificio abandonado en la esquina de la Avenida Concord con la 48. Carella y Kling vieron a un mensajero que entraba al edificio unos minutos antes de que ellos llegaran. Sabían que habían anunciado su llegada, pero no esperaban ningún problema; las bandas callejeras del barrio, excepto algunas definidas por Broughan como «asesinos jurados de polis», en raras ocasiones buscaban problemas con la ley y, más bien, hacían un gran teatro demostrando lo honestos y cooperativos ciudadanos que eran. Carella y Kling se habían parado a la entrada del edificio. El joven que se erguía en su camino, llevaba un bigote a lo Zapata y una chaqueta de la Armada Sueca que en tiempos había sido blanca, pero que ahora estaba tan descolorida con capas de suciedad y escarcha que parecía tan llena de parches como un poncho de camuflaje para combates en la selva.

Estaba de pie encima de las escaleras del porche y miraba para los polis sin decir nada, como si estuviera esperando que ellos dieran el primer paso que los revelara como intrusos en su terreno. Carella puso su pie en el primer escalón y el muchacho advirtió: «eso es todo, tío».

—Sí, ¿*el qué*, tío? —preguntó Carella.

—Eso es lo más lejos que vas.

—Soy oficial de policía —anunció Carella, y sacó la placa con aburrimiento.

—¿Tiene autorización para entrar aquí?, —preguntó el muchacho.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a su vez Kling.

—Me llamo Pacho. ¿Tiene autorización para entrar en este sitio?

—Estamos buscando a cualquiera que haya conocido a Eduardo Portoles —informó Carella— o a su hermana Constantina.

—¿Tiene autorización para entrar aquí? —inquirió Pacho de nuevo.

—Parece que aquí tenemos un disco rayado, Steve —comentó Kling.

—¿Tienes permiso para *vivir* en este lugar? —dijo Carella.

—¿Qué? —contestó Pacho.

—Dije que si pagas renta aquí.

—No, no pagamos renta. Pero eso no le da derecho para...

—Pacho, no me hagas enfadar ¿okay? —pidió Carella—. Hace un día muy frío y no me gusta estar aquí en Riverhead, y no necesito problemas de un punk que se cree Horacio en el puente. Ahora, simplemente, lárgate de mitad del camino y déjanos entrar antes de que empiece a encontrar un montón de cargos contra vosotros. ¿Okay Pacho?

—¿Entiendes Pacho? —intervino Kling.

—¿Quién en el puente? —preguntó Pacho.

Los dos policías ya estaban en la mitad de los escalones. Ambos habían abierto el tercer botón de sus abrigo para poder desenfundar fácilmente con la derecha en caso de que Pacho tuviera algo más que las manos dentro de los bolsillos de la sucia chaqueta de la Armada Sueca y de que fuera tan tonto como para intentar sacarlo. Pacho se volvió de espaldas con las manos en los bolsillos.

—Los llevaré arriba —dijo—. De lo contrario, podrían hacerse daño.

Había rescatado su orgullo, primero al volverse de espaldas para enseñarles la enorme gárgola pintada de luminoso color negro en la chaqueta blanca, con una lengua roja que se asomaba como una llama y la leyenda LAS CABEZAS DE LA MUERTE formando un círculo alrededor; lo había rescatado también, haciendo saber a los detectives que él era un hombre poderoso sin cuya presencia su seguridad no estaba garantizada. Por lo que se refería a Carella y Kling, todo esto era pura mierda. Incluso la gárgola en la espalda de la chaqueta, y una de las prendas encontradas en el apartamento de Portoles, era una chaqueta idéntica de la Armada Sueca, con la misma gárgola pintada en la espalda; incluso eso, pese a ser una agradable variante del esperado cliché de la calavera y los dos huesos cruzados, era solo una mierda absolutamente teatral. Haciendo muecas, debido en parte al ritual paramilitar que Pacho les estaba obligando a seguir (ellos mismos pertenecían a una organización paramilitar, pero no lo recordaron en este momento) y también debido al hedor de basura y excrementos humanos en los escalones, siguieron a Pacho hasta el segundo piso. Otro joven con chaqueta de la Armada Sueca estaba de pie al final de la escalera.

—Dilo. —Le dijo a Pacho, pidiéndole la contraseña, aunque, sin lugar a dudas, sabía que Pacho era uno de la banda.

—El más loco es nuestra dama —dijo Pacho, o algo que sonaba así. No tuvo ningún sentido para Carella.

—¿Quiénes son esos dos? —preguntó el otro Cabeza de la Muerte.

—Inspectores Carella y Kling de la Brigada 87 —contestó Carella—. ¿Tú quién eres?

—True Blue.

—Encantado de conocerte —saludó Carella—. ¿Dónde está True Green?

—No saqué mi nombre de ningún maldito cigarrillo —dijo True Blue.

—¿De dónde *lo* sacaste? —preguntó Kling que parecía algo menos que fascinado.

—Me lo puso Eduardo. Porque soy leal.

—¿Eduardo es el que se encarga de todo esto? —preguntó Kling.

—Sí, pero ahora mismo no está aquí —respondió Pacho.

—¿Estáis esperando que vuelva?

Los dos chicos intercambiaron una mirada tan transparente como un diamante.

—Claro —aseguró Pacho—. Pero no sabemos cuándo.

—Esperaremos —afirmó Carella.

—¿Hay alguien con quien se pueda hablar mientras tanto? —preguntó Kling.

—Está Henry, es el secretario.

—Bueno, entonces hablaremos con Henry. ¿Okay?

—¿Dónde *está* Henry?

—Ahí dentro —contestó True Blue, y con la cabeza señaló hacia un quicio sin puerta al final del pasillo.

—¿Os gustaría anunciarnos, o entramos directamente? —dijo Kling.

—Es mejor que le diga que están aquí —concluyó Pacho—. De lo contrario, podrían hacerles daño.

Carella bostezó. Pacho recorrió el pasillo y desapareció dentro de la habitación. True Blue continuaba mirándolos.

—¿Hay calefacción en este edificio? —Preguntó Carella.

—No.

—¿Y agua?

—No. Nosotros no necesitamos calefacción ni agua. Somos Cabezas de la Muerte.

—Mmm —murmuró Carella.

—Nos las arreglamos.

—Apuesto a que sí —dijo Carella—. ¿Qué está pasando ahí dentro? ¿Una gran conferencia sobre los pasmas del centro?

—Ya *pensé* que no lo reconocía en este distrito —dijo True Blue.

—¿Conoces a todos los inspectores de este distrito?

—A la mayoría. Y ellos a *mí* también.

—Mmm —volvió a murmurar Carella, y Pacho salió al pasillo.

—Okay —dijo Pacho—. Los recibirá.

—¡Qué amable de su parte! —Le comentó Kling a Carella.

—¡Muy amable! —Contestó Carella.

La habitación en la que entraron estaba decorada con recortes barnizados de fotografías de mujeres desnudas sacadas de revistas para chicas. Las paredes estaban recubiertas desde el suelo hasta el techo de estos recortes, y miembros de la banda reclamaban territorialmente diferentes partes de la anatomía de las chicas, garabateando sus nombres en pechos, nalgas, muslos, ingles y bocas sonrientes. En medio de tan esmerada exposición fotográfica, sentado como si fuera un sacerdote marchito en un gran cojín de terciopelo rojo, se encontraba un joven con gafas de bigote estilo Fu Manchú, que jugaba con un largo cuchillo para el pan de unas doce pulgadas. Carella supuso que el muchacho era Henry y también que Henry era un tipo sin miedo; la posesión de semejante utensilio en circunstancias parecidas a las actuales, podría ser causa de arresto. Henry sabía que los polis estaban fuera, a punto de entrar a visitarlo, fácilmente podía haber escondido la navaja bajo el almohadón en el que descansaba.

—Son polis, ¿eh? —preguntó. Con el dedo índice estaba presionando suavemente el borde superior del mango del cuchillo, intentando que la hoja que se apoyaba en los tablones de madera del suelo se equilibrara en la punta. Cada vez que se volcaba lo recogía y lo intentaba de nuevo. No miró para los inspectores cuando estos entraron en la habitación.

—Somos polis —confirmó Carella.

—¿Qué quieren? No hemos hecho nada.

—Queremos saber de Eduardo Portoles.

—Es el jefe.

—¿Dónde está?

—Fuera.

—¿Fuera, en dónde?

—En la gran ciudad, tío —contestó Henry, y recogió el cuchillo e intentó equilibrarlo de nuevo y otra vez volvió a caer de lado. Todavía no había mirado para los detectives.

—¿Y qué hay de Constantina Portoles?

—Sí, es su hermana.

—¿Sabes dónde está?

—No —contestó Henry, y el cuchillo volvió a caer. Lo recogió.

—¿Es miembro de la banda?

—Sí.

—¿Pero tampoco sabes dónde está, cierto?

—Cierto, tío —afirmó Henry y volvió a intentar su juego de equilibrio. Esta vez casi lo consiguió. Pero el cuchillo volcó otra vez—. Mierda —dijo, y siguió sin mirar para los policías.

—¿Y la otra hermana?

—¿Cuál es esa? —preguntó Henry.

—María Lucía. La hermana *pequeña*.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Tienes idea de dónde *está*?

—No —contestó Henry.

—*Nosotros* sabemos dónde está —informó Kling.

—Sí, ¿dónde?

—En este momento está en el hospital Washington, la están tratando de principios de inanición.

—¿Qué? —se extrañó Henry mirándolos por primera vez.

La sorpresa que se reflejó en sus ojos era auténtica, sin disfraces. Si Carella estaba leyendo correctamente en el rostro de Henry, Henry no sabía que la niña pequeña se había salvado de la masacre del domingo por la noche. Así tenía que ser. No importaba lo que Henry hubiera leído en los

periódicos, él había supuesto automáticamente, que los asesinos habían borrado a toda la familia Portoles, incluyendo a la pequeña María Lucía.

—Así es —explicó Carella—. Está en el hospital. Y antes estuvo en la central contándonos todo lo que pasó la noche del domingo cuando asesinaron a Eduardo y Constantina Portoles.

—No sé de qué están hablando —dijo Henry. Usaba gafas gruesas y sus ojos parecían desmesuradamente grandes tras los cristales. Ahora que los estaba mirando directamente, no podía apartar sus ojos de ellos como si este fuera un reto tan grande como intentar equilibrar el cuchillo en su punta.

—¿Para qué esa tapadera? —preguntó Kling—. Estamos intentando encontrar a quien los mató.

Henry no respondió.

—Sabes que están muertos ¡por el amor de Dios!, *tienes* que haber visto las fotos en el periódico.

—No vi nada —respondió Henry.

—¿Qué vas a hacer, Henry? ¿Ir tras ellos tú solo?

—No voy a hacer nada —contestó Henry.

—Ahora ¿eres tú el líder de esta banda?

—Soy el secretario. Creí que Pacho se lo había dicho.

—Pacho está lleno de mierda y tú también. Tú eres el jefe en funciones, o como diablos te quieran llamar hasta que elijan un nuevo jefe. Eduardo está muerto y si no sabes quién lo ha hecho, al menos, tienes grandes sospechas al respecto. Vas a intentar manejar esto por ti mismo, ¿verdad?

—Yo no sé nada —mantuvo Henry—. No sospecho de nadie.

—Un crimen es un crimen, Henry. Lo cometa *otra persona* o lo cometas *tú*, siempre es un crimen.

—¿Y eso qué?

—Te está diciendo que te mantengas al margen de esto —explicó Kling—. Déjanoslo a nosotros. Estamos trabajando en este caso y nos encargaremos de todo.

—Claro que lo harán —dijo Henry.

—Sé listo, Henry —advirtió Carella—. En vez de darnos un montón de problemas, ¿por qué no nos ayudas?

—No tengo ninguna ayuda para darles —contestó Henry.

—Okay, muy bien —prosiguió Carella—. Nos vamos hacia la Avenida Gateside a hablar con los Vengadores Escarlatas. Tal vez, ellos no sean tan tontos como vosotros. —Se volvió de espaldas a Henry y se dirigió hacia la puerta.

—Son todavía más tontos —concluyó Henry.

Conseguimos el micrófono a través de uno de esos catálogos que mandan por correo. Se puede conseguir cualquier tipo de equipo de vigilancia solo pidiendo que te lo envíen. Lo pagamos con fondos de la tesorería de la pandilla. Pusimos un micrófono en el club de Gateside mucho antes de que se diera el doble golpe y lo escondimos allí porque era fundamental saber lo que estaba haciendo el otro bando. Intentamos poner otro en el club de los Cabezas, pero su sistema de seguridad es más férreo. Fue una buena cosa tener aquel en Gateside, porque así seguíamos la pista a los movimientos de los Escarlatas. Escuchamos toda la conversación que tuvisteis con su segundo.

Mandamos a tres tipos a poner el micrófono, todos ellos menores de edad. Así, en caso de que los pillaran, si los Escarlatas decidían abrir el pico, denunciarlos o lo que sea, vosotros, muchachos, os las tendríais que ver con tres chiquillos ¿entiendes? Los jurados son suaves con los chicos jóvenes. Y supusimos que, si solo estaban implicados tres menores, se consideraría como una broma y vosotros no podríais colgarnos nada al resto de la pandilla. Nosotros somos adultos ¿ves? Tendríamos que pagar si nos pillan haciendo algo así. Es ilegal ¿verdad? ¿Esconder un micrófono? ¿No es ilegal? Bueno, de todas formas, eso es lo que supusimos y por eso mandé a Little Anthony y a otros dos jóvenes. No fue fácil esconder el micrófono en Gateside, te lo aseguro. Se arriesgaron muchísimo. Lo hicieron porque sabían que nuestra pandilla intentaba conseguir la paz y que era fundamental obtener toda la información que necesitábamos. Así es cómo lo introdujimos.

Apedreamos el edificio.

Fue nuestro pasatiempo, hacer que salieran los Escarlatas para entrar nosotros. Ya teníamos el cable colocado en el tejado. Solo teníamos que

entrar en el club de alguna manera y colocar el micrófono. Lo hicimos justo antes de Navidad. ¡Tío, destrozamos cada ventana de aquel edificio! Los Escarlatas salieron corriendo de allí. ¡Tío, habrías pensado que el lugar estaba incendiándose! Nos persiguieron por las calles, mientras que Little Anthony y los otros dos colocaban el cable. ¿Sabes, ese pedazo grande de cartón que tienen clavado en la pared? ¿Con sus reglas del club en él? Colocaron el micrófono justo detrás de sus reglas. ¡Me dio una risa cuando me lo contaron, cuando me dijeron dónde lo habían puesto! Eso fue como añadir un insulto a la injuria, ¿verdad?

El micrófono nos era muy valioso. Gracias a él supimos que el jefe de los Escarlatas estaría en casa con su mujer la noche que planeamos el golpe. No sabíamos que tenían un bebé. A los Escarlatas les gusta guardar sus cosas en secreto, como si tuvieran mucho que esconder. El bebé fue solo un accidente. Si hubiéramos sabido algo del bebé, posiblemente, habríamos intentado pillar a Atkins en la calle. El golpe no pretendía alcanzar a mirones inocentes. Pero, cuando planeas un golpe como este, no puedes pretender una exactitud absoluta todo el tiempo. Además, como ya te he dicho, Chingo cree que, tal vez, una bala perdida de la pistola de Atkins matara al bebé. Deberías oír alguna de las cosas que pillamos con ese micrófono. Siempre supe que esos negros eran unos mierdas, pero algunas cosas que han hecho en su club son increíbles. Obscenas, ¿sabes lo que quiero decir? Sencillamente obscenas.

El día que fuisteis a Gateside, yo, personalmente, estaba a la escucha. Oí toda la conversación que tuvisteis con el segundo de los Escarlatas. El tipo que se hace llamar Mighty Man. Él, desde el principio, se opuso a la paz. *Decía* que quería paz, claro. Pero era *su* tipo de paz. ¿Y qué clase de paz hubiera sido? Nuestra pandilla quería una paz que durara siempre. Eso es lo que intentábamos lograr. Desde un principio. No hemos *creado* lo que hay en este barrio, ¿sabes? Lo heredamos. Yapestaba, e intentábamos encontrar una solución decente, honrosa. Si los Escarlatas y los Cabezas hubieran intentado encontrar la misma clase de paz, no tendríamos ahora todos estos problemas. No tengo nada de qué avergonzarme. Lo que hice estaba bien. Fueron las *otras* pandillas las que no entendían y no

colaboraban. Era una cuestión de honra. La honra de la pandilla y mi propia honra como jefe. Pero intenta explicarles esto a esos drogados.

En cualquier caso, el día que fuisteis allí yo estaba escuchando. Y salió todo como yo me imaginaba. Los Escarlatas no querían tener tratos con vosotros, no iban a deciros ni la hora. Sabían quién era responsable de lo que le había pasado a su jefe e iban a encargarse de todo ellos solos, sin ninguna ayuda de la pasma. Y os oí cuando les dijisteis que habíais obtenido la misma reacción del chico de los cuatro ojos, Henry, el que dirige a los Cabezas y cuando dijisteis que eran todos unos estúpidos que solo buscaban problemas. No me gustan los Escarlatas, y no me fío de ninguno, pero tengo que admitir que ese día hicieron lo correcto cuando os dijeron que os mantuvierais al margen, que no era asunto vuestro.

En aquel momento, no sabía con certeza, *cómo* pensaban manejarlo, pero supuse que habría algún golpe de desagravio. No me preocupaba. Sabía que aguantaríamos cualquier cosa que los Escarlatas y los Cabezas juntos quisieran hacernos. Somos una pandilla fuerte, tío. Tenemos el mayor arsenal de todo Riverhead, ninguno nos gana. Hay una pandilla en Calm's Point casi tan fuerte como la nuestra, pero eso es en toda la ciudad. Tenemos el poder y sabemos cuándo debemos usarlo y cuándo no. Eso es una gran responsabilidad. Cuando os fuisteis de Gateside, aquel día, supuse que no íbamos a tener ningún problema con vosotros, no había ninguna conexión entre nosotros y nada de lo que los Escarlatas o los Cabezas os habían dicho. Estábamos limpios y lejos y éramos capaces de hacer frente a cualquier cosa que cualquiera de las dos pandillas nos quisiera hacer.

Pero eso fue antes de que Midge hiciera su segundo movimiento estúpido y que la película cambiara por completo.

CINCO

La policía del estado vecino encontró el cuerpo de la chica en una zona de bosques en las afueras del pueblo de Turman. Le habían rajado la garganta de oreja a oreja y su espalda estaba cruelmente marcada con lo que parecían azotes hechos con un látigo o un cinturón. Un avisado inspector, mientras recordaba un informe completo sobre los hechos del otro lado del río que había leído, observó que la chica llevaba una pulsera con el nombre MIDGE grabado en ella. De regreso a su oficina, se aseguró de sus recuerdos, y telefoneó a la Brigada 87.

El río Harb estaba casi congelado de un extremo al otro cuando Carella y Kling conducían a través del puente Hamilton, a primera hora de la mañana del viernes 11 de enero. Kling conducía. Carella iba sentado a su lado, intentando ajustar la calefacción del viejo coche. El automóvil, uno de los tres asignados a la brigada, había conocido tiempos mejores. Los detectives hubieran preferido llevar cualquiera de sus coches privados si no fuera que cobrar los gastos del consumo de gasolina se había convertido últimamente en un grave problema departamental y era más fácil llevar uno de los vehículos designados al Departamento de Policía que venían provistos de un tanque lleno.

—Creo que ya lo tengo —afirmó Kling.

—¿Todo el caso o qué? —preguntó Carella.

—Lo que quiso decir.

—¿Quién?

—Pacho. Cuando subimos las escaleras y el otro chico le retó. ¿Te acuerdas? True Blue, el otro chico.

—Sí, me acuerdo.

—Le preguntó a Pacho la contraseña, ¿recuerdas? Y Pacho dijo: «El más tonto es nuestra dama». Ha estado fastidiándome, pero creo que por fin

lo entendí.

—¿Sí? —preguntó Carella.

—Sí. Tienen pintadas unas gárgolas en la espalda de esos chaquetones viejos, ¿verdad?

—Ajá.

—Okay, ¿dónde hay gárgolas?

—En los edificios.

—¿En qué tipo de edificios?

—En *todo* tipo de edificios.

—Steve, ¿cuál es el edificio más famoso del mundo por sus gárgolas?

—No tengo ni idea.

—Vamos, sabes cuál es.

—Notre-Dame —contestó Kling. Haciendo una mueca, muy orgulloso de su habilidad deductiva, miró un momento para Carella—. ¿Lo entendiste? —dijo Kling.

—No —respondió Carella.

—El más tonto es nuestra dama —explicó Kling, mirando para la carretera de nuevo. El *nuestro* es nuestra dama. ¿Lo entiendes ahora?

—Es ridículo —opinó Carella.

—Te apuesto a que es lo que significa.

—Okay, muy bien.

—Da lo mismo, me estaba fastidiando y ahora ya no.

—Bien. ¿Qué le pasa a esta calefacción? ¿No sabrías eso?

—No, hay algo más que me molesta, Steve.

—¿Qué? Ya lo sé, no me lo digas. Estás intentando aprender a equilibrar un cuchillo en la punta de su hoja.

—No. Se trata de Augusta. Estoy pensando pedirle que se case conmigo.

—¿Sí? —se sorprendió Carella.

—Sí —contestó Kling y asintió con la cabeza.

Se refería a Augusta Blair, una pelirroja modelo fotográfico, que había conocido nueve meses atrás mientras investigaba un asalto. Carella sabía bien que no tenía que hacer ningún comentario burlón en este momento en que, aparentemente, Kling estaba tan serio. La brigada hacía bromas sobre

las frecuentes llamadas de «Gussie» (como la llamaban los colegas de Kling) que habían alcanzado proporciones casi monumentales en los últimos dos meses, pero estas burlas no resultaban apropiadas en la intimidad del automóvil cuyas ventanas estaban cubiertas por completo de escarcha. Carella se apresuró con la calefacción.

—¿Qué te parece? —preguntó Kling.

—Bueno, no lo sé. ¿Crees que dirá que sí?

—Oh, sí. Creo que aceptará.

—Bueno, entonces pídeselo.

—Bueno —repitió Kling y quedó callado.

Habían llegado a la caseta de peaje. Tras ellos, Isola arrojaba sus recortadas torres y minaretes en un cielo del color del plomo. Más adelante, el terreno consistía en redondeadas colinas cenicientas a través de las cuales la carretera de Turman serpenteaba su perezoso camino.

—La cosa es —continuó Kling, por fin—. Estoy un poco asustado.

—¿De qué? —preguntó Carella.

—De casarme. Quiero decir, es... bueno... es un compromiso muy serio, ¿sabes?

—Sí, ya sé —contestó Carella—. No entendía bien las dudas de Kling. Si de verdad quería casarse con Gussie ¿por qué dudaba? Y si tenía dudas, entonces, ¿de verdad quería casarse con ella?

—¿Cómo es? —preguntó Kling.

—¿Cómo es *qué*?

—Estar casado.

—Solo puedo decirte cómo es estar casado con Teddy —dijo Carella.

—Sí, ¿cómo es?

—Es maravilloso.

—Mmm —murmuró Kling—. Porque ¿te imaginas que te casas y luego ya no es lo mismo que cuando no estabas casado?

—¿Que *qué* no es lo mismo?

—Todo.

—¿Como qué?

—Como, bueno, por ejemplo, imagínate, bueno, que, bueno, que el sexo no es igual.

—¿Por qué iba a ser diferente?

—No lo sé —dudó Kling y se encogió de hombros.

—¿Qué tiene que ver con eso el certificado de matrimonio?

—No lo sé —contestó Kling y, de nuevo, se encogió de hombros—. ¿Es igual? ¿El sexo?

—Claro —aseguró Carella.

—No quiero ser personal...

—No, no.

—Pero es lo mismo ¿eh?

—Claro que es igual.

—¿Y lo demás? Quiero decir, ya sabes, ¿todavía os divertís?

—¿Si nos divertimos?

—Sí.

—Claro que sí.

—¿Como antes?

—Mejor que antes.

—Porque nosotros nos divertimos mucho juntos —afirmó Kling—. Augusta y yo. Mucho.

—Eso es bueno —sentenció Carella.

—Sí, es muy bueno. Que dos personas disfruten las cosas juntos. Creo que eso está muy bien, Steve, ¿no crees?

—Sí, pienso que está muy bien cuando eso sucede entre dos personas.

—No es que no nos peleemos —aclaró Kling.

—Bueno, todo el mundo se pelea... Cualquier pareja...

—Sí, pero no demasiado.

—No, no.

—Y nuestra... nuestra relación personal es muy buena. Somos... muy buenos juntos.

—Mmm.

—Quiero decir el sexo —explicó Kling rápidamente y de repente pareció muy interesado en la carretera—. Es muy bueno entre los dos.

—Mmm, bueno, está bien. Está muy bien.

—Aunque no siempre. Quiero decir que algunas veces no es tan bueno como otras.

—Sí, claro, es natural —opinó Carella.

—Pero la *mayoría* de las veces...

—Sí, claro.

—La mayoría de las veces, gozamos realmente.

—Claro —repitió Carella.

—Y nos queremos. Eso es importante.

—Eso es, sencillamente, lo más importante —aseguró Carella.

—Sí, eso creo.

—No hay duda.

—Es lo más importante —concluyó Kling—. Es lo que hace que todo lo demás vaya bien. Las decisiones que tomamos juntos, las cosas que hacemos juntos, incluso las peleas que tenemos juntos. Es el hecho de que nos amemos... bueno... es lo que hace que *funcione*, ¿ves?

—Sí —contestó Carella.

—Entonces ¿crees que debería casarme con ella?

—Parece que ya estuvieras casado —respondió Carella.

Kling se volvió abruptamente del volante para ver si Carella estaba sonriendo. No lo estaba. Estaba encorvado en el asiento, con los pies apoyados en la calefacción, las manos metidas debajo de los brazos y la barbilla hundida en la solapa levantada de su abrigo.

—Supongo que *es* como estar casado —dijo Kling, atendiendo de nuevo a la carretera—. Pero no exactamente.

—Bueno, ¿en qué se diferencia? —quiso saber Carella.

—Bueno, no lo sé, por eso te lo pregunto.

—Bueno, yo no veo ninguna diferencia.

—Entonces, ¿por qué deberíamos casarnos? —preguntó Kling.

—¡Jesús!, Bert, yo no sé, —contestó Carella—. Si quieres casarte, cástate. Si no quieres, entonces quédate como estás.

—Tú, ¿por qué te casaste?

Carella pensó un buen rato, luego respondió:

—Porque no podía soportar la idea de que otro hombre poseyera a Teddy.

Kling asintió con la cabeza.

El resto del camino a Turman lo hizo en silencio.

El nombre del detective era Al Grundy. Primero, los llevó al depósito de cadáveres del hospital para enseñarles el cuerpo de la chica y más tarde, los condujo al lugar donde habían encontrado el cadáver. Los primeros en encontrar el cuerpo fueron dos adolescentes que iban para la escuela por un atajo del bosque. Uno de ellos había quedado con la muerta, esperando nervioso a unos diez pies del sitio donde yacía el cuerpo parcialmente cubierto de hojas que habían caído en octubre y que ahora estaban húmedas y enmohecidas. El otro corrió al teléfono público más cercano y llamó a la policía que llegó en cuatro minutos. Había huellas de neumáticos en las húmedas hojas y supusieron que el cuerpo había sido trasladado a este desolado claro del bosque desde otro lugar.

—¿Crees que es la chica que andas buscando? —preguntó Grundy.

Era un hombre enorme de pelo negro con ojos azul claro, tenía la nariz salpicada de pecas. No podía tener más de veinticinco o veintiséis años. De pie a su lado, Kling de pronto se sintió anciano, sintió que ya era hora de casarse, tener hijos y que lo hicieran abuelo.

—Pudiera ser —contestó Carella—. ¿Sabéis cómo se apellidaba? ¿Llevaba alguna identificación encima?

—Nada más que la chapa en su muñeca.

—¿No llevaba bolso?

—Nada.

—¿Hay alguna casa por los alrededores?

—Solo una allí, al otro lado de aquella colina. Dudo que alguien pudiera ver algo desde allí por culpa de la pendiente que tiene el terreno.

—¿La carretera por la que venimos es la única que tiene acceso hasta aquí?

—Sí. La ruta 14. Seguimos las huellas de los neumáticos hasta el lugar por donde deben haber entrado hasta aquí —dijo Grundy—. Fue fácil gracias al barro y a las hojas. Pero no hay nada en la carretera que nos indique de qué dirección venían.

—¿Qué hay de los chicos que la encontraron? ¿Habéis hablado con ellos?

—Oh, sí. Creo que están limpios. Nunca se sabe, pero estos chicos tienen dos cosas a su favor, uno, que llamaron a la policía y dos, ambos están cagados de miedo.

—¿Qué ha dicho el coronel sobre la hora en la que murió?

—La estableció entre las diez y las doce de la noche pasada. La habían pegado brutalmente, tenía latigazos ensangrentados en la espalda, parece que alguien la azotó antes de cortarle la garganta. No hubo asalto sexual. La vagina está limpia de semen.

—¿Te importa si hablamos con la gente de la casa de allí arriba?

—Estáis invitados —respondió Grundy.

La «gente» de la casa de arriba resultó ser solo una persona. Su nombre era Rodney Sack, tenía sesenta y seis años y estaba muy asustado por la presencia de los policías en su cocina. Estaba sentado desayunando y llevaba un pantalón vaquero de peto, una camisa deportiva de lana a cuadros y una chaqueta azul muy gastada en los codos. Usaba un aparato para oír. Su aparato para oír no ayudaba mucho y el miedo obvio que tenía empeoraba las cosas todavía más.

Los policías intentaban averiguar quién era «Midge». Habían revisado profundamente los ficheros de bandas que tenía Broughan y no habían encontrado ninguna chica miembro auxiliar que tuviera ese apodo. El escrutinio no había sido fácil, solo de Riverhead Oeste había informes de 153 bandas. Los Vengadores Escarlatas y los Cabezas de la Muerte habían sostenido hostiles combates con muchas de estas bandas desde sus respectivas formaciones, tres y cuatro años antes. Escoger a la banda que hubiera decidido cargarse a los jefes de los Vengadores y de los Cabezas era como escoger un plato en un banquete chino: todo parece bueno. Hasta ahora, los inspectores solo tenían dos pistas. Sabían que Andrew Kingsley había estado con Eduardo y Constantina Portoles un rato antes de que uno o varios desconocidos entraran en el apartamento y los mataran a los tres. No sabían lo que hacía allí Kingsley o cuál era su relación con Portoles y su hermana. También sabían que una chica llamada Midge, que presumían sería un miembro auxiliar de la banda asaltante, les había dado alguna información y había acabado dos días más tarde con la garganta abierta en el estado vecino. Pero ¿quién diablos era Midge?

—¿Se fijó si hubo algún tráfico inusual anoche en el bosque? —preguntó Carella a Sack.

—No, señor —contestó Sack, temblando visiblemente.

—¿Algunos faros o algo?

—¿Qué iban a hacer unas luces rojas^[6] allí abajo?

—Faros. *Faros*. Faros de coche.

—¡Ah! Faros —dijo Sack—. No, no vi ningún faro allí abajo. —Intentó encender su pipa y la cerilla cayó de su temblorosa mano. Cogió otro fósforo de madera de una caja de la cocina y se le rompió al encenderlo. Miró hacia los detectives, sonrió débilmente y apartó la pipa.

—¿De qué tiene miedo, Sr. Sack? —preguntó Kling.

—¿Yo? De nada. ¿Por qué iba a tener miedo?

—¿Vio algo en el bosque la noche pasada?

—No, señor.

—¿Dónde *estaba* anoche, Sr. Sack? —interrogó Carella. Se daba cuenta de que él y Kling estaban gritándole al viejo. La mujer de Carella era sordomuda y nunca le molestó su incapacidad para oír o hablar. Pero la sordera parcial de Sack era desacostumbradamente irritante. Carella se dio cuenta, de repente, que a la *mayoría* de la gente la molestan mucho los casi sordos, sin embargo, se muestran muy pacientes con quienes están casi ciegos o tullidos. Dejó a un lado este pensamiento, más tarde lo discutiría con Teddy, sus ojos mirarían con intensidad los labios de él, sus dedos le responderían en el lenguaje para sordomudos que compartían y que él «hablaba» con fluidez y con un distintivo acento muy particular. Sack lo estaba mirando. No estaba seguro de que el viejo le hubiera oído.

—Sr. Sack, ¿dónde estaba...?

—Le oí, le oí —insistió Sack impacientemente. Y ahora Carella vio la otra cara de la moneda, el fastidio que supone para los duros de oído el estar sujetos a gritos y repeticiones y dudar constantemente si habrían oído lo que se les decía.

—Bueno, ¿dónde estaba?

—Aquí.

—¿Toda la noche?

—Sí, toda la noche.

—¿Qué estaba haciendo entre las diez y la medianoche?
—Dormir.
—¿A qué hora se fue a la cama?
—A las nueve. Me acuesto a las nueve en punto todas las noches.
—¿Oyó algo anormal en el bosque? —preguntó Carella.
—Soy duro de oído, —informó Sack con gran dignidad—. No oiría un cañonazo que atravesara el porche.
—¿Se levantó de la cama durante la noche?
—Bueno, sí, supongo que sí.
—¿Cuándo?
—No me acuerdo con exactitud. Tuve que ir al retrete, así que me levanté.
—¿Dónde está el retrete?
—Detrás de la casa.
—¿Con vistas al bosque?
—Sí.
—¿Hay una ventana en el retrete?
—Sí.
—¿Miró por esa ventana cuando estaba allí?
—No recuerdo si lo hice.
—Intente recordarlo —pidió Kling.
—Supongo que eché un vistazo ahí afuera.
—¿Qué vio?
—Los bosques.
—¿Alguna cosa en los bosques?
—Arboles, matorrales. —Sack se encogió de hombros.
—¿Algo más?
—Tal vez animales. Muchos ciervos se acercan a la casa en busca de forraje.
—¿Vio algún animal anoche?
—Bueno, sí, supongo.
—¿Qué *clase* de animal?
—Bueno, es difícil decirlo. Está muy oscuro ahí fuera excepto por... —
Sack quedó callado en mitad de la frase.

—¿Excepto por *qué*? —preguntó Carella.

—Por la luz del porche —respondió Sack—. Siempre dejo la luz del porche encendida.

—¿Se refiere al porche que está frente a la casa?

—Sí, a ese porche.

—¿Hay un porche trasero, Sr. Sack?

—No, solo el delantero.

—Pero usted dijo que el servicio está *detrás* de la casa.

—Bueno, sí, allí es donde se encuentra.

—Entonces, ¿qué tiene que ver la luz del porche *delantero* con lo que usted vio o dejó de ver en *la parte de atrás*?

Sack parpadeó y de repente empezó a llorar. «Soy un anciano» dijo y rebuscó un pañuelo en el bolsillo de sus pantalones. «No puedo oír ni mierda y vivo de una pensión de invalidez y lo que cobro del seguro. Tal vez me queden cinco o seis años de vida como mucho. No quiero problemas. Por favor, déjenme en paz. Por favor. Se sonó la nariz, se restregó los ojos y guardó su pañuelo, a pesar de que las lágrimas seguían rodando por sus mejillas. Por favor.», dijo.

—¿Quiere decirnos lo que pasó anoche, Sr. Sack? —preguntó Carella suavemente.

—Nada —contestó Sack—. Ya les he dicho... —No pudo seguir. Un sollozo estranguló la frase y empezó a toser, de nuevo buscó su pañuelo.

—¿Vio algún faro en el bosque, Sr. Sack?

Sack no contestó.

—¿Sí o no?

—Vi unos faros —contestó y respiró con dificultad—. Soy un anciano. Por favor. No quiero problemas.

—¿A qué hora fue, Sr. Sack? ¿Los faros?

—Debió ser sobre las dos de la mañana.

—¿Los vio desde la ventana del retrete?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Tendría que haber vuelto a la cama, pero pensé... pensé que alguien se había salido de la carretera accidentalmente... y estaba atrapado en el

lodo ahí abajo, así que... me puse unos pantalones y una camisa, mi jersey y mi cazadora y bajé para ver si... si podía ayudarlos. Telefonar a un garaje o.... soy viejo y estoy sordo, pero no soy un inútil, sirvo para algo, ¿sabe? Pensé que podría telefonar si la gente de ahí abajo necesitaba ayuda.

—Siga —pidió Kling. Lo dijo con bastante suavidad y no estaba seguro de que Sack lo hubiera oído.

—No llevaba ninguna luz, busqué la maldita linterna, pero no la encontré. Siempre estoy perdiendo cosas, no sé por qué. Pero había buena luna y conozco estos bosques como la palma de mi mano, nací y me crié en esta casa, conozco cada pulgada de estos bosques. Bajé hasta donde estaban las luces y.... y entonces vi lo que estaba sucediendo.

—¿Qué era, Sr. Sack?

—Dije que vi lo que estaba sucediendo.

—Sí, ¿y qué vio?

—Una chica yacía delante del camión. Todo su vestido estaba lleno de sangre. Había dos muchachos jóvenes de pie junto a los faros, cerca de ella. Se estaban peleando.

—¿Por qué?

—Uno de ellos quería enterrarla. Decía que habían llevado palas así que podían hacerlo. El otro decía que quería irse de allí enseguida, que bastaba con cubrirla de hojas, como ya habían hecho.

—¿Cómo eran?

—Eran unos críos. No tendrían más de dieciséis o diecisiete años.

—¿Blancos o negros?

—Blancos.

—¿Usaron nombres para dirigirse uno al otro? ¿Oyó algún nombre?

—Soy duro de oído —informó Sack, de nuevo— pero creo que oí cómo uno le llamaba cerdo al otro.

—¿Cerdo? C-E-R-D-O.

—Eso es. Cerdo.

—¿Está *seguro* que dijo eso?

—No, no estoy seguro. Pero me sonó algo así.

—Está bien, ¿qué pasó?

—El que se llamaba Cerdo dijo que él era el encargado y que no quería perder más tiempo en el bosque. Así que subieron al camión y se fueron.

—¿Qué tipo de camión?

—Una vieja furgoneta Chevy.

—¿Se fijó en la matrícula?

—Era una matrícula de Isola, pero no pude ver bien los números.

—Cuando dice que era vieja, ¿a qué año se refiere?

—Sesenta y cuatro o sesenta y cinco. Algo así.

—¿De qué color?

—Parecía verde. O azul. Un azul verdoso.

—¿Una furgoneta abierta?

—Sí.

—¿Llevaban algo en la parte trasera?

—Nada que yo haya visto. Me imagino que llevarían unas palas porque eso dijeron. Pero no pude verlas desde donde estaba.

—¿Recuerda algo más del camión? ¿Alguna abolladura, marcas particulares, algo pintado a los lados?

—Había una extraña bandera en la puerta más próxima a mí.

—¿Qué puerta era esa?

—La del lado del conductor.

—¿Qué tipo de bandera?

—No me fijé bien. *Creo* que era una bandera, en todo caso parecía una bandera.

—¿De qué color era?

—Roja, blanca y azul.

—¿Pero no era una bandera americana?

—No, no. Sé cómo es la bandera americana, ¿verdad? Esta tenía una cruz grande azul. Estrellas también, ahora que lo pienso. Pero no eran las Barras y Estrellas, estoy seguro. Peleé por esa bandera, tan seguro como que hay infierno que reconocería esa bandera. Primera Guerra Mundial. Así es cómo me quedé sordo.

—¿Podría decirnos cómo eran esos muchachos?

—Los dos tenían el pelo oscuro y llevaban chaquetas azules con...
¡Hey! ¡Eso es! Ahora que lo pienso, ¡eso es!

—¿Eso es qué, Sr. Sack?

—Llevaban la misma bandera en la espalda de sus chaquetas. Eso es. La misma maldita bandera.

—Ajá. ¿Qué altura tenían?

—Estatura normal.

—¿Se fijó en algo más? ¿Cicatrices^[7] o....?

—Sí, uno de ellos *llevaba* un pañuelo.

Carella no le aclaró que había dicho «Cicatrices». En vez de ello, siguió al anciano en sus recuerdos y preguntó:

—¿De qué color era el pañuelo?

—Rojo.

—¿Cuál de ellos lo llevaba? ¿Cerdo o el otro?

—No recuerdo.

—¿Alguna otra señal de identificación? —dijo Carella, y luego enmendó su pregunta anterior de manera tal que Sack no se diera cuenta de que lo había entendido mal—: ¿Alguna desfiguración? ¿Viejas heridas cicatrizadas? ¿Algo así?

—¿Quiere decir cicatrices? —preguntó Sack.

Carella sonrió.

—Sí, Sr. Sack —respondió—. Cicatrices.

—No. Ninguna. ¡Oh! ¿A eso se refería antes? Ya veo. No, ninguna cicatriz. —Sack, por algún motivo desconocido, también sonreía.

—Gracias, Sr. Sack —finalizó Carella—. Yo no me preocuparía de que esos dos vuelvan por aquí. No tienen ningún motivo para creer que usted los haya visto. No lo vieron, ¿verdad?

—No, pero... pensé que si les decía algo, ellos podrían adivinar de dónde había salido la información y... la chica está *muerta*, ¿verdad? No hace falta ser muy listo para saber que fueron esos dos los que lo hicieron.

—Si fuera a sentirse más seguro, creo que el inspector Grundy puede pedir a sus hombres que estrechen la vigilancia alrededor de la casa. ¿Sr. Grundy?

—¡Oh, claro! —exclamó Grundy, cogido por sorpresa y no del todo convencido de que pudiera pedir a sus hombres que hicieran ese servicio.

—Ha sido usted una gran ayuda, Sr. Sack —aseguró Carella—. Sentimos mucho haber interrumpido su desayuno.

—Le estamos muy agradecidos —se despidió Kling.

—No se preocupen —dijo Sack—. Demasiado amargo.

En la brigada del Uno-Oh-Uno, volvieron a repasar los archivos de Broughan. Averiguaron que había una banda que se hacía llamar, aunque pareciera contradictorio, los Yanquis Rebeldes. Sus colores eran rojo, blanco y azul y su insignia era la misma que la que los Confederados usaron durante la Guerra de Secesión: Una cruz azul con bordes blancos y trece estrellas blancas sobre fondo rojo. Los nombres y apodos (llamados alias en los archivos de Broughan) de los miembros de la banda estaban incluidos en el informe, junto con hechos relativos a ellos; situación familiar, historial escolar y/o laboral, informes de arrestos y condenas, testimonios y/o alegatos, y cosas así. Uno de los miembros de los Yanquis Rebeldes se llamaba Little Anthony, para diferenciarlo, aparentemente, de Big Anthony que figuraba como el tesorero de la banda. Los inspectores supusieron que lo que Rodney Sack oyó la noche del asesinato de Midge no fue el nombre «Cerdo»^[8], sino más bien, el nombre «Big», diminutivo de Big Anthony Sutherland. El nombre legal del oficial de ejecución de la banda era Charles Ingersol, su apodo era Chingo. El albacea de la banda era un tipo llamado Edward Marshall, pero lo llamaban Doc, porque una vez sacó una bala, (aparentemente con éxito) del hombro de un compañero de la banda que había resultado herido en una pelea callejera. El consejero de guerra de la banda se llamaba Edward Masón y su apodo era Mace.

El nombre del jefe era Randall M. Nesbitt.

Era conocido por sus secuaces como Randy.

OceanofPDF.com

SEIS

Lo que pasó es que ella intentó huir.

Tenían su palabra de honor de que no intentaría nada de ese estilo, pero si no puedes fiarte de alguien una vez, mucho menos puedes hacerlo dos veces. Por cierto, yo siempre pensé (y *todavía* lo pienso) que no sirve eso de confiar en alguien a medias, o tres cuartos o incluso un noventa y nueve por ciento de las veces. O bien confías por completo, o no confías para nada. Por eso en todas esas negociaciones de paz yo fui el que insistió en que todo se hablara al pie de la letra. De lo contrario, habríamos tenido que depender de la confianza, ¿sabes?, y yo no me fío ni de los Cabezas ni de los Escarlatas.

La casa de la tía de Big Anthony es una casita de campo. Solo hay un dormitorio, así que Big Anthony y Jo-Jo, que es el tipo que escogió para que lo acompañara, cedieron el dormitorio a Midge y durmieron en la sala, Big Anthony en el sofá y Jo-Jo en un saco de dormir en el suelo. No hicieron ninguna proposición sexual a Midge porque sabían que era la chica de Johnny y saben que esta pandilla se enorgullece de su honor. La desnudaban hasta la cintura cada mañana y cada noche para darle los veinte azotes prescritos, pero eso no tenía nada que ver con el sexo. Era solo cumplir órdenes. Tuvo que ser realmente molesto para Big Anthony cumplir esas órdenes con una chica ya que esta pandilla honra sinceramente a las mujeres que pertenecen al grupo. A nuestros ojos, son miembros iguales a nosotros y con los mismos derechos. Que ninguna de ellas sea mi consejera no quiere decir nada. Antes que pasara todo esto con Midge, estaba *pensando* proponer a una de las chicas para secretaria. De hecho, estaba a punto de sugerirlo en la junta. Pero entonces Midge tuvo que pasarse de lista. O de *tonta*, para ser exactos.

Fue justo después de los veinte azotes de aquella noche. Sangraba un poco, no mucho. Se puso la blusa y fue al dormitorio. Big Anthony me dijo que ella ni parpadeaba mientras se le administraba justicia. Pensaba que había aprendido la lección. Pensaba que se había enterado de qué iba la cosa, como lo pensé yo también. No hubo error por nuestra parte, lo que pasó es que Midge era una persona muy perdida. Alrededor de las nueve y media Big y Jo-Jo estaban viendo la televisión en la sala con el volumen muy bajo para no molestar a Midge por si quería dormir, cuando oyeron algo afuera que sonaba como si alguien intentara entrar en la casa. Jo-Jo corrió hacia uno de los lados y Big hacia el otro, ya no había nadie intentando *entrar* en la casa, era alguien que intentaba *salir*. De hecho, se trataba de Midge y no solo estaba *intentando* salir, *ya* había salido cuando ellos la alcanzaron y llevaba un cuchillo que había conseguido robar de la cocina esa mañana temprano.

Ni Jo-Jo ni Big tenían intención de hacerle daño. Solo querían llevarla de vuelta a la casa. Pero ella se les echó encima con el cuchillo y apuñaló a Jo-Jo en el brazo (*todavía* lleva una venda en el corte que le hizo) y luego fue tras Big, que lo llamamos Big por algo y que ha estado en suficientes peleas como para saber quitarle un arma a alguien. Pero ella *lo* estaba amenazando también, así que cuando pudo quitarle el cuchillo ya empezaba a perder la paciencia. La cogió desde atrás, sujetándola con una mano, ya sabes, puso el cuchillo contra su cuello y le dijo que la mataría si volvía a moverse. Se dio media vuelta y le pegó una patada en los huevos, y así se lo ganó. Big la mató inmediatamente. Tenía buenas razones.

Le dije que había hecho lo correcto.

No encontraron a Randall Nesbitt hasta la mañana del sábado 12 de enero, en una heladería en la esquina de Hitchok con Dooley en Riverhead. Estaba comiendo un *banana split*. Una chica rubia flacucha, de ojos claros se sentaba frente a él, bebiendo un batido de chocolate. Parecía tímida, algo anémica y anacrónica, como si saliera de una película de los cuarenta de Betty Co. Nesbitt tenía pelo oscuro y ojos negros y saltones, una nariz gorda, bulbosa y ganchuda, fuertes quijadas y aparentemente una barba dura y cerrada, parecía que se había afeitado recientemente, pero una

sombra azulada asomaba en sus quijadas y a ambos lados de la cara, justo debajo de las mejillas.

No levantó la mirada cuando los detectives llegaron a su mesa. Sabían, sin ninguna duda, que ya estaba avisado de su llegada ya que habían visto a un mensajero, que llevaba una chaqueta vaquera azul con la insignia confederada en la espalda, entrar en la heladería mientras iban subiendo la calle. El mensajero estaba sentado en la barra. Miró para los detectives cuando se pararon delante de la mesa.

—¿Randall Nesbitt? —preguntó Carella.

—¿Um? —dijo Nesbitt y alzó la mirada. Tenía una sonrisa en el rostro: la amplia sonrisa calculada de una celebridad de la televisión en el *show* del sábado noche.

Carella inmediatamente desconfió de la sonrisa.

—Oficiales de Policía —anunció, y enseñó la placa azul y dorada. Nesbitt la examinó con gran interés y después los miró y sonrió de nuevo.

—Sí, oficial —dijo—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Cómo se llama *usted*, señorita? —preguntó Kling.

—Toy —respondió la chica.

—Toy Wike.

—Nos gustaría hacerle un par de preguntas —le dijo Carella a Nesbitt—. ¿Le importa si nos sentamos?

—Por favor acompáñenos —pidió Nesbitt— ¿les gustaría un helado? ¿O un café o algo?

—No gracias —contestó Carella, sentándose en la banca al lado de Toy. Kling se sentó al lado de Nesbitt.

—¿Es usted el jefe de una banda llamada «Los yanquis Rebeldes»? —preguntó Carella del otro lado de la mesa.

—Correcto. Así se llama nuestra pandilla —afirmó Nesbitt.

—Intentamos localizar a alguien llamado Midge —informó Carella—. ¿Le dice algo el nombre?

Parecía que Toy iba a decir algo, pero una mirada de Nesbitt la silenció.

—Midge —dijo Nesbitt pensativo, y cruzó los dedos y consideró el nombre como si le acabaran de invitar a bautizar un barco.

—Midge, Midge —repitió—. No, no me suena, Oficial.

—Tenemos informaciones que nos hacen pensar que Midge pertenece a su banda.

—¿De verdad? —preguntó Nesbitt—. Toy ¿conoces a algún miembro que se llame Midge?

—No —contestó Toy, se inclinó hacia su vaso, puso la paja entre los labios y se concentró en el batido.

—Siento que no podamos ayudarlos —concluyó Nesbitt. Después, como para enfatizar que se había despedido de los dos hombres, cogió su cuchara, cortó un trozo de plátano, lo mezcló con una combinación de salsa de chocolate y jarabe de cereza y se metió toda la chorreante combinación en la boca.

—Todavía no hemos terminado —aseguró Carella.

—¡Oh, lo siento! —exclamó Nesbitt, tragando. Dejó la cuchara a un lado otra vez, sonrió con su vehemente, agradable y cooperadora sonrisa y continuó—. ¿Sí?

—¿Hay alguien en su banda llamado Big Anthony?

—Sí, ¿por qué? —respondió Nesbitt.

—¿Sabe dónde lo podríamos encontrar?

—¿Ha mirado en su casa?

—Si se refiere al apartamento que comparte con su madre en el 334 de la 38 Norte, ya hemos intentado en su casa.

—Supongo que no estaba allí.

—Así es.

—No sé dónde está —dijo Nesbitt, y cogió la cuchara de nuevo. Estaba hundiéndola en una bola de helado de fresa cuando Carella le preguntó.

—¿Tiene carnet de conducir?

—¿Quién? ¿Big? Claro que sí.

—¿Qué coche tiene?

—No tiene coche.

—Pero la banda tiene un coche.

—No, no lo tenemos.

—¿Tienen una furgoneta?

—Sí, tenemos una furgoneta, —afirmó Nesbitt—. Disculpe, oficial, pero creo que no entiendo dónde quiere ir a parar con estas preguntas.

—Espera y verás —dijo Kling.

Nesbitt sonrió.

—No me iba a ninguna parte, oficial.

—Cierto, no va a hacerlo —aseguró Kling. No hasta que hayamos terminado con usted.

—Por supuesto —asintió Nesbitt, conozco mis derechos y...

—Córtala —ordenó Kling tajante.

—Iba a decir que tal vez deberían empezar diciéndome mis derechos. Es decir, si esto va a ser un gran interrogatorio, entonces deberían...

—Esto es un interrogatorio de rutina y sus derechos no están en peligro —interrumpió Kling—. ¿Qué tipo de furgoneta tienen?

—Una Chevy.

—¿De qué año?

—Sesenta y cuatro.

—¿Dónde está ahora?

—No sé cuál de los miembros de la banda la tendrá en este momento —contestó Nesbitt y sonrió—. Todos nosotros estamos autorizados a conducirla cuando lo necesitamos. Por supuesto todos tenemos carnet. Somos un club cumplidor de la ley.

—¿Quién la conducía la última vez que la vio? —preguntó Carella.

—Se me olvidó.

—Intente recordarlo.

—¿Por qué es tan importante?

—Puede haber participado en un robo a mano armada —mintió Kling.

—¿De verdad? —se extrañó Nesbitt. Sacudió la cabeza. Creo que se están confundiendo de furgoneta.

—Azul verdoso, del sesenta y cuatro, Chevy, con la bandera confederada pintada en el lado del conductor.

—A *ambos* lados —puntualizó Nesbitt.

—El encargado del garaje solo vio la del lado del conductor —informó Carella, recogiendo y ampliando la mentira de Kling.

—¡Beee! —exclamó Nesbitt— tal vez alguien robó nuestra furgoneta, ¿eh, Toy?

—Quizás —contestó Toy y sorbió el batido de chocolate del fondo del vaso.

—Porque ¿sabe?, ninguno de los nuestros iría por ahí asaltando gasolineras.

—Pero parece su furgoneta ¿verdad?

—Oh sí, eso *parece*, de acuerdo. Pero no puede ser, ¿ve? A menos, como dije antes, que la hayan robado. Normalmente la aparcamos en un solar vacío en Dill, cerca del club. Tal vez alguien la robó y más tarde fue y asaltó una gasolinera.

—Es posible, Steve —asintió Kling.

—Sí, pudiera ser —corroboró Carella.

—Seguramente es lo que ha pasado —concluyó Nesbitt—. Será mejor que regrese al club para controlar. Se supone que siempre tiene que haber un hombre vigilando esa furgoneta.

—La madre de Big Anthony dice que su hijo estuvo fuera de la ciudad —soltó Carella abruptamente.

—Sí, bueno, ella casi nunca sabe *dónde* está él —contestó Nesbitt, y sonrió.

—Parecía estar muy segura.

—Bueno —dijo Nesbitt haciendo un amplio ademán como para indicar que la madre de Big Anthony no era un testigo muy fiable o competente.

—Dijo que salió de casa la noche del miércoles. Le dijo que podría estar fuera una semana o así.

—De acuerdo, para mí son novedades —admitió Nesbitt—. Oficiales, tengo que decirles que para mí son noticias nuevas. Soy el jefe de esta pandilla y la mayoría de los miembros me mantienen informado de sus idas y venidas. No es una regla, ¿entienden?, no están *obligados* a informarme. Pero lo hacen y normalmente sé dónde están. Y Big nunca me dijo una palabra sobre salir de la ciudad.

—Su madre dijo que iba a Turman.

—¿Sí? ¿Al otro lado del río? Bueno, son novedades.

—El motivo por que nos mostramos tan curiosos acerca de Big Anthony es que la gasolinera que fue asaltada está en Turman.

—Oficiales —dijo Nesbitt—. Creo que me están mintiendo. No sé por qué lo hacen, pero creo que así es.

—Eso nos iguala —afirmó Kling.

—¿A mí? ¿Están hablando de *mí*? —preguntó Nesbitt—. Nunca miento. Tengo costumbre de decir siempre la verdad.

—Muy bien, entonces empiece a decirla ahora —ordenó Carella.

—He estado diciéndola todo el tiempo.

—¿Dónde está Midge?

—No conozco a nadie que se llame Midge.

—¿Dónde está Big Anthony?

—No lo sé. Si su madre dice que se fue a Turman tal vez esté allí, aunque su madre está un poco chiflada y francamente yo no me fiaría de ella demasiado. Pero si dice que se fue a Turman ¿quién sabe? Tal vez por una vez en su vida haya acertado ¿quién sabe?

—¿A qué lugar de Turman?

—Ni siquiera me dijo que se iba a Turman así que cómo voy a saber *a qué parte* de Turman.

—¿Ha sabido algo de él desde el miércoles?

—No.

—¿No es algo extraño?

—No hay una ley que diga que todo el mundo tiene que avisarme cada vez que va al lavabo —explicó Nesbitt—. Tengo buena gente y son seres libres. Saben que yo soy el jefe y que lo que digo se hace, pero no tienen que presentarse ante mí cada diez minutos.

—No estamos hablando de diez minutos. Hablamos de tres días. ¿Qué está intentando decirnos, que uno de sus miembros lleva tres días fuera y que usted no sabe nada de eso?

—No solo es lo que *intento* decirle, es lo que *estoy* diciendo.

—Creemos que Big Anthony y Midge están juntos.

—Imposible.

—¿Por qué?

—En primer lugar ¿quién es Midge? Si yo no la conozco ¿cómo podría conocerla Big? Y en segundo, Big tiene novia y ella se enfadaría mucho si

él estuviese tonteando con otra chica. ¿No es cierto, Toy? ¿No se iba a enfadar mucho?

—Sí —corroboró Toy— se enfadaría mucho.

Los dos inspectores observaban a Nesbitt intensamente. Le habían dado suficiente cuerda y se había ahorcado él mismo y ahora simplemente observaban en silencio, esperando que se diera cuenta que la trampa había saltado, que el nudo se apretaba alrededor de su cuello y que sus pies pendían en el aire por encima del cadalso.

—¿Qué sucede? —preguntó Nesbitt—. ¿Qué están mirando?

Ninguno de los policías respondió.

—Debe ser un concurso de miradas —continuó Nesbitt, y cogió su cuchara—. Esto está derritiéndose —le dijo a Toy, ignorando a los detectives.

—¿Cómo sabe que es una chica? —interrogó Carella.

—¿Quién? ¿Ahora de quién está hablando? —dijo Nesbitt.

—De la misma persona. Midge, ¿cómo sabe que es una chica?

—Usted dijo que era una chica. Dijo que estaba buscando a una chica llamada Midge.

—Dijimos que intentábamos localizar a *alguien* llamado Midge. No dijimos que fuera una chica.

—Supuse que sería una chica —contestó Nesbitt, encogiéndose de hombros.

—¿Qué supone usted que es Chingo?

—Un chico.

—Pero supuso que Midge era una chica.

—Eso es.

—Así de sencillo ¿eh? Midge, automáticamente, es una chica.

—Automáticamente.

—Okay —concedió Carella— vamos a ponernos a la par tuya, Randy —e inmediatamente dijo otra mentira—. Buscamos a Midge porque creemos que es cómplice de un crimen que estamos investigando.

—¿De qué crimen se trata?

—Una escaramuza de rutina. Creemos que Midge y dos muchachos golpearon a una anciana en Peterson Drive.

—Ojalá pudiera ayudarlos —dijo Nesbitt—, pero no la conozco.

Observaron su cara. No mostraba ni una chispa de emoción. Si ya sabía que la chica estaba muerta, si ya había tenido una llamada de Big Anthony desde Turman, no había nada en sus ojos oscuros que lo revelara.

—No pensamos que Big Anthony esté involucrado —siguió Kling, adornando la mentira—. Pero alguien nos dijo que Midge era su chica. Supongo que esa información estaba equivocada, Steve —dijo, volviéndose hacia Carella.

—Supongo que sí. Randy dice que Big Anthony ya *tiene* su chica. ¿No es cierto, Randy?

—Así es.

—¿Cómo se llama?

—Ellie Nelson.

—¿Sabes dónde vive?

—Claro. En Dooley, a dos manzanas del club.

—¿Cuál es la dirección?

—Dooley 1894.

—¿Y el número del apartamento?

—5A. Ella tampoco sabe dónde está Big Anthony.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Nesbitt sonrió de nuevo con su sonrisa de celebridad del *show* del sábado noche.

—Puedo estar seguro —respondió.

Mientras subían al quinto piso del Dooley 1894, Kling dijo de repente:

—Creo que ya lo tengo.

—¿Qué es lo que tienes esta vez?

—Lo que quería decir.

—¿Quién? ¿Nesbitt?

—No, Sack, el anciano de Turman.

—¿Sack? —preguntó Carella—. ¡Por Dios, eso fue ayer!

—Así es, ha estado molestándome. ¿Recuerdas cuando nos despedimos de él?

—¿Sí?

—¿Y tú le diste las gracias y luego te disculpaste por haber interrumpido su desayuno?

—Ajá.

—Y yo dije: «Le estamos agradecidos». ¿Recuerdas eso? Y él contestó: «No importa, demasiado amargo». Por fin he adivinado lo que quiso decir.

—¿Qué quería decir?

—Bueno, ¿qué estaba haciendo cuando entramos allí, Steve?

—Estaba desayunando.

—Correcto. Y ¿qué toma la gente para desayunar?

—Toda *clase* de cosas, Bert.

—Sí, pero ¿con qué *empiezan*? ¿Con qué empiezas *tú*?

—Jugo.

—Sí, pero no todo el mundo empieza con jugo. Otros lo hacen con pomelo.

—¿Y qué?

—Pues que Sack pensó que yo le hablaba de pomelos. Me oyó mal. Pensó que «agradecido» era «pomelo». Por eso contestó: «No se preocupe. Demasiado amargo». —Kling sonrió—. ¿Lo cogiste, Steve?

—Eso es ridículo —opinó Carella.

—Apuesto que es lo que quería decir.

—Okay, muy bien.

—De todas maneras, me estaba fastidiando y ha dejado de hacerlo.

—Bien. Hemos llegado —dijo Carella, se paró delante de la puerta del 5A y llamó.

Cuando abrió la puerta, Ellie Nelson llevaba una camiseta azul marino y pantalón de peto. Tenía unos diecisiete años, era bastante bonita, con una atrevida nariz y vibrantes ojos azules. Tenía buen tipo y lo sabía. Sonrió a los policías como si estuviera esperándolos. Carella y Kling supusieron que Nesbitt la habría telefoneado desde la cabina de la heladería.

—¡Hola! —saludó.

—Oficiales de policía —anunció Carella y mostró su placa. La chica apenas le echó una ojeada. ¿Te molesta que entremos?

—Claro, ¿por qué no? —dijo, apartándose de la puerta para permitirles entrar en el apartamento. Una mujer de pelo gris con un chal de encaje

sobre los hombros se balanceaba en una mecedora verde cerca de la ventana de la cocina. Estaba tejiendo al calor de un rayo de sol. Ellie captó el brillo de los ojos de Kling y dijo:

—Mi abuela. No nos molestará. Pasen, pasen.

—¿Vive alguien más en este apartamento? —preguntó Kling.

—Mi madre, mi abuela y yo —contestó Ellie, cerrando la puerta. Entremos a la sala. ¿Qué es lo que quieren?

La sala de estar estaba amueblada con un tresillo de terciopelo rojo. Sobre una mesita de ruedas descansaba un aparato de televisión. No había cuadros ni fotografías en las paredes. La ventana que daba a la calle tenía una cortina. La persiana estaba subida y se veía una mugrienta fachada de ladrillo. Ellie se sentó en uno de los sillones y señaló hacia el sofá. Los detectives se sentaron frente a ella.

—Entonces, ¿qué es lo que quieren? —preguntó de nuevo.

—Creemos que eres la novia de Big Anthony —contestó Carella.

—Así es —afirmó Ellie, sonriendo.

—Se trata de Anthony Sutherland ¿verdad?

—Eso es, Big Anthony. Lo llamamos así porque mide un metro noventa y tres centímetros y tiene unos hombros así de anchos —explicó Ellie.

—Y es miembro de los Yankis Rebeldes ¿es cierto?

—Correcto. Yo también. De las mujeres auxiliares. Es una pandilla genial. Solo me uní a ellos porque estaba saliendo con Big Anthony, ¿sabe?, y él es el tesorero. Pero, tío ¡estoy más contenta de haberlo hecho! Era muy aburrido antes de juntarme con los Rebeldes. Quiero decir la vida. Podías volverte loca en la escuela y no había nada que hacer por las noches, solo sentarse a ver la televisión. Los Rebeldes cambiaron toda mi vida. Bueno, por supuesto, Big Anthony. Pero también los Rebeldes. Son un grupo de chicos y chicas francamente simpáticos, de verdad. Son los mejores amigos que tengo en el mundo.

—También Midge —preguntó Carella abruptamente.

Ellie quedó desconcertada.

—¿Midge? —preguntó.

—Midge, una chica pelirroja, mide un metro cincuenta y siete centímetros, pesa unos cuarenta y cinco kilos, tiene pecas en la nariz, lleva

una cadena de oro en la muñeca con una chapa en forma de corazón con el nombre «Midge» grabado en ella.

—No la conozco —contestó Ellie encogiéndose de hombros.

—Creíamos que también era miembro de los Yankis Rebeldes —dijo Carella.

—Nunca la he oído nombrar —aseguró Ellie.

—Okay, ¿cuándo fue la última vez que viste a tu novio?

—El miércoles por la tarde —contestó Ellie.

—¿Dónde?

—Vino aquí.

—¿Y lo has vuelto a ver desde entonces?

—No.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Cuando estuvo aquí mencionó que, tal vez, iba a salir de la ciudad?

—No.

—¿Cuánto hace que sales con él?

—Casi un año.

—¿Te ha llamado desde el miércoles?

—No.

—Ellie, hace un año que sales con él, no te dice que va a salir de la ciudad y no te llama desde que se fue. ¿Quieres que nos lo creamos?

—Es la verdad —contestó Ellie y de nuevo se encogió de hombros—. ¿Para qué lo quieren?

—Creemos que está con esa chica, Midge —informó Kling observándola atentamente.

—¿Big? —preguntó—. ¿Está con... esa chica, quienquiera que sea?

—Eso pensamos.

—No —aseguró Ellie sacudiendo la cabeza—. Están equivocados. Big y yo salimos juntos ¿sabe? Estamos casi comprometidos, quiero decir que pensamos casarnos ¿ven? ¿Qué estaría haciendo con... ella?

—Con Midge.

—Sí, como se llame.

—Midge. Así se llama. Una chica muy bonita, al parecer.

—Bueno, Big Anthony no... quiero decir, sencillamente no se iría con otra chica, quiero decir, ¿dónde iría? Y de todas maneras, no lo haría.

—A Turman. Allí es donde se ha ido.

—¿Turman?

—Sí, al otro lado del río.

—Bueno, ¿qué les hace pensar que se fue a Turman?

—Nos lo dijo su madre. Salió el miércoles por la noche.

—¿Eso dijo la Sra. Sutherland?

—Eso es.

—¿Que Big Anthony se fue a Turman?

—Sí.

La chica quedó callada. Resultaba evidente (suponiendo que Randy realmente la hubiera llamado para avisarla) que no le había mencionado la posibilidad de que los detectives le mintieran como le habían mentido a él. Ellie se estaba mordiendo el labio inferior y pensando intensamente en lo que acababan de decirle, la posibilidad de que su novio se hubiera ido el miércoles por la noche a algún lugar al otro lado del río, llevándose a una chica que también era miembro de las auxiliares. Ahora los policías tenían un guion y estaban dispuestos a representarlo una y otra vez hasta que tuviesen lo que andaban buscando. No dudaban que Big Anthony había ido a Turman la noche del miércoles, conduciendo la furgoneta de la banda y casi con seguridad, acompañado de Midge y algún otro miembro de la banda. Lo único que querían averiguar era *a qué lugar* de Turman había ido.

—Esta chica, Midge —dijo Carella, empezando el segundo acto de la misma ópera, y de repente la mujer de la cocina llamó—: ¿Eleanor?

—Sí, abuela.

—Ven a hacer un té, Eleanor.

—Sí, abuela —contestó, se levantó rápidamente y salió de la habitación.

Carella miró a Kling y suspiró. Kling sacudió la cabeza con fastidio porque sabía con exactitud lo que estaba pensando Carella. Habían estado *tan* cerca, y tal vez ahora se les escabulliría.

La chica estuvo unos minutos en la cocina. Cuando regresó, se sentó de nuevo en el sillón, cruzó las manos en su regazo y dijo:

—Bueno, siento no poder ayudarlos, pero no sé dónde está Big y no conozco a ninguna Midge. —Había vuelto a su letanía, repetía lo que Randy le había dicho por teléfono.

—¿Has estado alguna vez en Turman? —preguntó Kling. No pensaban dejar que se escapara. Si se vieran obligados; serían capaces de decir que su novio había sido pillado *in flagrante delicto* en el medio de la calle principal de Turman en plena hora punta de la noche pasada.

—¿Turman?

—Turman. Turman —repitió Carella con un tono más agudo—. Justo al otro lado del puente Hamilton. No nos vas a decir que no sabes dónde está Turman.

Ellie se amedrentó por la dureza de su voz.

—Sí, ya sé dónde está Turman.

—¿Has estado allí?

—No... no recuerdo.

Eso significaba que sí había estado allí. El resto sería pan comido. Pero, en vez de relajarse, sus modales fueron más bruscos, sus voces más autoritarias, toda su actitud era más rígida y despiadada.

—Es *mejor* que te acuerdes —advirtió Kling.

—Y *rápido* —añadió Carella.

—Si no me puedo acordar, no me puedo acordar —dijo Ellie.

Sus ojos azules empezaban a llenarse de lágrimas.

—¿Has estado alguna vez en Turman, sí o no? —disparó Carella.

—De acuerdo, sí. Creo que sí estuve allí. Pero solo una vez.

—¿Cuándo?

—No me acuerdo.

—Ahora escúchame bien, Ellie —pidió Carella apuntándola con su dedo—. Te vas a ver metida en un buen lío si no empiezas a decirnos la verdad.

—Estamos perdiendo el tiempo —opinó Kling, simulando enojo—. Llévemola a la comisaría.

—No, espere un minuto, ¿para qué? —preguntó Ellie. Sus ojos llenos de lágrimas, aparecían ahora dilatados por el pánico.

—¿Cuándo estuviste en Turman?

—Justo antes de Navidad.

—¿Dónde?

—No me acuer...

—¡Dónde, maldita sea! —gritó Carella.

—Es un pueblo muy grande. No recuerdo.

—Es un pueblo pequeño y *sí* te acuerdas.

—¿Qué sucede, Eleanor? —preguntó la mujer—. ¿Por qué esos gritos?

Kling se levantó bruscamente del sofá.

—Tu abuela tendrá que pagar tu fianza —mintió—. Vamos, coge tu abrigo.

—No, espere, yo...

—¿Sí? —dijo Carella.

—¿Qué es lo que he *hecho*? —preguntó Ellie de un modo lastimoso.

—Quiero decir: ¿Qué es lo que he *hecho* yo?

—Estás reteniendo pruebas —contestó Kling—. Vamos.

Hizo ademán de coger las esposas de su cinturón. Eso fue decisivo. Siempre recordaría cómo el ir a coger las esposas fue lo que hizo derrumbarse a la chica. Recordaría el truco y lo usaría una y otra vez en el futuro.

—De acuerdo, fui a una casa allí —admitió Ellie con voz queda, bajó la cabeza y se miraba los pies.

—¿En qué casa? —preguntó Carella seguidamente.

—La tía de Big tiene una casa en Turman.

—¿Dónde? ¿En qué calle?

—No lo sé.

—Maldita... —empezó Kling.

—*De verdad*, no lo sé, ¡lo juro por Dios! Es una casa amarilla con contraventanas blancas y hay una higuera en el jardín delantero. Estaba cubierta con papel de brea cuando fuimos en diciembre. No conozco la calle. Solo estuve allí aquella vez. ¡Lo juro por Dios, no conozco la calle!

—¿Cómo se llama su tía?

—Martha Walsh.

—¿Dónde vive?

—A la vuelta de la esquina. En la Avenida Phillips.

—Gracias —dijo Carella.

—¿Eleanor? —preguntó la mujer de la cocina—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió Ellie sin convicción.

El inspector Meyer-Meyer estaba teniendo problemas con las relaciones públicas.

Montgomery Pierce-Hoyt le telefoneaba de nuevo y quería saber si el teniente le había permitido o no discutir la influencia de la televisión en los actos de violencia.

—Sí, me ha dado permiso —contestó Meyer—. Siempre y cuando quede bien claro que lo que diga es mi opinión personal y no se plantee en modo alguno como el punto de vista oficial del departamento.

—Oh, sí, por supuesto —asintió Pierce-Hoyt— ¿cuándo puedo ir por allí?

—Estoy a punto de salir del despacho —informó Meyer.

—¿Cuándo regresará?

—Tengo un compromiso oral, y luego voy derecho para mi casa.

—¿Un compromiso oral? —preguntó Pierce-Hoyt—. ¿Qué clase de compromiso oral?

—Voy a hablar en una universidad de mujeres.

—¿Sobre qué?

—Violación. Cómo prevenirla.

—Suenan muy interesantes —opinó Pierce-Hoyt.

—Sí, es muy interesante —repitió secamente Meyer.

—¿Le importa que lo acompañe?

—Me voy en este mismo instante.

—Nos veremos allí. Me gustaría oír su conferencia. Tal vez aporte algunas ideas interesantes para mi trabajo. ¿En qué Universidad es?

—La Amberson.

—¿A qué hora va a hablar?

—A las tres en punto —contestó Meyer, y no pudo resistirse a añadir—: si consigo colgar el teléfono.

—Allí estaré. ¿Cómo lo reconoceré?

—Seré el único que esté en un estrado, detrás de un atril, hablando sobre violación.

—Nos vemos —se despidió Pierce-Hoyt, alegremente, y colgó.

A Meyer no le gustaba Pierce-Hoyt. Todavía no lo conocía y ya no le gustaba. Tampoco tenía ganas de ir hasta el centro, y atravesarlo un sábado para dar una conferencia sobre prevención de violaciones a un grupo de chicas jóvenes que posiblemente vivirían en dormitorios con chicos estudiantes de las universidades cercanas sin parar de joder. Cuando su hija Susie creciera diría que no. No, *no* puedes compartir tu cuarto con un chico. No, *no* puedes traer un chico a esta casa y dormir con él en la misma habitación. Sí, soy un hombre chapado a la antigua. Si esto fuera Polonia, la tierra de mi abuelo, y le preguntáramos al rabino del pueblo: «¿Roy, está bien que mi única hija duerma con alguien antes de casarse?», el rabino sacudiría la cabeza, se acariciaría la barba y contestaría: «No está escrito en ninguna parte que tal acto pueda cometerse». La respuesta es no, Susie. No, no, no.

Fue hacia el perchero y se estaba poniendo el abrigo cuando sonó el teléfono. Cotton Hawes y Hal Willis deberían estar trabajando este turno con él, pero no les había visto el pelo desde la hora del almuerzo. Rezongando, descolgó el auricular.

—Brigada 87, Inspector Meyer —dijo.

—Meyer, soy Grundy, de Turman. ¿Está por ahí Carella?

—¿Grundy? —preguntó Meyer—. ¿Quién es Grundy?

—Inspector Grundy de la policía de Turman.

—Hola Grundy, ¿cómo estás?

—Muy bien. ¿Está ahí Carella?

—En este momento, no. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí. Dile que encontramos la furgoneta. Un Chevy verde del sesenta y cuatro con matrícula de Isola, 741-8309, a nombre de un tal Randall M. Nesbitt, dirección 1104 Dooley en Riverhead. La parte trasera de la furgoneta está impoluta, ninguna mancha. Estamos controlando el volante, la palanca de embrague, estamos buscando pistas por dentro y por fuera, pero suponemos que no vamos a encontrar nada.

—¿Dónde la...?

—Ahora iba a decírtelo —contestó Meyer—. Hay un pantano a unas seis millas de donde encontramos el cadáver de la chica. La furgoneta

estaba medio sumergida allí. Supongo que creyeron que era más profundo de lo que es.

—¿A qué hora...?

—La encontramos poco después del mediodía. El cartero cuando pasaba por allí vio la parte trasera que sobresalía del agua.

—¿Algo más?

—Eso es todo, ¿le dirán a Carella?

—Claro.

—Por si quiere preguntarme algo estaré aquí hasta alrededor de las seis de la tarde.

—Le dejaré un mensaje.

—Gracias —dijo y colgó.

Meyer escribió una nota para Carella, echó una ojeada al reloj de pared y se preguntó si el teniente lo habría escogido a él para esta conferencia porque estaba calvo y, presumiblemente, parecía paternal, y por lo tanto capaz de inspirar confianza a inocentes universitarias. Meyer no creía que su aspecto fuera paternal. Pensaba que era bastante guapo e impetuoso, y más valía que lo fuera si tenía que estar en Amberson a las tres en punto. Estaba abotonándose el abrigo y saliendo por la puerta de la balaustrada cuando oyó a Kling y Carella que subían al segundo piso por las escaleras. Entraron en el pasillo cuando él llegaba a la escalera.

—Llamada de Turman, —informó— encontraron la furgoneta. Hay una nota en tu mesa. —Mientras bajaba corriendo gritó—: Iré derecho para casa desde la universidad. Nos veremos el lunes.

—¿Qué universidad? —le gritó Carella— ¿de qué estás hablando?

Pero Meyer ya se había ido.

Carella leyó la nota y telefoneó a Grundy inmediatamente. Ya eran casi las dos y media y no había que perder ni un minuto. Un patrullero del estado contestó el teléfono y puso a Carella con la oficina de Grundy.

—¿Sí? —preguntó Grundy.

—Recibí tu recado. Aquí hemos hecho algún progreso, hablando con la novia del sospechoso y también con su tía. Quiero que controles una casa.

—¿Aquí en Turman?

—Correcto. Aquí tienes la dirección, ¿tienes un lápiz?

—Dispara —pidió Grundy.

—El 304 de West Scoril Cañe. ¿Te suena?

—Conozco la zona. ¿De quién es la casa?

—Pertenece a la tía del sospechoso, una mujer llamada Martha Walsh.

Nos dijo que en invierno la mantiene cerrada pero el sospechoso tiene una llave.

—Todavía no me has dicho su nombre —dijo Grundy.

—Big Anthony Sutherland.

—Ese sería «cerdo» ¿verdad?, ¿y el otro chico?

—No sabemos.

—Voy para allá —dijo Grundy.

Mientras que Meyer-Meyer contaba a una variada colección de no tan virginales chicas universitarias que un violador era un individuo seriamente perturbado, incapaz de disfrutar de una relación sexual normal con una mujer, el inspector Al Grundy conducía por el sombreado camino arbolado de Scoril Cañe y localizaba una casa amarilla de contraventanas blancas con el número 304 en el buzón exterior. Y mientras Meyer decía a su audiencia que un violador espera que la víctima esté aterrorizada ya que este terror aumenta su excitación, Grundy subía por el camino de entrada, pasaba la higuera cubierta de papel de brea y llamaba a la puerta principal: no tuvo respuesta y forzó la cerradura.

—«Algunas de vosotras podéis pensar que la violación no es algo tan terrible. Es penetración a la fuerza, cierto, pero si os sometéis a este asalto, tal vez no resultéis heridas. Tal vez. Pero recordad que parte del interludio psicológico que hace atractiva la violación para este sujeto, es el aspecto de tomar por la fuerza lo que está haciendo. Y donde hay una cuestión de fuerza existe el peligro de ser golpeado seriamente o incluso asesinado».

Había un saco de dormir tirado en la sala de estar y ropa de cama en el sofá. En el suelo, una caja vacía de *pizza* y dos latas de cerveza. Un cenicero repleto de colillas descansaba en una mesita al lado del sofá. Grundy olisqueó las colillas esperando encontrar chicharras de marihuana. No había. Entró en la cocina.

—«No quiero que os dé neurosis de violación, no quiero que empecéis a chillar si alguien os toca el hombro. Puede ser que solo quiera una moneda para ir a beber, y si empezáis a gritar y él intenta callaros, lo que podría pasar es que os rompiese el cuello, lo que es tan grave como ser atacada por un *auténtico* violador. Sin embargo, quiero asustaros un poco y con lo primero que os quiero asustar es con el autostop. Si quisierais ser violadas, la mejor manera de conseguirlo es salir y empezar a hacer autostop. No puedo garantizar que si os para un coche esta noche, os violarán con certeza. Pero os garantizo que si hacéis autostop en el mismo sitio, a la misma hora cada noche, alguien intentará violaros. Puede pasar una semana, tal vez más tiempo. Pero alguien lo va a intentar. Y vuestro aspecto no influirá para nada. Puedes estar de pie en aquella esquina envuelta en un saco de patatas, con los rulos en la cabeza y una calentura en el labio, y eso no echará para atrás al violador. Él es un hombre enfermo, presumiblemente, vosotras sois individuos sanos. ¡Por el amor de Dios! No os expongáis alocadamente a situaciones vulnerables o peligrosas».

Había dos paquetes de seis cervezas en la nevera, una caja de leche, algo de fiambre y un paquete, medio vacío, de pan de molde. En la mesa de la cocina había platos de papel usados y el cubo de la basura estaba lleno de latas vacías, de judías estofadas, sopa, vegetales, carne picada. Tazas, cubiertos, platos de sopa y cuchillos, sin fregar, se apilaban en el fregadero. Grundy entró al dormitorio.

—«Como dice la canción de *The Fantasticks*, hay muchos tipos de violación. Si tenéis una cita con un hombre conocido, y estáis besuqueándoos en su automóvil y él decide tomaros a la fuerza, contra vuestra voluntad, eso es una violación, aunque le conozcáis desde que tenía seis años. En una situación así, yo os aconsejaría que dejarais de besarlo, que os metáis un dedo en la garganta y que le vomitéis en el regazo. La violación más seria, si se puede hablar de seriedad en una violación, es aquella que puede conllevar daños físicos o muerte. Un hombre os ataca de repente, os amenaza a punta de cuchillo. No empecéis a decirle que es un animal asqueroso, no intentéis hacerlo pedazos, porque puede decidir haceros pedazos a vosotras, literalmente. Es emocionalmente inestable, su ego no necesita más golpes. He conocido víctimas que han conseguido

librarse de ser violadas por tratar a su atacante con amabilidad, comprensión, cariño y humildad. Esto no siempre funciona, pero al menos puede ayudaros a ganar tiempo hasta que, o bien pase alguien o bien podáis escapar. Una chica ganó tiempo diciéndole al violador que sabía que él la había estado siguiendo, y que pensaba que era la chica con más suerte del mundo porque ella era una cosita tan simple y tan gorda y él un hombre tan guapo... Le echó los brazos al cuello y se puso muy sentimental, algo que el violador no esperaba, y él perdió su erección y momentáneamente fue incapaz de actuar. Cuando pudo volver al asunto que se traía entre manos, que era poseer a esta chica *a la fuerza*, no os olvidéis, llegaron unos paseantes y la chica escapó del ataque.

»Pero supongamos que un hombre os arroja a un matorral y empieza a golpearos. Vuestra reacción natural, aunque hayáis decidido *no* oponer resistencia, permanecer tranquilas, y así tal vez *él* también se tranquilice, es esquivar los golpes en la cabeza, alzar las manos para protegeros el rostro o hacer cualquier otro gesto involuntario que denote miedo o resistencia y que solo servirá para provocarle todavía más. Supongamos que nada de lo que hayáis dicho o hecho haya funcionado, estáis en el suelo, él sigue golpeándoos, va a violaros. El problema ahora es si queréis que os violen, y tal vez os maten, o si queréis hacerle daño a este individuo. Solo vosotras podéis decidirlo. Si elegís no ser víctimas, os puedo decir cómo hacerle daño y huir de él».

La cama estaba deshecha, las sábanas tenían manchas de sangre. Tirado en el suelo, a los pies de la cama, había un látigo de cuero de nueve colas. La ventana estaba abierta de par en par. Grundy se asomó y miró hacia fuera. Había unos cuatro pies de distancia entre el marco y el suelo. Envolvió cuidadosamente el mango de cuero del látigo en su pañuelo y después colocó una etiqueta para identificarlo y mandarlo posteriormente al cercano laboratorio de policía de Allenby. Cerca de la cama, sobre el asiento de una silla de espalda recta, se encontraba un bolso de mujer. Grundy lo abrió.

—«Recordad que el mejor ataque es la sorpresa. Estáis tumbadas de espalda y el hombre este está a punto de violaros. En vez de intentar retorceros y escaparos, o empujarlo para quitároslo de encima, empezad a

acariciarlo. Eso es, acariciarlo. Acariciad sus genitales, y después bajad vuestra mano hasta sus testículos y apretad. Apretad con todas vuestras fuerzas. Vais a hacerle daño, pero también vais a terminar con la violación en ese instante. Podéis preguntaros si podrá perseguiros después, tal vez golpearos más fuerte que antes o incluso mataros. Os garantizo que podéis ir corriendo hasta California y volver y que ese hombre seguirá tirado en el suelo incapaz de moverse. Esa es una manera de parar una violación, si decidís no ser víctimas. Hay otra forma y sospecho que vuestra reacción sería decir: —Prefiero que me violen—. Por supuesto, la elección es vuestra. Yo solo os doy opciones».

El bolso tenía tres barras de labios, un paquete de *kleenex*, dos chicles, cuatro bonos para el metro, tres billetes de un dólar, cuarenta centavos en calderilla y una tarjeta de miembro de la Organización Estudiantil de la Escuela Whitman de Riverhead. El nombre de la tarjeta la identificaba como Margaret Me Nalhy. No había nada en la casa ni en sus alrededores que identificara de alguna manera a los dos chicos que, presumiblemente, la habían asesinado.

—«Otras veces, actuad por sorpresa —dijo Meyer—. Poned vuestras manos suavemente en la cara del violador, con las palmas contra su frente, acariciadle la cara mientras susurráis palabras de amor, dejadle creer que estáis de acuerdo con sus planes. Tendréis los pulgares cerca de sus ojos. Si tenéis valor para hundir los pulgares en un huevo duro, también podréis hundirlos en los ojos de este hombre. Le sacaréis los ojos, lo dejaréis ciego. Pero no os violará. Os garantizo que durante el proceso de una violación, habrá siempre un momento en que tendréis la oportunidad de acariciar los genitales del hombre o de tocarle la cara. Estas son sus partes vulnerables, y si actuáis por sorpresa, sin que se note que estáis preparando un ataque, no sospechará lo que le va a ocurrir hasta que ya sea demasiado tarde. Retorcerle los testículos le incapacitará, pero tal vez no le hiera permanentemente. Sacarle los ojos es una medida drástica y podéis pensar, justificadamente, que hacerle esto es peor que lo que él quiso haceros a vosotras, que los medios para prevenir una violación son peores que el delito en sí. La elección es vuestra».

Meyer se secó las sienes con su pañuelo y luego añadió:

—¿Hay alguna pregunta?

OceanofPDF.com

SIETE

Esos negros Escarlata pillaron a Big Anthony y a Jo-Jo por pura casualidad, y así empezó todo el problema que vino más tarde. Yo no estaría aquí, si no fuera por lo que sucedió ayer.

Me llamaron por teléfono en la madrugada del jueves, debían ser como las tres o las cuatro de la mañana y me sacaron de la cama. Mi gente sabe que estoy disponible a cualquier hora del día o de la noche, eso es lo que implica ser el jefe. Sirves a tu gente. Siempre estoy alegre y cortés cuando me telefonan, no importa a qué hora sea. El teléfono de mi casa se encuentra en la cocina, fui hasta allí en calzoncillos y hacía mucho frío, cortan la calefacción del edificio sobre las once de la noche, para desanimar a las ratas a salir de sus cálidos escondites. Estoy bromeando, pero es verdad que no hay calefacción a partir de las once de la noche hasta, tal vez hasta las siete o las ocho de la mañana. ¡Esos caseros miserables! De todas formas, allí estoy levantado, congelándome en calzoncillos y Big Anthony me dice que está en una cabina a la salida de un comedor de la Rute 14 de Turman y que ha tenido que tomar serias medidas con Midge. Es un código secreto que tenemos en la pandilla, «serias medidas» ¿sabes?, quiere decir que ha tenido que matarla.

Permanecí muy tranquilo, siempre estoy tranquilo. Le dije a Big Anthony que, posiblemente había hecho lo correcto, si a su juicio tenía que haber sido así y le pregunté si había habido testigos, a lo que me contestó que no, que creía que no. Le dije que en ese caso debería volver a casa de su tía y quedarse tranquilo, que permaneciera fuera de la ciudad y que nosotros controlaríamos de cerca la situación hasta ver cómo se iba desarrollando. Eso fue la noche del jueves; bueno, en realidad ya era la mañana del viernes. El sábado llegáis vosotros, muchachos, a hablarme en la heladería, con vuestra historia falsa, primero de un robo a una gasolinera que luego

cambiasteis a que buscabais a Midge por un atraco con navajas, aunque yo ya sabía que era todo un camelo. Vosotros, chicos, pensabais estar siendo muy listos, pero a mí no me engaña nadie. De hecho, me estabais haciendo un favor. Porque me estabais haciendo saber que la furgoneta estaba «quemada» y que buscabais a Big Anthony en relación con la muerte de Midge. Eso es todo lo que conseguisteis con la visita. Os dije el nombre de la novia de Big porque no veía nada malo en que la visitarais, teniendo en cuenta que había pensado telefonearla en el momento en que os fuerais. Por supuesto, así lo hice, le advertí que cerrara la boca, que os dijera que no sabía dónde estaba Big y que no conocía a nadie llamado Midge. En cuanto colgué, llamé a Big a casa de su tía en Turman y le dije que se deshiciera de la furgoneta, que estaba quemada por sospechosa. También le dije que se fuera de Turman y regresara a la ciudad, porque sabía que toda la acción estaría *allí*, ¿entiendes?, y que a nadie se le ocurriría buscarlo *aquí*. Eso estuvo muy bien pensado. Estoy siempre alerta, viendo cómo ser más listo que los demás.

Así que llega el domingo, ayer, y no sé ni una palabra de Big. Al principio pensé que estaría extremando las precauciones, que habría regresado a la ciudad con Jo-Jo y que ambos estarían escondidos en alguna parte sin arriesgarse siquiera a llamar por teléfono, ¿porque quién sabe en estos tiempos dónde puede haber un micrófono escondido? Yo pensé que, si *nosotros* pudimos esconder uno, podría hacerlo cualquier otra persona en los Estados Unidos. ¿Qué se lo impediría? Y tal vez Big pensaba lo mismo y tenía miedo de llamar. Estaba viendo el partido de fútbol en la televisión, solos Toy y yo. Mi madre estaba visitando a su hermana al otro lado de la calle. Mi viejo, como de costumbre, había salido a beber. Está cobrando el paro y tiene tuberculosis, pero eso no le impide dejar la prisa. No puede pasar delante de un bar sin entrar y beber hasta desmayarse. Está muy orgulloso de mí porque sabe que soy el jefe de una pandilla importante. Yo lo honro y lo respeto excepto en la bebida. No puedo soportar ningún exceso. Está loco de beber tanto y perder el control. Controlarse es algo importante. Mi lema es controlar todo el tiempo. De cualquier modo, me alegraba que no estuviera en casa porque así tenía un rato para ver el fútbol y descansar con Toy. El juego estaba muy animado y me hizo olvidar que

Big no había llamado aún. No quería pensar que le hubiera pasado algo, que tal vez, lo hubiera cogido la pasma de Turman antes de que regresara a la ciudad.

El teléfono sonó sobre las tres de la tarde, en medio de una jugada muy buena. Entré a cogerlo en la cocina, esperando que fuera Big. En vez de él, era Mighty Man, el consejero de los Escarlatas.

—Hola —saludó—, ¿cómo va todo por ahí, en la Avenida Dooley?

—Perfectamente bien —le digo— ¿a qué debo el honor de esta llamada?

—Tenemos a dos de los vuestros —informó.

—¿A quién? —le pregunto—. ¿De qué estás hablando?

Bueno. Me dijo de qué hablaba. Se trataba de que por la casualidad más loca y más tonta, Big y Jo-Jo se tropezaron con un grupo de Escarlatas que los hizo prisioneros. Así fue cómo sucedió. Los Escarlata os dirán un montón de camelos de cómo fallaron Big y Jo-Jo, pero no es verdad. Fue un accidente, sencilla y llanamente, ambos son leales.

En cuanto hundieron la furgoneta, Big y Jo-Jo se imaginaron que si estaba quemada también lo estarían sus chaquetas de la pandilla, por lo que llevaban pintadas al dorso, nuestro símbolo ¿ya sabes? Así que se las quitaron, las guardaron y se pusieron a hacer autostop solo con los jerséis puestos. Mira, tío, el sábado hizo un frío terrible, ¿no es cierto? Hicieron dedo unas dos horas hasta que les pararon y los dejaron cerca del puente, tuvieron que caminar y luego cogieron el metro hasta Riverhead. Fue al bajarse en Hitchok cuando empezaron los problemas.

El lío tuvo que ver con los polis y se trató de la coincidencia más loca, ya que lo que sucedió fue que una jauría de perros estaba atacando a una chiquilla en la calle y debía haber unos mil coches de policía intentando ahuyentar a los perros. Big me contó más tarde que no había visto tantos polis en su vida. Y seguían llegando polis desde todo el barrio para ayudar en esta situación de perros salvajes; alguien debió llamar a una patrulla de auxilio o algo así, la zona era un enjambre de pasma. Así que Big se imaginó que lo siguiente que pasaría sería que uno de los polis lo pararía, tal vez tenían su descripción y acabaría languideciendo en Calcutta, esa

bonita cárcel que tenéis, así que hizo lo que yo habría hecho en circunstancias similares. Volvió al metro y siguió hasta la siguiente parada.

La siguiente parada era Avenida Gateside, donde tienen su club los Escarlata. Big sabe dónde está el club y no tenía ninguna intención de acercarse por allí. Él y Jo-Jo iban a rodear el territorio Escarlata para dirigirse al centro, esperando que la pasma ya se hubiera ido cuando ellos llegasen allí. Pero ambos tenían mucha hambre, esto era sobre las cuatro de la tarde, ya empezaba a oscurecer. No habían comido nada desde el desayuno porque salieron de la casa en cuanto los telefoneé, hundieron la furgoneta y se dirigieron hacia la ciudad. Eso sería sobre, no sé, ¿a qué hora me encontrasteis en la heladería?, ¿las once y media o así? En cualquier caso, ya era por la tarde y tenían hambre, así que se pararon en una pizzería y pidieron un pastel de salchicha. Estaban comiéndolo cuando entraron cinco tipos negros, llevaban chaqueta roja con mangas blancas, eran, todos ellos, Vengadores Escarlatas.

Big y Jo-Jo no tuvieron forma de largarse a tiempo. Estaban comiendo *pizza* en una de las mesas y lo siguiente que pasó es que la mesa estaba rodeada. Big y Jo-Jo no llevan armas, porque tienen miedo de que puedan pillarlos y no quieren llevar nada por si eso sucede, y todos los negros van armados. Uno de ellos enseña a Big una 45 que lleva debajo del abrigo y le dice que salga de la mesa tranquilo y sin hacer ruido o de lo contrario verá sus sesos esparcidos por encima de la *pizza*.

Big y Jo-Jo son valientes, nunca se escaparían de una pelea. Pero la situación era demasiado, así que salieron con los Escarlata y así empezó todo el tema de los prisioneros. Lo que Mighty Man me dijo por teléfono es que tenía a Big y Jo-Jo en su poder en un lugar donde no los encontraríamos nunca y que no los soltaría hasta que negociásemos una paz que resultara satisfactoria para su pandilla. También mencionó que nos estaba demostrando, a los Renos, una gran consideración al no ejecutar a Big y Jo-Jo inmediatamente, por ser miembros de la pandilla responsable del asesinato de su jefe, su mujer y su hijo. ¿Qué te parece ese razonamiento? Yo había ordenado el golpe de la noche del pasado sábado porque estaba intentando acelerar las negociaciones de paz y ahora ¡Mighty Man me dice que considera unos criminales a los miembros de mi pandilla! ¿Ves qué

manera tan desvariada de pensar? Tienes ese tipo de pensamientos y entonces resulta que lo que haces para protegerte, a ti o a tu honor, o tus esfuerzos sinceros para traer algo de paz a este barrio se convierte en algo malo en vez de algo *bueno*. Tío, no estaba para nada de acuerdo con la idea de Mighty Man, te lo aseguro. Sé lo que está bien, y no es correcto coger a dos tipos que están comiendo *pizza*, sin meterse con nadie, hacerlos prisioneros y luego usarlos para conseguir algo que de otra manera no conseguirías.

Así que le dije a Mighty Man que no habría más negociaciones hasta que no soltaran a Big y Jo-Jo, y Mighty Man me dice que no los soltará hasta que haya negociaciones. También dijo algo sobre haber matado a Lewis, a su mujer y a su hijo, y yo le dije que no sabía nada de quién había matado a ninguno de esos, pero que con mucho gusto lo ayudaré a encontrar a los criminales en cuanto suelte a los prisioneros y negociemos una paz justa. También le dije que si le hacía algún daño a Big o a Jo-Jo más valdría que se cuidara el culo. Nunca blasfemo, como ya he dicho, pero ahora estaba tratando con un animal asqueroso y tenía que hablarle en su mismo idioma. Se lo puse todavía más claro. Le dije que si le pasaba algo a Big o a Jo-Jo, fuera pensando en pasar el resto de su vida en Fort Knox ya que sería el único lugar donde no podríamos encontrarlo. Y le dije que mejor nos devolvía a ambos esa noche a medianoche, esto era el domingo, o de lo contrario, el lunes empezaría a pensar que lo que le había pasado a su jefe era jugar a las damas con niños pequeños.

Mighty Man me dijo que me fuera a tomar por el culo.

Esas fueron, textualmente, sus palabras.

Las estoy usando solo para demostrar qué clase de animales son los Escarlata y con qué gente nos las estábamos viendo.

La medianoche llegó y pasó y seguíamos sin Big ni Jo-Jo. Convoqué una reunión de la junta y les conté lo que había planeado hacer. Johnny rehusó seguir adelante. Todavía no sabía que Midge estaba muerta, pero se negó a seguir el plan porque dijo que estaba cansado de tanto derramamiento de sangre y asesinato. Dijo que prefería dimitir de la pandilla antes de involucrarse en más muertes. Le expliqué a él y a la junta que esto no era matar seres humanos, era matar animales asquerosos, matar

al *enemigo*. Y no olvidéis, dije, que en este momento, Big y Jo-Jo estarán pasando por sabe Dios qué clase de penas; y Johnny me interrumpió y me dijo: ¿Qué están haciendo de vuelta en la ciudad? ¿Dónde está Midge?

Le dije que había habido un cambio de planes, que Midge estaba bien y que no me apartase del tema de conversación. Lo principal era que Big y Jo-Jo estaban prisioneros y que no íbamos a dejar que el enemigo los sacrificara ni tampoco íbamos a ablandarnos con el enemigo mientras retuvieran a los nuestros. También le dije a Johnny que no existía eso de dejar la pandilla, que, si se negaba a ir en contra de los Escarlata, mañana por la noche lo consideraría un desertor y que sería mejor que se fuera del país porque nunca más podría poner un pie en territorio Reno sin haber pagado todo el castigo. Había demasiados tipos en la pandilla deseando sacrificar hasta sus vidas por el bienestar general, demasiados tipos como Big y Jo-Jo que estaban en este momento en manos del enemigo pasando grandes penurias para que pudiéramos tener una paz justa y duradera, como para que yo tuviera clemencia con un desertor. Si pensaba que podía alejarse de una pelea y luego tener amnistía por mi parte, estaba muy confundido.

Entonces Johnny dijo que si tuviera que irse a la China, lo haría, pero que no iba a matar a nadie mañana noche. Así que le dije que saliera fuera.

—¿Dónde está Midge? —me preguntó de nuevo.

Le dije que eso no era asunto suyo puesto que se trataba de un traidor a la pandilla y que no era un miembro de esta con ningún derecho.

Dijo que la encontraría y luego se fue.

Y ahí fue cuando dije a la junta que parecía necesario tomar serias medidas y mandé a La Bala y a Chingo que siguieran a Johnny y se aseguraran que no nos diera más problemas.

La brigada de Charlie Broughan en la calle 101 se ocupó del caso. El propio Broughan estaba de servicio, salió a las cuatro de la mañana, habló con los patrulleros y luego entró en el solar vacío donde yacía el cuerpo del muchacho, aplastado contra la verja. Era una noche muy fría. Ropas tiesas por la escarcha colgaban de cuerdas que iban desde un poste a un extremo del solar hasta varias ventanas de la parte trasera del edificio al otro lado de la verja. El muchacho solo llevaba pantalones, calcetines y una camisa.

Tenía dos agujeros de bala en la parte de atrás de su cabeza. O bien estaba descalzo cuando lo asesinaron o alguien le había robado los zapatos después de muerto. Broughan era policía desde hacía mucho tiempo y sabía que matar a alguien para robarle sus zapatos no era algo imposible en esta parte de la ciudad. En el suelo, cerca del cuerpo, encontró dos botones de latón con el hilo todavía pegado a ellos y supuso que los habrían arrancado de alguna prenda, posiblemente de un chaquetón que llevara sobre la camisa. Los puso en una bolsa y los etiquetó para transferirlos al laboratorio.

Una jauría de perros salvajes llegó al solar mientras Broughan estaba trabajando allí. No bromeó con ellos. Sacó su pistola y primero mató a un pastor alemán y luego a un mestizo enorme, negro con manchas blancas. Los otros cuatro perros de la jauría salieron corriendo del solar y Broughan siguió trabajando buscando huellas, armas, artículos personales, algo por donde poder empezar. Después que el forense terminó su examen, registró los bolsillos del muchacho. No llevaba ninguna identificación, *otro más*, pensó Broughan.

Estaba picado con esa cuestión así que le pidió al fotógrafo que tomara una foto de la cara del muchacho con su Polaroid y se la llevó con él de vuelta a la central.

Había 2117 fotografías en los ficheros de Broughan sobre bandas callejeras de Riverhead. Ya había mirado 428 cuando encontró la que correspondía a la foto Polaroid de la víctima. El dorso de la foto traía el nombre del chico, Jonathan Quince, y su dirección, el 782 de Waverly. El muchacho había estado afiliado a una banda conocida como los Yanquis Rebeldes.

Broughan miró el reloj de pared.

Eran las 5:20 a. m.

Llamó a la central del distrito 87. El inspector Bob O'Brien contestó al teléfono. Broughan se identificó y después dijo:

—Tengo algo que puede interesarle a Carella. ¿Está por ahí?

—Llegará sobre las ocho —dijo O'Brien.

—¿Le dirás que me llame en cuanto llegue?

—Correcto.

—Gracias.

Broughan colgó, dudó en llamar a Carella a su casa y decidió dejarlo dormir. Esto podría esperar un par de horas.

Confiaba en que así fuera.

La madre de Jonathan Quince era una mujer de unos cuarenta y tantos años, rechoncha, de pechos abundantes y ojos azules tirando a gris. A las ocho y media de la mañana del lunes, 14 de enero, cuando Carella y Kling llegaron, ya estaba vestida y lista para ir al centro a trabajar en un almacén de ropa. Se identificaron y entraron en el apartamento. La Sra. Quince les dijo que esperaba que fueran breves ya que tardaba veinte minutos en ir a trabajar en metro y todavía no había desayunado. También esperaba que no les importase que fuera bebiéndose el café mientras le decían de qué se trataba el problema. No les preguntó si les apetecía una taza. Su hijo había sido miembro de una banda callejera y sabían que la policía ya había estado allí otras veces, lo menos que se podía decir de su cordialidad es que era muy forzada.

—Sra. Quince —empezó Carella— siento ser el portador de malas noticias, pero...

—Johnny —dijo inmediatamente, con desazón; el nombre se estranguló en su garganta.

—Sí.

—¿Está muy mal herido?

—Ha muerto —respondió Carella.

—No.

Ninguno de los policías habló.

—No —repitió la Sra. Quince.

—Lo siento —dijo Carella.

—¿Cómo?

—Alguien le disparó.

—¿Quién?

—No lo sabemos.

—Esas bandas —comentó y sacudió su cabeza. Una mirada de hielo cubría sus ojos, toda su cara se había paralizado de repente—. Ya se lo

había dicho.

—Sra. Quince, ¿conoce usted a una chica llamada Margaret McNally?

—¿Midge? Sí. ¿Por qué? ¿Tiene algo que ver con esto? ¿Se pelearon por ella?

—No señora. La asesinaron el jueves por la noche y nosotros...

—¡Dios mío! —exclamó la Sra. Quince—. ¡Dios mío! ¿Qué está pasando?

—Tenemos entendido que era la novia de su hijo. —La Sra. Quince no contestó. Miraba fijamente para su taza de café como si esperara encontrar allí una negación de lo sucedido.

—¿Sra. Quince?

—Sí —dijo confusamente—. Era su novia. Sí.

—Sra. Quince, existe la posibilidad de que sus muertes estén relacionadas. Todavía no estamos seguros de qué es lo que está pasando, pero...

—¿Dónde está? —preguntó de repente.

—¿Su hijo? En el depósito de cadáveres Hospital Washington.

—¿Están seguros de que se trata de él?

—Sí, estamos bastante seguros. El inspector Broughan que lleva este caso...

—¿Qué quiere decir? ¿No es su caso?

—Oficialmente no. El inspector que recibe la denuncia es, normalmente designado para el caso.

—Entonces ¿cómo sabe que es Johnny?

—Porque el inspector Broughan tiene una foto que es igual que...

—Las fotografías engañan.

—... la foto de sus archivos —concluyó Carella—. No creemos que se trate de un error. Sra. Quince. Lo siento.

—Quiero ir al depósito de cadáveres —dijo—. Quiero asegurarme yo misma.

—Por supuesto.

—Sabía que pasaría algo así —afirmó—. Más tarde o más temprano, tenía que pasar.

—¿Por qué dice eso?

—Sabía que pasaría desde los tiempos del aborto.

—¿Qué aborto? ¿Puede hablarnos de eso?

—Cuando Midge quiso abortar y ellos le dijeron que no.

—¿Quién dijo que no?

—La banda de Johnny. Los muchachos de su banda. Le dijeron que no podía. Los chicos vinieron a verme, me dijeron que querían casarse porque la banda decía que Midge no podía abortar. Me negué. Midge solo tenía quince años y Johnny diecisiete. ¿Cómo puedes dejar que se casen dos chicos tan jóvenes? Les dije que estaba de acuerdo con... como quiera que se llame... el que tiene una sonrisa falsa, el que es el jefe. Dar el bebé en adopción. Cometí un error. Los chicos nunca lo superaron. Ninguno de los dos. Y Johnny empezó a tener problemas con la banda desde el momento en que Midge tuvo el bebé y lo dio en adopción. Creí que estaba haciendo lo correcto. Eran tan jóvenes. ¿Cómo puedes dejar que se casen dos *niños*? No sabían, no es nada fácil, mi propio matrimonio... no sabían. Quería ayudarlos. Cometí un error. Tendría que haberles dado mi bendición y animarlos. Entonces, tal vez, esto no habría sucedido. Tal vez hubiera roto con la banda de una vez por todas y esto no hubiera sucedido. —De pronto, pareció recordar algo muy significativo y dijo con aire sorprendido—: El cumpleaños de Johnny fue hace dos semanas. Cumplió dieciocho años. Quiero ir al hospital. Quiero asegurarme que se trata de él. Tengo que asegurarme. ¿No lo ven? ¿No me entienden?

—Sí, Sra. Quince.

—Porque me tengo que asegurar.

—Sra. Quince. Sé que le gustaría que cogiéramos al que mató a su hijo, tal vez pueda ayudarnos a hacerlo.

—Sí —dijo. Su voz sonaba desentonada. Parecía no estar escuchando.

—Voy a decirle lo que ya sabemos y también lo que pensamos. Sabemos que Midge Me Nalhy apareció asesinada en los bosques que rodean la autopista 14 de Turman, al otro lado del río, el viernes, por la mañana. Un testigo ocular vio a dos jóvenes que usaban chaquetas de los Yanquis Rebeldes, y también una furgoneta con la insignia de la banda en los paneles de las puertas. Desde entonces hemos encontrado la furgoneta abandonada y también la casa en la que creemos que Midge estuvo cautiva.

Pertenece a una mujer llamada Martha Walsh, que es la tía de un Yanqui Rebelde llamado Big Anthony.

—Sí —dijo la Sra. Quince.

—Tenemos muy buenas razones para creer que Big Anthony y otro muchacho se llevaron a Midge a Turman el miércoles por la noche, y luego por algún motivo la asesinaron. Todavía no sabemos por qué. Tampoco hemos localizado aún a Big Anthony.

—¿Creen que él mató a mi hijo?

—No sabemos. Cuando lo encontremos podremos hacerle unas preguntas. Ya tenemos suficientes cargos para arrestarlo. Por eso necesitamos su ayuda.

—¿Qué ayuda? —preguntó.

—Para encontrarlo, para encontrar a Big Anthony.

—¿Cómo puedo ayudarlos?

—¿Había algún sitio... mencionó Johnny algún lugar donde irían los miembros de la banda si necesitaban... bueno, si necesitaban estar fuera de circulación por algún tiempo?

—¿Qué quiere decir?

—Para esconderse.

—¿Esconderse?

—De la policía. ¿Había algún lugar, aquí en la ciudad, donde pudieran ir? ¿Aparte del club de Hitchoow con Dooley? ¿Algún lugar que la policía no conociera?

—No sé de un sitio así en la ciudad.

—Los archivos del inspector Broughan indican que Johnny había tenido problemas con la ley en distintas ocasiones...

—Sí —dijo, y afirmó con la cabeza.

—Sobre todo estamos muy interesados en junio del año pasado, cuando la brigada de la 101 no pudo localizar a su hijo durante seis días. Finalmente, se presentó en la comisaría y dijo que no sabía que lo habían estado buscando, pero que allí estaba y que qué querían saber. Aparentemente había estado escondido en alguna parte mientras se preparaba una buena coartada. ¿Recuerda aquel incidente, Sra. Quince?

—No.

—Tenía que ver con un tiroteo.

—No, no me acuerdo.

—El pasado junio, a final de mes.

—No.

—¿Recuerda si Johnny pasó algún tiempo fuera de casa el pasado junio?

—No.

—¿*Recuerda* al policía que estuvo aquí preguntando por él? ¿El Inspector Broughan? ¿De la brigada 101?

—Sí, de eso me acuerdo. Pero yo no siempre estoy aquí.

—Pero usted *estaba* aquí cuando vino el inspector Broughan a preguntar por Johnny. Eso fue en junio, Sra. Quince.

—Sí, aquí estaba. Pero solo había venido a buscar algo, no recuerdo qué. Creo que me había confundido de zapatos, creo que era eso. Llevaba unos negros, creo, y necesitaba los azules. Sí, eso fue. No paso mucho tiempo aquí ¿sabe?

—¿Dónde se queda? —preguntó Carella.

—Me quedo con un amigo. Mi marido y yo estamos separados ¿sabe?

—¿Estaría usted con su amigo en junio? ¿Cuando Johnny desapareció durante seis días?

—Supongo que sí, no me acuerdo con certeza. No estoy por aquí demasiado a menudo. No me gusta este edificio. No me gustan los vecinos. Empiezan a llegar muchos hispanos. Casi todo el tiempo estoy con mi amigo. Johnny es un adulto, puede cuidarse solo. —Titubeó, dándose cuenta de lo que acababa de decir—. Yo... yo siempre pensé que podría cuidarse solo —dijo—. No se podía... no se me podía pedir que lo vigilara en todo momento. Ya tenía dieciocho años. A su edad yo ya estaba casada.

—¿Tiene usted más hijos, Sra. Quince? —preguntó Kling.

—*Tenía* otro hijo. Lo mataron en Vietnam.

—Lo siento.

—Sí —dijo la Sra. Quince afirmando con la cabeza. Mi marido se fue en 1965, creo que ni siquiera sabe que nuestro hijo mayor murió en la guerra. Me pregunto si alguna vez sabrá que *ambos* están muertos, ahora. O si le importa. Oí que estaba viviendo en Seattle. Alguien me dijo que lo

habían visto en Seattle, no recuerdo quién. Alguien. Me dijeron que parecía muy feliz. —La Sra. Quince afirmó con la cabeza de nuevo—. Es difícil criar sola a dos muchachos, ¿sabe? Debería haber un hombre cerca para, para... no sé, —dijo encogiéndose de hombros—. Es difícil. Hice lo mejor que pude. Intenté hacerlo bien. Cuando Roger quiso alistarse le dije que no, pero se marchó. Y cuando supe que Johnny andaba con una banda intenté hablar con él, pero... ¿saben?... es muy difícil si no hay un hombre en casa. Simplemente la mandan al diablo ¿sabe? Eres su madre, pero te dicen «vete al diablo» y hacen lo que quieren. Johnny no era ningún santo. Tenía problemas con la policía desde los doce años. Supongo que lo peor fue cuando le disparó a aquel chico...

—¿Eso fue el pasado junio, Sra. Quince?

—Sí. Usted hablaba de aquel tiempo. Le disparó a un chico que pertenecía a otra banda. No recuerdo el nombre de la banda. Tienen unos nombres tan tontos. Es todo tan tonto.

—¿Puede haber sido los Cabezas de la Muerte?

—No lo sé. No recuerdo.

—Cuando vino el inspector Broughan buscando a Johnny... ¿ya sabía que había disparado a alguien?

—Sí.

—¿Pero no se lo dijo al inspector Broughan?

—No.

—¿Sabe lo que le pasó al chico que disparó su hijo, Sra. Quince?

—Sí. Murió en el Hospital Washington.

—Sí, —dijo Carella.

—Sí, ya sé. —Alzó la barbilla, sus ojos buscaron los de Carella—. ¿Qué quería que hiciera, señor? ¿Que lo entregara? Era mi hijo. Había perdido uno el pasado noviembre, no tenía intención de perder al otro. No es que tenga mucha importancia ahora. Vives por aquí y te pillas. *Tiene* que pillarte. —De nuevo bajó los ojos—. No conozco al hijo de ningún rico que haya muerto en aquella guerra, ¿y usted? Y tampoco conozco al hijo de ningún rico que aparezca asesinado en la calle en mitad de la noche. Si existe Dios, señor, no conoce la gente pobre.

—Sra. Quince —dijo Carella, cuando el inspector Broughan estaba buscando a su hijo el pasado junio ¿sabía dónde se escondía?

—Sí —contestó—. Lo sabía.

—¿Dónde? —preguntó Carella inclinándose hacia adelante.

—No servirá de nada —aseguró la Sra. Quince—. Estaba en la casa aquella de Turman.

A las cuatro en punto de esa tarde, precisamente una semana y doce horas después de que los seis cuerpos aparecieran en la zanja de la compañía de teléfonos, Carella tuvo una llamada de Phyllis Kingsley, la hermana del hombre blanco de barba que estaba con Eduardo y Constantina Portoles en la noche que los tres fueron asesinados. Phyllis le dijo que una chica llamada Lisa Knowles se había comunicado con ella. Había volado desde California en cuanto supo la muerte de Andrew Kingsley. Quería hablar con la policía. Se hospedaba en el hotel Farragut en el centro de Isola.

Carella le dio las gracias a Phyllis, colgó el teléfono solo un instante y en seguida llamó a Farragut.

OceanofPDF.com

OCHO

No llegó al centro hasta poco después de las cinco de la tarde.

La noche había caído sobre la ciudad, las farolas estaban encendidas, los oficinistas habían empezado su apresurada vuelta a casa. Recorrió dos manzanas buscando un sitio para aparcar y al final tuvo que dejar el coche en un garaje. No le gustaba mucho tener que hacer esto ya que sabía que no le reembolsarían, aunque entregara recibos. Las calles estaban congeladas por el frío. Los peatones pasaban rápidamente a su lado en dirección al metro, kioskos y paradas de autobús, con las cabezas inclinadas contra el fuerte viento, las manos dentro de las solapas de sus abrigo o hundidas en los bolsillos. Miró para el cielo, confiando que no nevara. No le gustaba la nieve. Teddy le había convencido de una vez para ir a esquiar y casi había roto una pierna en la primera pendiente, desde entonces pasaba de esquiar y de nieve y *también* del frío que se mete en los huesos y le hace sentirse a uno miserablemente. Pensó en Midge Me Nalhy, tirada sobre el barro y las hojas, con la blusa rígida de sangre. Pensó en Johnny Quince, con dos agujeros de bala en la nuca, llevando solo pantalones y una camisa. Y pensó en los seis cadáveres desnudos tirados en la zanja de la compañía de teléfonos. Se apresuró en dirección al hotel.

El Farragut era un antro donde se alojaban putas, yonquis, camellos y chulos. Si Carella hubiese querido hacer media docena de arrestos, ya que estaba allí, simplemente para que el viaje al centro no fuera una pérdida total, habría podido hacerlo con facilidad. Pero este no era su distrito, y, supuestamente, aquí había policías para proteger a los ciudadanos, mantener la moralidad y seguir la lucha inacabada contra el abuso de narcóticos; dejaría que *sus* madres se preocuparan. Entre tanto la preconcebida idea que se formó de Lisa Knowles no fue muy buena. ¿Qué hace una buena chica como tú en un sitio como este?, se preguntaba, incluso antes de conocerla.

Como resultó ser, Lisa Knowles *era* una buena chica. Simplemente no tenía dinero y había cogido una habitación en el Farragut porque era lo más barato que pudo encontrar. Lisa era el prototipo de la joven, radiante y sana chica californiana. Tenía diecinueve años, descalza, muy alta, por lo menos un metro setenta y cinco centímetros, con brillantes ojos azules que centelleaban en su bronceado rostro, una cascada de pelo rubio caía por su espalda, las piernas largas enfundadas en unos vaqueros y pechos firmes, sin sujetador, bajo una apretada camiseta blanca de algodón. Lo recibió en la puerta de la habitación, se disculpó inmediatamente por el basurero en el que estaba viviendo y luego le explicó que andaba corta de fondos. Carella la siguió al interior y ella cerró la puerta tras él. En el cuarto había una cama, un sillón, una lámpara de pie y un armario estrecho. Lisa se sentó con las piernas cruzadas encima de la cama. Carella escogió el sillón.

—Creo que quieres hablar con nosotros —dijo.

—Sí. —Enfatizó la palabra con un breve movimiento de su pelo rubio. Tenía manos y pies grandes; todo en ella era grande. Podía imaginársela en la playa de Malibu, con un biquini sobre una tabla de surf. También podía imaginársela, y quedó sorprendido por el pensamiento prohibido, en la cama. Inmediatamente volvió al asunto.

—¿Sobre qué? —preguntó.

—Andrew Kingsley. Tuve una carta suya cuatro días después de que lo asesinaran. La había escrito el sábado pasado. Podía habérsela llevado a la pasma de California... —Sonrió radiantemente—. A la policía, perdón —rectificó— solo que pensé que no la tomarían en cuenta ya que no se trataba de su caso. ¿Tuve razón?

—Bueno, no lo sé. La policía de Los Angeles es un equipo muy eficiente —aclaró Carella, devolviéndole la sonrisa—. Estoy seguro que habrían conectado con nosotros.

—¿Cómo sabes que fue en Los Angeles y no en San Francisco? ¿O en San Diego o en otro lugar?

—Porque la hermana de Kingsley nos dijo que él había estado trabajando en Watts. Eso está en Los Angeles —explicó Carella, encogiéndose de hombros.

—Muy listo, muy listo —dijo Lisa golpeándose en la sien con el dedo índice—. De cualquier manera, conseguí el billete y vine aquí personalmente. No quería arriesgarme a que se perdiera la carta, porque creo que les puede ayudar a encontrar a quien lo haya matado. Además, mi familia vive en Miami y hace tiempo que les debo una visita, así que pensé que podía matar dos pájaros de un tiro. Suponiendo que me envíen el pasaje aéreo. Tengo miedo de darles la dirección de este basurero, podrían reconocerlo y llamar a los Marines. Pero *tengo* que telegrafiarles porque mi fortuna consiste en unos treinta centavos, estoy exagerando, pero, de verdad, estoy casi sin blanca. Si no me llega una ayuda económica muy pronto, tendré que unirme a las putas de este lugar. —Sonrió de nuevo. La imagen de Lisa Knowles como una prostituta llenó de repente la pequeña, vulgar e inhóspita habitación. Lisa con medias y liguero, su largo pelo rubio desparramado sobre la almohada, Lisa siendo usada y abusada por marineros borrachos...

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Carella abruptamente.

—Veintidós. ¿Por qué? —dijo.

—Solo me lo estaba preguntando.

—Lo bastante mayor —aseguró— no te preocupes —y de nuevo sonrió con su radiante sonrisa y Carella de pronto se sintió terriblemente incómodo, quiso salir de allí, ir a su casa y decirle a su mujer:

—¡Hey! ¿Adivina qué pasó, cariño? Una rubia preciosa de veintidós años quería ligar conmigo hoy. ¿Qué te parece, querida? —Solo que Lisa Knowles no estaba flirteando. ¿O sí lo estaba? Después de todo era ella la que se había referido a la prostitución. ¿Por qué me está enseñando esas fotos obsesas, doctor?, pensó Carella y sonrió.

—¿Sí? —dijo Carella.

—¿Qué?

—¿Por qué se sonríe?

—Sencillamente recordé algo divertido —contestó, y de nuevo adoptó un tono oficial—. ¡Te importa si veo la carta!

—¡Oh, claro! —exclamó. Se levantó de la cama y cruzó la habitación, sus largas piernas devoraban el gastado linóleo, el trasero redondo y firme dentro de los apretados vaqueros—. Cuídate —se dijo Carella a él mismo,

pero a pesar de la autoamonestación, observó cómo rebuscaba dentro del bolso de cuero que había sobre la cómoda y regresaba con un sobre aéreo de bordes rojos y azules. Regresó al lugar donde él se sentaba y se paró justo al lado de su silla, sus rodillas casi tocaban las de él. Cogió el sobre que ella le tendía, enfocó la pantalla de la lámpara para ver mejor y después sacó la carta del sobre y la abrió. Lisa se colocó detrás de su silla de manera que podía leer por encima de su hombro.

—¿Ves la fecha? —preguntó—. Lo asesinaron el pasado domingo ¿no es cierto? La carta la escribió el sábado.

—Sí, correcto —dijo Carella y empezó a leer la carta:

Querida chica dorada, ¿cómo estás? Yo todavía estoy viviendo con mi hermana, aunque resulta algo incómodo, pero por fin he hecho algunos contactos y creo que pronto empezaré a hacer el trabajo que me trajo al este.

—Solía llamarme chica dorada —comentó Lisa.

—Mmm... —murmuró Carella.

—Porque soy rubia.

—Ya lo veo.

Estaba a punto de decir algo más. Cambió de idea y siguió leyendo el resto de la carta:

Mañana por la noche, iré a la zona alta de la ciudad para hablar con el jefe de una banda que se hace llamar los Cabezas de la Muerte. Es una banda portorriqueña y el líder es un tipo llamado Eduardo Portoles, que conocí a través de Julio Cabrera. ¿Te acuerdas de él? Es el que solía tocar el piano en el Sunset Shrine, en el malecón. Ahora está por aquí, toca los martes y viernes en un lugar del centro, en el Quarter, apenas gana para vivir, pero hace lo que más le gusta, que es lo más importante. ¿No es verdad, Rizos de Oro?

—También me llamaba Rizos de Oro —dijo Lisa.

—Apuesto que por ser rubia.

—¿Cómo lo adivinaste?

—Muy listo, muy listo —contestó Carella, golpeándose la sien al igual que lo había hecho ella anteriormente.

En cualquier caso, Julio me presentó a este tipo, Portoles, que vive en el barrio donde se crio Julio, así me enteré de cómo es la situación por aquí. Lo mejor que se puede decir de ella es que apesta. De hecho, cariño, está madura para que tu Andrew Kingsley se meta y vea de hacer algún progreso, antes de que todos ellos se maten entre sí. Lisa, las bandas de por aquí están metidas de lleno en una guerra sin cuartel y, a menos que alguien les enseñe una solución pacífica para acabar con sus diferencias, va a sufrir mucha gente inocente. Esto lo digo sabiendo que, hace tan solo dos semanas, una madre, que paseaba a su bebé en el parque, fue asesinada, accidentalmente, cuando un miembro de una banda, llamada los Vengadores Escarlatas, abrió fuego contra un miembro de la banda de Portoles. Parece que la situación es especialmente grave entre tres bandas: la de Portoles, que se llama los Cabezas de la Muerte, una banda negra, llamada los Vengadores Escarlatas, y una banda blanca, llamada los Yanquis Rebeldes. Pienso que, si puedo conseguir que trabajen juntos en algún proyecto constructivo, tal vez, dejarían de asesinarse unos a otros. Ya le he sugerido algo de esto a Portoles, que parece interesado, posiblemente porque a su mejor amigo lo mataron hace seis meses, en junio. Parece cansado de esta guerra sin sentido. Creo que le gustaría terminarla. También me ha dicho que el jefe de los Vengadores Escarlatas es un hombre casado con un bebé recién nacido y demasiado mayor para toda esta lucha callejera. Según Portoles, es posible que quiera escucharme también él.

El mayor problema pudiera ser el jefe de los Yanquis Rebeldes, que, por lo que me ha dicho Portoles, es un tipo egoísta, brutal, rencoroso, malhumorado, puritano y, básicamente, una persona bastante estúpida que se ha convencido que es el único en todo el barrio que sabe cuál es el camino justo y recto. Piensa que todo aquel que no está de acuerdo con él está loco o quiere amenazar su grandeza y su esquema egoísta. Se llama Randall Nesbitt, intentaré hablar con él después de ver a Portoles, mañana por la noche, y a Atkins, el líder de los Vengadores, a lo largo de la semana.

—Oye, ¿no vivirás por aquí, por el centro, verdad? —preguntó Lisa de repente.

—Sí. Bueno, no, en el centro no. Vivo en Riverhead, ¿por qué?

—Solo me lo preguntaba —contestó—. Porque estaba pensando que si tengo que pasar otra noche en este hotel, me volveré loca —continuó Lisa—. Hoy, estaba subiendo las escaleras, y vi a un tipo picándose en mitad del descansillo del segundo piso. ¿Te imaginas? Tenía la goma apretada alrededor del brazo, la vena sobresalía y tenía la aguja apoyada lista para metérsela. ¡En mitad del descansillo! Y toda la noche, hubo chicas corriendo por los pasillos en ropa interior y tipos extraños vagando por aquí que llamaban a mi puerta, te digo este es *un* hotel. Por eso te pregunté si vivías por aquí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Carella, sabiendo perfectamente bien lo que quería decir y *deseando* que fuera eso lo que quería decir y, al mismo tiempo, deseando que *no* lo fuese.

—Que podría ir contigo a tu casa —respondió sencillamente, encogiéndose de hombros.

—Bueno —murmuró Carella. De repente, su boca estaba seca.

—Soy una chica muy grande —prosiguió— pero ocupo poco sitio y prometo quedarme en mi lado de la cama. —Regresó delante del sillón, se arrodilló, lo miró y preguntó—: ¿Qué te parece?

Entre tanto, Chica de Oro, quiero llevar esto al correo antes de que cierre. Intentaré escribirte, de nuevo, mañana por la tarde. Dale mis cariñosos saludos a Choo-Choo. Dile que espero que su hoz esté tan brillante como siempre.

Amor y Paz.

Andy

—¿Es de alguna ayuda? —preguntó Lisa.

Miró hacia ella. Todavía estaba arrodillada frente a él, sentada sobre sus talones. Sus ojos eran de un azul resplandeciente en su bronceado rostro.

—Bueno, en realidad ya sabíamos casi todo. Habría sido una gran ayuda hace unos días.

—No la recibí hasta el jueves.

—Tal vez la tendrías que haber llevado a la policía de Los Angeles, después de todo.

—Entonces, no te habría conocido, —observó sonriendo. Le puso la mano en la rodilla—. ¿Qué dices? ¿Me llevas a tu casa?

—Estoy casado —respondió.

—¿Y qué?

—No creo que a mi mujer le guste que te lleve a casa. Aunque te *quedes* en tu lado de la cama.

—Ya entiendo —dijo sonriendo de nuevo. Y, de alguna manera sintió que ella se había *animado* por lo que él acababa de decirle. Y, más tarde, se preguntaba si no había *intentado* él animarla, si no estaría jugueteando con la idea de llevar a la joven y resplandeciente Lisa Knowles a casa con él, dondequiera que fuera la casa esa noche.

—No querrás quedarte aquí, ¿verdad? —preguntó.

—No —contestó.

—Me lo imaginaba, había ratas merodeando por aquí anoche, una hasta se subió en mi cama. Casi me muero. Eso sin contar lo que correteaba por los pasillos. Haré el equipaje, —continuó— no tardo un minuto. Podemos ir a otra parte. Hay muchos sitios en la ciudad, ¿verdad?

—Sí, hay un montón de lugares —afirmó—. Lisa, estoy casado.

—Está bien, no me importa —dijo—. Ni siquiera tenemos que *hacer* nada si tú no quieres. Me gusta tu cara, eso es todo. Me gustaría conocerte mejor.

—Y también te gustaría salir de aquí.

—Sí, pero esa es una cuestión secundaria. De verdad. ¿Cómo te llamas? Ya sé que me enseñaste la placa y me dijiste tu nombre, pero se me olvidó.

—Carella. Steve Carella.

—Steve —repitió—. Es un buen nombre. ¿El Carella es español o italiano o qué?

—Italiano.

—Es bonito. De verdad, es muy bonito. Okay, ¿nos vamos a otra parte?

—No, creo que no, Lisa —contestó. Se levantó, le alargó la carta y después buscó en sus bolsillos. Sacó tres billetes de veinte dólares de su cartera—. Toma —le ofreció.

—¿Qué es esto?

—Lo suficiente para pagarte una habitación en un hotel decente, una buena cena y una conferencia a tus padres.

—No puedo aceptar tu dinero —dijo.

—Es un préstamo.

—¿Cómo te lo voy a devolver?

—Te daré mi dirección. Haz la maleta ¿okay? No quiero que bajes sola la escalera. Te podrían matar en pleno vestíbulo de este antro. —De pronto hizo una mueca—. Casi tengo miedo de bajar yo solo las escaleras. Bueno, tómalo.

—Gracias —contestó y aceptó el dinero. Rápidamente y con gran embarazo, guardó los billetes en el bolsillo de sus vaqueros—. Gracias —dijo de nuevo—. Pero...

—¿Sí?

—No creas que... quiero decir... —Se encogió de hombros—. No te estaba halagando para que me pagaras una habitación de hotel. De verdad. Me *gustaría* poder conocerte. Y que he estado con hombres casados anteriormente, así que... es decir... no habría tenido importancia. Para mí, por lo menos. De todas maneras, gracias por el dinero. Te lo devolveré. Asegúrate de darme tu dirección.

—Lo haré, —prometió Carella— ahora salgamos de aquí antes de que cambie de idea.

—Me gustaría que lo hicieras —dijo, haciendo una mueca.

—No hay ninguna posibilidad —respondió. Sin embargo, se movió impacientemente, incómodo, mientras ella recogía sus cosas, se apresuró a sacarla del cuarto y no fue capaz de relajarse por completo hasta que la metió en un taxi y le dio al conductor la dirección de un hotel pequeño y económico pero tranquilo en el lado sur.

Miró hacia el taxi mientras se alejaba de la acera. Lisa limpiaba el vapor del cristal trasero y se despidió con la mano tras el cristal. El taxi desapareció en una nube de humos de los tubos de escape.

Carella no le diría a Teddy más tarde: «¡Hey! Adivina qué me pasó, cariño. Una rubia preciosa de veintidós años estuvo flirteando conmigo hoy, ¿qué te parece, querida?». Porque, de alguna manera, decirle eso a Teddy sería lo mismo que haberse llevado a la cama a Lisa Knowles.

Y si no necesitaba *una* forma estúpida de recompensar su ego machista, tampoco necesitaba *la otra*.

Se sentía bien.

Rápidamente, caminó hacia su coche, a través del penetrante frío. Estaba empezando a nevar.

A las siete y media de la noche de aquel lunes, el Inspector Charlie Broughan de la 101 hizo un arresto mientras iba a trabajar. El arresto fue un poco por accidente.

Broughan había salido de la boca del metro en la Avenida Concord a cinco manzanas de la comisaría de policía, iba caminando a buen paso bajo los ligeros copos de nieve que empezaban a caer. La calzada estaba ya algo resbaladiza. Un chico y una chica tenían lo que parecía ser una pelea amistosa en la acera, a la entrada de una tienda de discos. El muchacho llevaba una chaqueta blanca de la Armada Sueca con la familiar insignia de los Cabezas de la Muerte: la gárgola negra con su llameante lengua roja. Broughan observó la chaqueta y la insignia con creciente impaciencia. En su opinión, en el mundo solo había buenos chicos y malos chicos. Broughan era un buen chico y cualquiera que perteneciera a los Cabezas de la Muerte (o a cualquiera de las tontas bandas del barrio) era un mal chico. El muchacho y la chica se hablaban en español, sus voces iban aumentando de volumen según se acercaba Broughan. Broughan no estaba buscando líos, ni tampoco los esperaba. Un poli, camino del trabajo, no se mete en peleas callejeras como si fuera Galahad en un caballo blanco. Deja que la gente se grite y sigue su camino a la oficina, donde lo esperan asuntos ligeramente más importantes, como el chiflado bastardo que seguía rajando prostitutas a diestro y siniestro, por toda la ciudad, que seguía sin identificar y que apenas anoche había cambiado ligeramente su *modus operandi* al *ahogar* a una puta en la bañera de un hotelucho del centro llamado The Royal Arms.

—*Entonces ¿qué hacías en el techo con ella?*^[9] —preguntó la chica.

—*Yo le estaba enseñando las palomas de Tommy* —respondió el chico.

—*Tú estabas tratando de chingarla, eso es lo que tú estabas haciendo* —afirmó la chica y abrió el bolso.

—*¡No! Solamente le estaba enseñando las palomas* —repuso el chico.

Una navaja de afeitar apareció de repente en la mano derecha de la muchacha, la cuchilla se movió con una velocidad pasmosa hacia la cara del chico, cortándola a través del puente de la nariz y de la mejilla derecha. Un reguero de sangre siguió a la superficie cortada, que se alargó por la línea de la mandíbula y casi llega a la arteria carótida, lo que habría sido mortal. La sangre manchó la blanca chaqueta de la Armada Sueca. El muchacho se estremeció, metió la mano en la chaqueta y sacó una gran pistola, que Broughan inmediatamente identificó como un Colt del 45, y apuntó con ella a la muchacha.

Broughan se movió.

No dijo una palabra. No tenía tiempo para sacar su arma. En los próximos tres segundos el cañón de la mano del muchacho podría explotar y Broughan tendría que vérselas con un homicidio. El muchacho le daba la espalda, Broughan le golpeó en la base del cráneo, con ambas manos fuertemente asidas como si fuera un martillo. El muchacho cayó en la acera, la chica echaba a correr. Le puso la zancadilla y ella se cayó al suelo, hiriéndose las manos cuando intentaba amortiguar el golpe. Broughan los esposó a los dos, pidió al dueño de la tienda de discos que llamara al 101 y les dijera que el Inspector Broughan necesitaba un coche patrulla y una furgoneta celular y después se volvió a la multitud que se había formado y les dijo:

—Está bien, váyanse a sus casas, ya ha terminado todo.

No había terminado *nada*. La noche apenas estaba empezando.

El nombre del muchacho era Pacho Miravittles.

Con la cara vendada, estaba sentado en una camilla en la sala de urgencias del Hospital Washington y se negaba a hablar con Broughan.

Mientras este le disparaba sus preguntas, un interno revoloteaba alrededor, temeroso de que el muchacho empezara a sangrar de nuevo y tal vez se muriera allí mismo y que lo culparan *a él* en vez de al enorme policía aquel que estaba incordiando a una persona que acababa de ser gravemente herida.

—¿Por qué llevas esa arma? —interrogó Broughan.

Pacho no contestó.

—Eres más listo que todo eso, Pacho. Vosotros nunca vais armados a menos que haya algo planeado. Cuál es el plan. ¿Quieres decírmelo?

—Oficial —empezó a decir el interno y Broughan le ordenó: —Cállate — y volvió de nuevo con Pacho—. ¿Quién es la chica?

—Mi novia, —respondió Pacho, aparentemente pensaba que era un área segura de discusión.

—¿Cómo se llama?

—Anita Zamora.

—¿Por qué te cortó?

—Pensaba que me lo estaba haciendo con otra.

—¿Con quién?

—Una chica que se llama Isabel Garrido.

—¿Te lo *estabas* haciendo con ella?

—No, la subí al tejado para que viera las palomas de mi hermano.

—¿Con este tiempo?

—Es lo que quería enseñarle. La manera en que se apiñan juntas en el palomar. Para calentarse ¿sabe?

—¿Te *calentó* a ti mientras estabais allí arriba, Pacho?

—Solo tiene trece años. No me lo haría con alguien tan joven. Solo la subí allí para que viera las palomas. —Se volvió hacia el interno—. ¡Hey! Siento que todavía estoy sangrando bajo las vendas.

—Oficial, realmente quisiera...

—Yo, realmente quisiera saber por qué este joven llevaba una automática del 45 en el bolsillo de su chaquetón, doctor. Ya ha hecho su trabajo, la sangre se cortó y le ha puesto un buen vendaje. ¿Por qué no sale y se fuma un cigarrillo? ¿Okay?

—Los cigarrillos dan cáncer —dijo el interno automáticamente.

—Entonces baje a la cafetería y tómese una taza de café. O salga ahí fuera donde tiene un montón de pacientes para cuidar. ¿Okay?

—Ese chico también es mi paciente.

—Yo cuidaré de él, no se preocupe —aseguró Broughan—. ¿Quiere hacer el favor de dejarnos solos cinco minutos?

—No me hago responsable, —dijo el interno.

—Muy bien.

—Le estoy diciendo que si algo le pasa al chico, que no me responsabilizo.

—¿Qué se cree que le va a pasar?

—Podría caerse de la mesa —insinuó el interno.

—También podría resbalar con las pieles de plátano que hay por todo el suelo.

—¿Qué pieles de plátano?

—No hay ninguna —contestó Broughan—. Váyase a dar un paseo. ¿Quiere?

—Okay, pero no me responsabilizo —insistió el interno y salió.

—¿Qué me dices, Pacho?

—Le he dicho todo lo que tenía que decirle.

—Háblame de la pistola.

—Sin comentarios.

—¿Tienes una licencia de armas?

—Sabe que no la tengo.

—Okay, entonces para empezar tenemos un cargo por la pistola. ¿Sabes qué más cargos tenemos contra ti?

—No tiene ninguno.

—Te equivocas, Pacho, tenemos un par de cosas muy interesantes. Llevabas un arma cargada en la mano y la apuntabas contra tu bonita novia, que ya te había cortado y a la que vamos a acusar de asalto en primer grado. Por lo menos, te podemos acusar de lo mismo, ya que...

—La pistola en mi mano no significa nada.

—Ajá. Significa mucho, Pacho. Significa que has violado el artículo 240 del Código Penal. Has asaltado a otra persona con un arma de fuego cargada.

—No la toqué. No disparé ni un tiro.

—Le metiste el arma por la cara. Podemos presumir que tenías intención de dispararla. Pero el asalto es la menor de tus preocupaciones, Pacho. Podemos decidir acusarte de intento de homicidio. Eso es todavía más duro.

—No intenté matar a nadie. Solo quería asustarla. Además, fue en defensa propia.

—Sí, bueno, no vamos a hablar del caso aquí y ahora. ¿Okay, Pacho? Solo intento decirte cuánto tiempo vas a pasar en la cárcel en total, y cuánto tiempo *podrías* pasar en la cárcel si un jurado lo ve de la misma manera que el departamento de policía. Por uso de armas sin licencia te caerá, sin duda alguna, un año. Por asalto te pueden caer diez años y por intento de homicidio unos veinticinco. ¿Cuántos años tienes, Pacho?

—Diecinueve.

—En cualquier caso, cuando salgas de la cárcel ya no serás un adolescente. ¿Qué te parece?

—No me dice nada.

—Entonces dime por qué llevabas esa arma.

—Vete a tomar por el culo —contestó Pacho.

Bert Kling estaba a punto de pedirle la mano a Augusta Blair.

Eran casi las nueve y media, habían terminado de cenar y el café. Kling había pedido coñac para ambos y estaban esperando que se lo sirvieran. Sobre el mantel había un recipiente rojo, transparente, con una vela que daba un suave resplandor a la cara de Augusta, suavizando sus facciones, aunque no necesitasen ninguna ayuda. Hubo un tiempo en que Kling estaba totalmente confundido por la belleza de Augusta. En su presencia se quedaba sin habla, sin aliento, extraño, estúpido e incapaz de hacer otra cosa que no fuera mirarla agradecido y maravillado. Durante los pasados nueve meses, sin embargo, no solo se había acostumbrado a su belleza, y se sentía relajado en su presencia, sino que además había empezado a sentirse algo responsable de ella; como el vigilante de un museo que empieza a pensar que las grandes pinturas de sus paredes no solo han sido descubiertas por él, sino que también han sido pintadas por él.

Si Kling hubiera sido un pintor, habría pintado a Augusta exactamente igual a como era, sin mejoras, sin embellecerla, no era necesario. El pelo de Augusta era rojo, caoba o anaranjado, según la iluminación, pero siempre dentro de la gama de los rojos, lo llevaba suelto casi siempre, normalmente le caía justo por debajo de los hombros, pero a veces se lo peinaba en dos trenzas a cada lado de la cara o incluso se lo recogía en la coronilla como si

fuera una corona de radiantes rubíes. Sus ojos eran verde jade, rasgados, sus pómulos altos, una nariz exquisita y unos labios delicadamente dibujados que escondían una perfecta hilera de blancos dientes. Era alta y delgada, con bonitos pechos, una cintura estrecha y anchas caderas y nalgas espléndidas. Era, con seguridad, la mujer más hermosa que había conocido en su vida, por eso era una modelo fotográfico. También era la persona más hermosa que había conocido en su vida; por eso quería casarse con ella.

—Augusta —dijo— quisiera preguntarte algo muy importante.

—¿Sí, Bert? —preguntó y le miró directamente a la cara. Sintió de nuevo lo que había sentido nueve meses atrás, cuando entró en su apartamento, que acababan de asaltar, y la vio sentada en el sofá con los ojos brillantes de lágrimas a punto de derramar. Le había dado la mano, toscamente, y su corazón se había parado.

—He estado pensando mucho —continuó.

—¿Sí, Bert? —volvió a preguntar.

El camarero trajo el coñac. Augusta levantó su copa y la agitó entre las palmas de las manos. Kling cogió su copa y casi la tira, derramando parte en el mantel. Lo restregó con su servilleta, sonrió a Augusta débilmente, volvió a colocar la servilleta en el regazo y la copa sobre la mesa antes de que la derramara entera por su camisa, su pantalón, la alfombra y, tal vez, las paredes de seda brocada del elegante restaurante francés que había escogido ya que pensó que sería un adecuado marco romántico para una propuesta de matrimonio, a pesar de que le estaba costando la mitad del sueldo de una semana.

—Augusta —repitió, y se aclaró la garganta.

—¿Sí, Bert?

—Augusta, tengo que pedirte algo muy serio.

—Sí, Bert. Eso ya lo dijiste. —Parecía haber una ligera sonrisa en su boca. Sus ojos estaban extremadamente alegres.

—¿Augusta?

—¿Sí, Bert?

—Disculpe, Sr. Kling, —interrumpió el camarero— hay una llamada telefónica para usted.

—Oh, mier... —empezó Kling, luego asintió y contestó «gracias, gracias». Empujó su silla para atrás, tirando la servilleta al suelo al levantarse. Recogió la servilleta, dijo—: Disculpa, Augusta —y se estaba alejando de la mesa cuando ella le llamó suavemente:

—¿Bert?

Se paró y dio media vuelta.

—Lo haré, Bert —aseguró.

—¿Lo harás? —preguntó.

—Me casaré contigo —contestó.

—Okay —asintió y sonrió—. Yo también me casaré contigo.

—Okay —dijo ella.

—Okay —dijo él.

Caminó rápidamente a través del salón. El camarero lo miraba con curiosidad porque no había visto nunca a un hombre que pareciera tan extasiado ante la simple perspectiva de una llamada de teléfono. Kling cerró la puerta de la cabina, movió los dedos saludando a Augusta al otro lado del salón, esperó a que ella le respondiera y después dijo:

—¿Hola?

—Bert, soy Steve. Intenté llamarte a tu casa, allí me dieron este número.

—Sí, Steve. ¿De qué se trata?

—Es mejor que te vengas para aquí inmediatamente —respondió Carella—. Se ha desencadenado un infierno.

OceanofPDF.com

NUEVE

Como jefe, es mi obligación saber lo que está pasando en todo lugar. Por el micrófono que teníamos en el club de los Escarlatas sabíamos con exactitud dónde tenían prisioneros a Big y a Jo-Jo. El plan, por supuesto, era liberarlos. Pero esto no era suficiente. También era necesario castigar a los Escarlatas por lo que habían hecho.

Quiero dejar todo muy claro. Vosotros estáis escribiendo todo esto y también lo estáis mecanografiando, así que quiero que quede claro. No siempre es fácil entender por qué una persona hace esto o lo otro. Te fijas en las apariencias externas y piensas: «¡Oh! Ha hecho esto por motivos egoístas», o «¡Oh! Ha hecho esto por odio, o porque perdió el control o por lo que sea». Puedes hacer mil especulaciones de por qué una persona ha hecho algo, pero, en realidad, solo la propia persona sabe el motivo. Así que quiero decirles, con exactitud, por qué lo hice y también quiero estar seguro de que sepáis qué hice y qué no hice.

Me habéis encontrado esta noche con las manos llenas de sangre. Okay, eso no tiene necesariamente que significar nada. Puedo deciros con absoluta honestidad que nunca maté a nadie. Puedo deciros también que, aunque yo ordené los golpes que acabaron con la guerra de una vez por todas, y no olvidéis que la guerra se acabó, que terminé la guerra, ya no va a haber más problemas en este barrio, no fui yo, personalmente, el que realizó ninguno de los asesinatos. No importa lo que pudiera parecer (y admito que mis manos estaban cubiertas de sangre), la evidencia puede engañar muchas veces, como supongo que ya sabréis. Y si solo os fijáis en la sangre, os estáis olvidando de las cosas auténticas que he conseguido. Por eso os estoy diciendo todo esto. ¿Pensáis que no sé que no me podéis obligar a decir lo que yo no quiera? Os digo todo esto porque quiero que la cosa quede clara.

No quiero que os olvidéis de lo que he hecho. No quiero que los árboles os impidan ver el bosque.

El lugar donde tenían a Big y a Jo-Jo era la bodega de una tienda de caramelos de Gatsby con la 51. La tienda pertenece a un tipo llamado Lamp Hawkins. Es un negro que perdió un ojo en una pelea callejera allá por los años cincuenta, algún tipo le apuñaló el ojo. Solía vivir en Diamondback y las bandas aquellas siempre andaban alborotadas en esos tiempos, pero era un combate muy poco sofisticado, de bajo nivel, ¿entiendes? Usaban revólveres y antenas rotas de automóvil y navajas, también solían tirar ladrillos desde los tejados. Cosa de críos. Cuando comparas esto con el arsenal que tenemos hoy día, pero que usamos con moderación, es casi de risa. Porque la cuestión es la siguiente, ¿ves?, puedes ir a la cárcel por llevar un arma casera en el bolsillo, así que mejor llevas una de verdad ¿no tengo razón? Por cierto, quiero aclarar que yo no llevaba nada cuando me cogisteis. No encontrasteis ningún arma de fuego sobre mi persona, no lo olvidéis.

De todas maneras, este elemento, Lamp, se fue de Diamondback cuando salió de la cárcel por mover droga y abrió la tienda esta de caramelos de Gatsby que en realidad es la tapadera de una oficina de apuestas. Supongo que vosotros, chicos, ya lo sabéis. Probablemente os está pagando ¿no? Y la razón por la que deja que los Escarlatas le lleven dos prisioneros es porque necesitaba a su pandilla para protegerse. De nosotros, ¿entiendes? Porque saben que si hay algo que los Rebeldes no soportan es la droga. Bueno, puedes decir que a Lamp lo pillaron por traficar hace mucho, allá por los sesenta, que ya pasó un rato a la sombra y pagó su culpa, pero eso no basta para mí. Tengo una memoria de elefante. Cuando un tipo ya ha vendido droga a críos pequeños una vez, puedes apostar que más tarde o más temprano, volverá a vender. Por eso la pandilla no tiene ninguna clemencia para nadie que tenga algo que ver con la droga, a ningún nivel: uso, tráfico, no nos importa cuál. Una de las leyes de nuestro club es: ni basura ni jonkies. Esa es una ley férrea. Ni basura, ni jonkies. Así que Lamp temía por su vida constantemente, porque sabía que si alguna vez lo cogíamos en campo abierto le haríamos lo que él hizo a un sinnúmero de críos pequeños allá en los sesenta. Lo arruinaríamos. Por eso dejó que Mighty Man llevara

dos prisioneros a la tienda de caramelos y los encerrara en la bodega. Se estaba arriesgando, claro, pero se arriesgaba más caminando por la calle sin la protección de los Escarlatas.

Hoy me pasé toda la tarde preparando un plan de ataque.

Toy me ayudó mucho, tengo que decirlo. Es una persona infatigable. Es un gran ejemplo para las otras chicas de la pandilla. Es toda una dama. Y esta tarde, mientras preparaba los golpes, pensando en voz alta casi todo el tiempo, Toy estaba a mi lado preguntándome si necesitaba una taza de café, si me gustaría que me hiciera la nuca (me da masajes en el cuello cada vez que las tensiones me dan dolores de cabeza) y simplemente dándome su apoyo. Hacia las cuatro de la tarde ya había preparado lo que pensé que sería un buen plan y a pesar de que normalmente no habría convocado a la junta para pedirle su opinión, esto era un asunto de gran importancia para la pandilla y para todo el barrio. Así que se lo expuse.

Lo más importante, les dije, era rescatar a los prisioneros y no había que hacer nada que pusiera en peligro su regreso seguro. Pensé que un ataque frontal a la tienda de caramelos sería la mejor táctica, ya que Big y Jo-Jo estaban en el sótano y, con toda certeza, no podrían resultar heridos por ningún disparo que se hiciera en el piso de arriba. Nuestra propia seguridad no nos preocupaba, ya que teníamos intención de ir fuertemente equipados y también contábamos con el factor sorpresa. Habíamos estado en la tienda de caramelos una o dos veces antes, arriesgándonos a ser capturados o heridos por los Escarlatas, pero ansiosos por decirle al Sr. Lamp Hawkins que, si lo veíamos caminando solo por la calle, a cualquier hora del día o de la noche, lo colgaríamos de un poste de la luz. En estas ocasiones no nos arriesgamos a *hacerle* nada a Lamp mientras estábamos en territorio Escarlata ya que eso habría supuesto un recrudecimiento de la guerra que tanto afán teníamos en acabar.

La disposición de la tienda de caramelos era muy sencilla. En un estante de madera, en el exterior, Lamp tenía los periódicos. Justo a la entrada, en el interior, a la izquierda, había unas estanterías con revistas y libros de bolsillo, la mayoría material pornográfico, lo cual era otra buena razón para darle a Lamp el tratamiento completo, si la oportunidad se presentaba. Frente a este, estaba el mostrador, con taburetes a lo largo y recipientes para

los helados, fuente de soda y todo lo demás detrás. Había una puerta en un extremo de la tienda y suponíamos que llevaría a la trastienda donde vivía Lamp y donde tenía sus apuestas. Suponíamos que allí dentro habría otra puerta que conducía a la bodega. Así que el plan era entrar directos, volarlo todo, cargarnos a Lamp de una vez y tener cuidado para no herir a ningún cliente inocente de la tienda. Los muchachos irían a la trastienda, buscarían la puerta del sótano, la echarían abajo, ya que posiblemente estaría cerrada con llave y se cargarían a cualquier Escarlata que estuviera allí vigilando a Big y a Jo-Jo. Supuse que no necesitaríamos una fuerza superior a cuatro hombres competentes para tomar la tienda.

Mace, mi consejero de guerra, sugirió que entrásemos con granadas de mano, para tomar el frente de la tienda sin ningún riesgo. La junta votó y se decidió que dos hombres arrojarían las granadas (tenemos sesenta y cuatro granadas en nuestro arsenal, pero cada vez es más difícil conseguirlas) y que estarían respaldados por otros dos hombres en caso de que algo saliera mal, por ejemplo, si Lamp u otra persona de la tienda nos volviera a arrojar las granadas. ¿Sabes lo que quiero decir? En ese caso, nuestros cuatro hombres, sencillamente entrarían y dispararían a todo lo que se moviera. En pocas palabras, el plan A sería volar el frente de la tienda y luego bajar corriendo a la bodega. El plan B, en caso de que fallasen las granadas, entrar disparando a bocajarro.

Pero eso no era todo. Me parecía que solo había una forma de acabar con esta guerra de una vez por todas, aniquilar por completo al enemigo. Le dije a la junta que por el enemigo no me refería solo a los Escarlatas que teman prisioneros a nuestros hombres. También se trataba de los Cabezas, que lo que teníamos que hacer, ya que no habían aprendido la lección de la semana pasada, cuando dimos el doble golpe, era actuar con rapidez y borrarlos del mapa hasta su último hombre. Sabía que era una medida drástica, pero le expliqué a la junta que, si ya no queda nadie para pelear una batalla, entonces la guerra se termina automáticamente.

Uno de los chicos de la junta, un tonto llamado Hardy, dijo que él no entendía para que luchábamos en esta guerra. Para empezar, le dije que la guerra no era cosa nuestra pero que, como pandilla más poderosa del barrio, casi de toda la ciudad, era nuestra obligación y nuestra responsabilidad

conseguir la paz, aunque no hubiéramos empezado nosotros. También le recordé lo que le había pasado a un antiguo Yanqui Rebelde, llamado Jonathan Quince, que había empezado a cuestionar nuestra forma de actuar y Hardy se disculpó inmediatamente y dijo que no estaba cuestionando nada, que solo estaba pensando en voz alta, ya que parecía que la guerra existía desde que él tenía uso de razón, prácticamente desde que usaba pañales. Le dije a Hardy que el motivo por el que la guerra no había acabado hasta ahora era porque yo no había sido el jefe.

Así que Hardy, el tonto, me dice delante de todo el mundo, que esta es mi segunda vuelta como jefe y que si ya tenía todas estas ideas para acabar la guerra ¿por qué no lo había hecho durante mi primer mandato, de una vez, sin más derramamiento de sangre y matanzas? Estaba empezando a sonar demasiado como Johnny, pero conservé la calma y no estallé. Teníamos cosas importantes que hacer y no podía perder tiempo discutiendo con un idiota. Simplemente, le recordé que el enemigo era intransigente, por eso, finalmente, había decidido tomar medidas drásticas. Después le dije que cerrase el pico y escuchase, para variar, así, tal vez, podría aprender algo. Empezó a decir algo más, pero Chingo le dio un sopapo en la boca y así puso punto final a la pequeña protesta privada de Hardy.

Siguiendo con el golpe al almacén de caramelos, le dije a la junta que quería atacar el club de los Escarlatas y el de los Cabezas. Les dije que quería que fueran ataques a gran escala, con la participación de la mayoría de los miembros del club y que, como comandante en jefe, yo dirigiría, personalmente, el ataque al club de los Escarlatas, ya que estaba ansioso de enfrentarme a Mighty Man, que me había dicho la obscenidad aquella por teléfono. Le dije a la junta que quería que no quedara nada de los Escarlatas ni de los Cabezas cuando hubiéramos terminado con ellos esta noche. Les dije que habíamos dado a ambos clubes suficientes oportunidades para negociar, pero que ellos habían rechazado nuestra amabilidad y nuestros compromisos, así que ya era hora de dejarnos de bromas, era hora de acabar con su capacidad de hacer la guerra y terminar con esta de una vez por todas. También dije, y lo decía de todo corazón que esperaba que esta noche marcara el final de las matanzas y los derramamientos de sangre, que, quizás de ahora en adelante, podríamos recorrer las calles de este barrio sin

temor y que podríamos hacerlo con orgullo, sabiendo que no habíamos comprometido nuestro honor. Creo que la junta se emocionó. Se aprobó, once votos a favor y uno en contra, mi plan tal y como yo lo había preparado, y más tarde, la Bala sugirió que el hombre que había votado en contra (Hardy, por supuesto) cambiara su voto para que fuera unánime; lo hizo sin más insistencias.

El golpe en la tienda de caramelos se programó para las nueve y media.

Supusimos que después de liberar a Big y a Jo-Jo, los Escarlatas convocarían una reunión para discutir cómo iban a actuar ante esta nueva acción. Sabíamos, por experiencias anteriores, que podían actuar muy deprisa cuando querían y nos imaginamos que estarían reunidos sobre las diez, así que, una hora segura para atacar el edificio de Gateside sería las diez y media. Así que esa fue la hora H para el segundo golpe.

Respecto a los Cabezas, planeamos atacarlos con otro escuadrón a exactamente la misma hora, las diez y media, en la suposición de que las noticias del aumento de hostilidades entre nosotros y los Escarlatas les haría convocar una reunión a ellos también y que los pillaríamos a todos juntos en su ratonera con Henry cuatro ojos presidiendo; sería el final de toda la contienda.

En aquel momento no sabíamos que los Cabezas tenían sus propios planes.

Fueron los Cabezas los que lo estropearon todo.

El patrullero Franciscus, de la 101, estaba manejando su escopeta en el coche patrulla cuando él y el conductor, Patrullero Jenkins oyeron la explosión. Había empezado a nevar con más fuerza y habían aparcado en la acera unos veinte minutos antes para poner cadenas al coche. Jenkins pisó el freno, instintivamente, cuando oyó el estampido y, a pesar de las cadenas, la parte trasera del coche patinó violentamente hacia la izquierda, blasfemó, regresó a la calzada y luego le dijo a Franciscus:

—¿Qué diablos ha sido eso?

—No lo sé, —dijo Franciscus. Había estado escuchando los constantes mensajes de la radio del coche e iba medio dormido. Miró su reloj. Eran

solo las nueve y media, su turno no terminaba hasta las once cuarenta y cinco. Todavía le quedaban dos horas y quince minutos más y ahora, tal vez, había reventado una tubería de gas, o algo, lo cual significaba que tendrían que salir del coche con esta maldita temperatura helada y empezar a organizar el tráfico y la multitud.

—Suenan como si viniera de la vuelta de la esquina —dijo Jenkins.

—Sí —corroboró Franciscus.

—¿Sabes como qué sonó?

—Sí, una tubería de gas.

—No, sonó como cuando estaba en el Tercer Distrito, explotó una caldera en el sótano de un comedor de la esquina. Voló todo el muro frontal del edificio. Así es cómo sonó.

—Creo que sonó como una tubería de gas —opinó Franciscus, encogiéndose de hombros.

—Bueno, echemos un vistazo —concluyó Jenkins y encendió la sirena.

La tienda de caramelos era una ruina cuando se acercaron a la acera. Franciscus suspiró, esto iba a ser peor que una tubería de gas. Jenkins ya estaba en la radio del coche, diciéndole al mensajero que recibió su llamada, que esto era un 10-66. Cuando le pidieron que especificara, dijo que había habido una explosión en una tienda de caramelos en el 1155 de Gatsby, motivo desconocido. Cuando Franciscus salía del coche, un hombre negro, con un parche en su ojo derecho, salía tambaleándose de la tienda. Sus ropas echaban humo, tenía una docena de perforaciones producidas por sangrientas heridas que daban a su camisa el efecto de lunares rojos. La carne de su cara colgaba de sus mejillas y mandíbulas como colgajos harapientos. Mientras se acercaba a la acera, dando traspiés, levantó su mano derecha, presumiblemente para secarse la sangre de su ojo bueno y entonces se desplomó en la acera. Franciscus exclamó: «¡Jesús!», avisó a Jenkins de que necesitarían un coche celular y luego entró en la tienda de caramelos.

El suelo estaba cubierto de libros de bolsillo, revistas, cristales rotos, platos y utensilios retorcidos, deformados. Las peanas de sujeción de los taburetes del mostrador casi se habían duplicado de tamaño por la explosión de manera tal que parecían gigantescos hongos venenosos, ennegrecidos,

talados por una tormenta. El espejo de detrás del mostrador se había hecho añicos y los pedazos quebrados se extendían sobre la superficie astillada del mostrador y en el suelo, tras el mostrador, donde se desparramaban sumergidos en una pastosa mezcla de helado y sirope. Una muchacha adolescente, semidesnuda, estaba de pie, apoyada contra la pared en el extremo más lejano de la habitación donde una puerta destrozada hecha astillas, se abría, colgando de una bisagra. La explosión le había arrancado la mayor parte de sus ropas, se erguía, sangrando por los pechos y los brazos, con las bragas hechas harapos y un zapato en el pie izquierdo; apoyada contra la pared miró ciegamente a Franciscus cuando entró en la tienda.

Se aproximó a ella con rapidez y le dijo:

—Está todo bien, señorita, vamos a llamar a una ambulancia.

Cogió su brazo para sacarla de la tienda, cerrando sus dedos con suavidad alrededor de su codo y la muchacha se cayó de la pared, de bruces contra el suelo; Franciscus se dio cuenta de que estaba muerta y seguía sujetando su brazo, a pesar de que la muchacha yacía a sus pies. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, tiró el rígido brazo y se alejó de la muchacha, volvió su cara hacia la esquina donde colgaba la puerta de una sola bisagra y vomitó en el cuenco de sus manos.

Afuera, Jenkins estaba en la radio pidiendo una ambulancia cuando vio a seis muchachos con chaquetas vaqueras que salían corriendo del callejón que daba a la parte trasera de la tienda. Mientras salían del callejón y empezaban a subir la avenida, vio que las espaldas de sus chaquetas estaban adornadas con banderas Confederadas. Salió del coche, revólver en mano y gritó:

—Oficial de policía. ¡Alto! —Pero los seis muchachos se acercaban rápidamente a la esquina y no se pararon—. ¡Hey! —gritó de nuevo—. ¿No me oís? —Y disparó un tiro de advertencia al aire. Los muchachos no pararon. Doblaron la esquina y desaparecieron de su vista. Jenkins regresó al coche y le dijo al mensajero—: Tenemos seis sospechosos, se escapan en dirección al norte, en Toland, todos llevaban chaquetas de los Yanquis Rebeldes.

Después entró en la tienda de caramelos y encontró a Franciscus de pie en la esquina de la habitación, con la muchacha muerta a sus pies, con las manos apesándose a vómitos, se tapaba la cara. Franciscus estaba llorando. En todos los años que llevaba en el cuerpo, Jenkins nunca había visto llorar a un poli.

—¡Hey! —exclamó—. Vamos, Ralphie.

Pero Franciscus no podía parar de llorar.

Carella no llegó a la calle 101 de Riverhead hasta unos minutos después de las diez. Para esa hora, gracias a la llamada del Patrullero Jenkins, se había llevado a cabo la captura de los Yanquis Rebeldes que habían salido corriendo del lugar donde se produjo la explosión de la tienda de caramelos. Los agarraron cuatro manzanas más allá de la escena del crimen. Los seis jóvenes, en este momento, estaban reunidos en la sala de interrogatorios de la 101. Se sentaban, cabizbajos, en sillas de respaldo recto alrededor de la larga mesa de madera. Charlie Broughan necesitaba un afeitado; Carella, de pronto, se preguntó si *alguna vez* se afeitaría.

—A ti te conozco y a ti también —afirmó Broughan, señalando a dos de los muchachos—. Este es Big Anthony Sutherland —informó a Carella— y el otro Jo-Jo Cottrell.

—He estado buscándoos —dijo Carella.

—¿Sí? —contestó Big Anthony y se encogió de hombros.

Era un joven enorme, de hombros inmensos y pectorales dignos de un levantador de pesas que se marcaban bajo la camisa azul que llevaba debajo de su chaqueta vaquera. Con aire aburrido, retiró un largo mechón de pelo rubio de su frente.

—Supongo que has estado fuera de la ciudad.

Big Anthony se encogió de hombros otra vez.

—¿Quiénes sois vosotros cuatro? —preguntó Broughan a los otros chicos. Ninguno respondió—. Vuestros nombres —ordenó.

—Adelante, decirlos —animó Big Anthony.

—Yo soy Priest —contestó uno de los muchachos.

—Vuestros nombres *completos*, no me interesan la basura que uséis en la banda, —aclaró Broughan.

—Mark Priestley.

—¿Y tú?

—Charles Ingersol.

—Vaya, vaya, tenemos un pez *gordo*, ¿eh? —observó Broughan—. Aquí tenemos al propio Chingo en persona, el oficial de ejecución de los Yanquis Rebeldes.

—Ese soy yo —ratificó Chingo.

—¿Y tú?

—Peter Hastings.

—¿Y quién eres tú? —le preguntó al último de los seis.

—Frank Hughes.

—Okay, chicos ¿qué hacíais corriendo desde la parte de atrás de la tienda de caramelos?

Ninguno de los chicos contestó.

—Me dirigiré solo a ti, Chingo. ¿Okay? —dijo Broughan—. Ya que eres un hombre tan importante en la organización.

—Mejor dígame primero mis derechos —pidió Chingo.

—¿Para qué? ¿Has hecho algo?

—Absolutamente nada.

—Entonces, ¿para qué necesitas saber tus derechos? Que de todas formas, probablemente ya sepas.

—Tengo una mala memoria —replicó Chingo—. Dígame los otra vez.

—No te estamos acusando de nada, solo solicitamos información concerniente a un crimen —aclaró Broughan.

—¡Ah! Disculpa, Charlie —interrumpió Carella, cortésmente—, pero ¿no deberíamos manejar el asunto aquel de la policía de Turman, en primer lugar?

—Claro, por supuesto, Steve —asintió Broughan—. Ve directo al grano.

—Gracias —le contestó Carella, sonriendo. Luego la sonrisa se borró de su rostro y, señalando con su dedo hacia Big Anthony, dijo—: Tú.

—¿Yo?

—Tú.

—No señale, es de mala educación.

—La policía de Turman tiene una orden de arresto para ti. Nos han autorizado a cogerte e interrogarte en relación con el asesinato de una tal Margaret Me Nalhy la noche del pasado jueves. A partir de este instante, puedes considerarte bajo arresto.

—Si la policía de Turman me busca, es mejor que me extraditen —observó Big Anthony.

—Lo primero es lo primero —repuso Carella—. ¿Te apetece contestar algunas preguntas? Tal vez, todo esto sea un gran error y lo podamos aclarar en cosa de diez minutos. Si se *trata* de un error, llamaré a los polis de Turman y les digo que estás limpio. ¿Qué te parece?

—No tengo ganas de contestar ninguna pregunta.

—Bueno, por si acaso cambias de idea, y según la decisión de la Corte Suprema de *Miranda contra Arizona*, te informo que desde ahora no estamos autorizados a hacerte ninguna pregunta hasta que te hayamos informado de tus derechos: tienes derecho a un abogado y a no acusarte a ti mismo.

—Tiene toda la maldita razón —afirmó Big Anthony.

—Dado que me *gustaría* hacerte algunas preguntas...

—Ahórrese la saliva.

—... te voy a decir ahora que, en primer lugar, tienes derecho a permanecer callado si así lo deseas. ¿Entiendes eso?

—Claro.

—En segundo lugar, no tienes que contestar a ninguna pregunta si no quieres hacerlo.

—Eso mismo va para vosotros, basura, así que también podríais escuchar —avisó Broughan.

—¿Entiendes eso?

—Sí, sí —contestó Big Anthony.

—¿Y vosotros también?

Los otros chicos murmuraron algo o asintieron con la cabeza.

—Tercero —continuó Carella— si *decides* contestar algunas preguntas...

—Le he dicho...

—Cállate y escúchalo —ordenó Broughan.

—Eso ya es una violación de mis derechos —replicó Big Anthony.

—¿Dónde te dieron el título en Leyes? —inquirió Broughan.

—No necesito un título en leyes para...

—Cierra tu jodido pico y escucha —volvió a ordenar Broughan.

—Si *decides* contestar alguna pregunta —advirtió Carella— las respuestas pueden ser utilizadas como testimonio en tu contra... ¿Entiendes eso?

—Esto es una pérdida de tiempo.

—¿Lo *entiendes*?

—Sí, sí.

—Y también tienes derecho a consultar a un abogado, antes o durante el interrogatorio. Si no tienes dinero para pagarte uno, te designaremos uno.

—¿Para qué diablos me está contando toda esta mierda? —preguntó Big Anthony.

—Porque esto es una democracia —respondió Broughan, secamente.

—De todas maneras, no voy a contestar a ninguna pregunta.

—Puedes decidir hacerlo ¿quién sabe? —intervino Broughan—. Libertad de elección, de eso se trata todo el sistema.

—Sí, basura —declaró Big Anthony.

—Y, por último, —finalizó Carella— si decides contestar algunas preguntas, con o sin abogado presente, puedes parar en el momento que quieras. ¿Eso también está claro?

—Está todo claro. No tengo nada que decir.

—Muy bien. De cualquier forma, te detenemos para la policía de Turman.

—Ni siquiera conozco a nadie llamado Margaret como diablos sea.

—Los polis de Turman tienen un testigo que te vio en los bosques, a la salida de la Ruta 14, la noche del pasado jueves. El cuerpo de la chica estaba a tus pies y el testigo te oyó discutir con otro muchacho sobre si la enterrabais o no.

—Pruébalo.

—¡Oh, estoy seguro de que lo haremos! O *ellos lo harán*. O *alguien*. Con tantas agencias de fuerzas de la ley involucradas, estás en la boca del

lobo. De todas maneras, si no tienes nada que decir, eso es todo. Charlie ¿puedes llamar a alguien que lo acompañe abajo para ficharlo y encerrarlo?

—Claro —contestó Broughan y alcanzó el teléfono que estaba en la esquina de la mesa.

—Solo hay dos agencias involucradas —puntualizó Big Anthony.

—Hasta que se meta el F. B. I. —observó Carella.

—¿Por qué iban a meterse ellos? Usted dijo...

—Oh, creo que los polis de Turman piensan que la chica fue secuestrada y llevada a otro estado. Eso es suficiente para atraer, automáticamente, al F. B. I. Un asunto pesado, Anthony. Asesinar a una víctima secuestrada.

—¡Hola, Mike!, tenemos a alguien que necesita que lo fichen y lo pongan a la sombra —comunicó Broughan por el teléfono—. Manda un patrullero aquí arriba ¿quieres? —Escuchó un momento y después dijo—: Una orden de arresto de la policía de Turman. Secuestro y homicidio. No, no necesitamos un taquígrafo porque no quiere hacer una declaración. Correcto, gracias Mike. —Broughan colocó de nuevo el auricular en su sitio, se volvió a Carella y dijo—: Hecho. ¿Crees que deberíamos hablar con estos caballeros ahora? ¿Respecto al doble homicidio en la tienda de caramelos de Gatsby?

Los otros jóvenes habían escuchado, estupefactos y con cierto miedo, la conversación entre Carella y Big Anthony, y ahora les estaba previniendo que les tocaba a *ellos*. La actitud de los polis era tan auténtica, tan perfectamente suave, tan *real*, que ambos engendraban un aura de fantasía en la pequeña sala de interrogatorios, sin ventanas. Cada uno de los chicos (y especialmente Big Anthony, al que acababan de decirle en qué gran problema estaba metido) no estaba preparado para esta entrada tan impersonal y antiséptica, que les resultaba totalmente deshumanizada. Aquí no valía decir: «Hey, miren, chicos, estábamos cumpliendo órdenes ¿saben? Esto no tiene nada que ver con el asesinato. Solo se trata de asuntos entre pandillas. De hecho, estábamos a punto de solucionarlo si nos dejan en paz».

Ajá. Estos polis eran hombres de negocios que hablaban con calma y tranquilidad, sobre crímenes cometidos, sobre el castigo de esos crímenes y

las distintas agencias de protección de la ley que iban a asegurarse de que alguien *cumpliera* esos castigos. Uno de los chicos, Charles «Chingo» Ingersol, el poderoso y altamente respetado oficial de ejecución de los Yanquis Rebeldes, descubrió de repente que tenía una necesidad irresistible de orinar y esperaba, solamente, no mojarse los pantalones delante de los otros muchachos. Dudaba si debía preguntar a los polis si podía ir al lavabo. Pero estaba seguro que no lo dejarían. Eran hombres de negocios, duros de cabeza, y no tenían intención de perder el tiempo con alguien que quisiera salir a orinar. Chingo estaba asustado. Todos ellos lo estaban. Y ambos, Carella y Broughan, lo sabían.

—Chingo —nombró Broughan y el muchacho se sobrecogió visiblemente cuando se declaró su nombre de esa manera.

—¿Sí? —preguntó, intentando aparentar su tranquilidad habitual, a pesar de que un tic incontrolable había empezado en su párpado inferior izquierdo.

—¿Quieres decirnos lo que pasó en la tienda de caramelos?

—No pasó nada.

—A mí me pareció un lío del demonio.

—Sí, alguien ha debido hacer algo allí —le contestó Chingo—. Pero no fuimos nosotros.

—Entonces ¿cómo es que salías corriendo del callejón?

—Estábamos jugando a los dados allí detrás, cuando oímos la sirena de la policía. Así que nos abrimos, eso es todo.

—¡Oh!, estabais jugando a los dados, ya veo —dijo Broughan.

—Eso es.

—¿En la oscuridad?

—Bueno... teníamos una linterna.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está qué?

—La linterna.

—Debimos dejarla caer cuando nos largamos.

—Estabais jugando a los dados, en un callejón detrás de una tienda de caramelos, en territorio de los Vengadores Escarlatas ¿es eso lo que nos pides que creamos?

—Sí.

—Yanquis Rebeldes, jugando a los dados, tranquilamente en...

—Ellos no sabían que estábamos allí —aclaró Chingo.

La puerta de la sala de interrogatorios se abrió. Un patrullero miró dentro de la habitación, cogió un par de esposas de su cinturón y preguntó alegremente: «¿Quién es el cliente?».

—Aquel grandote.

—Vamos, socio —dijo el patrullero, se acercó a Big Anthony y cerró las mandíbulas recortadas de dientes de sierra de una esposa alrededor de su muñeca derecha—. Tu madre debe alimentarte muy bien —dijo el patrullero—. ¿Cuánto mides?

—Un metro noventa y tres centímetros.

—Eres un chico sano —comentó el patrullero—. Vamos, el sargento quiere verte.

—No he hecho nada —le aseguró Big Anthony al patrullero.

—Ya sé, ya sé —contestó el patrullero comprensivamente—. Nadie ha hecho *nunca* nada.

—Ni siquiera conozco a la chica —continuó Big Anthony.

—Estamos empatados —convino el patrullero—. Yo tampoco la conozco.

—Mira. ¿Por qué no les dices a estos tipos...?

—¿Yo? Yo solo trabajo aquí —repuso el patrullero—. Diles tú mismo.

—Piensan que maté a alguien.

—Bueno, si no has matado a nadie, todo será aclarado. Entre tanto, vamos abajo, porque el sargento tiene unas cuantas preguntas que quiere hacerte y también quiere escribir tu nombre en el gran libro. ¿Okay? —Se volvió hacia Broughan—. ¿Ha sido advertido de sus derechos?

—Sí, pero dile a Mike que lo haga de nuevo.

—¿Quién lo reclama?

—La policía de Turman. Y posiblemente los federales.

—Correcto —dijo el patrullero y dio un tirón de las esposas—. Vamos.

Los demás Yanquis Rebeldes observaron cómo se llevaban a Big Anthony, silenciosamente, de la habitación. La puerta de cristal esmerilado de la Sala de Interrogatorios se cerró.

—Un tipo llamado Lucas Hawkins resultó muerto en la explosión —informó Broughan a Chingo—. Se hacía llamar «Lamp». Tenía solo un ojo. ¿Recuerdas haberlo visto alguna vez?

—No —respondió Chingo.

—Una niña pequeña se murió, también. Supongo que estaba fisgando la estantería de las revistas, o tal vez, simplemente estaba sentada en el mostrador cuando alguien tiró la bomba. Una niña de trece años. Se llama Daisy Cooper. Es un bonito nombre, ¿no te parece?

—Sí —contestó Chingo.

—Daisy Cooper. Murió nada más llegar la policía. Lamp murió camino del hospital. Un asunto muy pesado, ese bombardeo. ¿Quieres decirnos algo de él?

—No tengo nada que decir —susurró Chingo.

—¿Qué? Habla alto, hijo.

—Yo... —Chingo se aclaró la garganta y alzó la voz—. Dije que no tengo nada que decir.

—Bueno, muy bien. Eso es cosa tuya. ¿Y alguno de vosotros, chicos?

Los demás Yanquis Rebeldes se miraron unos a otros penetrantemente, luego miraron a Chingo y después negaron con la cabeza.

—Muy bien —concluyó Broughan—. Tendremos que encerraros a todos hasta que lleguemos al fondo de este problema ¿lo entendéis? Pero tenemos unas celdas de detención en el piso de abajo muy limpias y bonitas, con pequeños retretes y todo lo demás. Tendréis unos lindos movimientos intestinales mientras estéis en la 101. Steve ¿quieres preguntar algo?

—Solo quería mencionar que nuestro testigo ocular podrá, con certeza, identificar a quien estuviera con Anthony la noche del crimen. Podría ser más suave; bueno, no puedo prometer nada.

—No, no puedes hacer eso, Steve.

—Ya sé, solo estoy diciendo que, si alguno de los muchachos aquí presentes estuvo con Anthony aquella noche, agradecería que diera ahora un paso al frente.

Ninguno se movió.

—Me lo suponía —dijo Carella y suspiró—. Bueno, muchachos, supongo que sabréis lo que estáis haciendo, pero, sin duda, lo estáis poniendo difícil para vosotros mismos. Llamaremos a alguien que los baje ¿eh, Charlie?

—Sí, más vale que lo hagamos —convino Broughan. Iba a alcanzar el teléfono cuando este sonó. Levantó el auricular—. Broughan —dijo y escuchó—. ¿Dónde? —Alzó la vista hacia el reloj de pared. Eran las 10:25—. Okay —dijo Broughan—. Voy para allí.

—¿Qué pasa? —preguntó Carella.

—La Tercera Guerra Mundial —contestó Broughan.

Estábamos bajando por Gateside, casi habíamos llegado a la esquina, donde tienen su club los Escarlatas. En Gateside con Delaney. Éramos veinte. Yo estaba en cabeza. Mace, al mismo tiempo, estaba dirigiendo un ataque al club de los Cabezas en Concord con la Cuarenta y ocho. Todo estaba sincronizado. Tenía que haber salido a la perfección.

Déjeme explicar que no estábamos caminando de puntillas, no andábamos escondiéndonos por los laterales, desfilábamos justo en medio de la calle. Planeábamos sorprender a los Escarlatas, claro, pero no éramos tan tontos como para pensar que podríamos *llegar en secreto* hasta ellos. Tienen centinelas y mensajeros igual que nosotros. Sabíamos, sin embargo, que tenían un arsenal lejos del club, al igual que lo tenemos nosotros. Eso se debe a que si la pasma llega por allí no nos pueden colgar una acusación por tenencia de armas. Solo se encontrarían un grupo de tipos, por allí sentados, charlando, eso es todo. Así que sabíamos que no tenían armas allí y supusimos que, aunque tuvieran mensajeros, no sabían que íbamos a por ellos hasta tres minutos antes de que llegáramos, y tres minutos no era suficiente tiempo para salir del edificio y evitar lo que les iba a caer. Que éramos nosotros. Los Yanquis Rebeldes. Treinta y cuatro hombres fuertes, desfilando por aquella calle, luciendo orgullosamente nuestros colores; rojo, blanco y azul. Con otros veinte de los nuestros en la Avenida Concord a punto de terminar la guerra con los Cabezas, al mismo tiempo.

Solo hubo un problema.

Los Cabezas no estaban en la Avenida Concord.

Los Cabezas estaban en Gateside.

Y lo que estaban planeando hacer era borrar a los Escarlatas y luego venir detrás nuestro y, de esta manera, convertirse en líderes indiscutibles de todo el barrio.

Fue la Bala el que vio esas chaquetas blancas de la Armada Sueca al final de la manzana. Al principio costaba verlos, ya que nevaba mucho. Las calles ya estaban cubiertas de nieve y esos chaquetones eran un camuflaje bastante efectivo. Pero la Bala tiene unos ojos muy agudos. Puede ver en la oscuridad como los gatos, y ni siquiera blanco contra blanco puede cegarlo. Me cogió del brazo y me dijo que mirara al final de la manzana, y lo único que puedo ver, al principio, son los remolinos de nieve, y después, a través de la nieve veo lo que parece una bola de nieve en movimiento, ¿sabes lo que quiero decir? Solo que no es una bola de nieve, es, tal vez, una docena de tipos vestidos con chaquetas blancas, y me doy cuenta, de inmediato que es una partida de Cabezas que vienen derechos hacia nosotros en posición de choque.

Lo primero que pensé fue que Mace había dado su golpe con antelación y que sus fuerzas habían sido derrotadas. Pero eso no sería típico de Mace. Habíamos cronometrado nuestros relojes antes de empezar y Mace sabía que las dos fuerzas de ataque tenían que actuar a las diez y media en punto. Ahora solo eran las diez y veinticinco, y si conocía a Mace, estaría mirando su reloj en este momento y planeando su golpe con toda puntualidad. El único problema era que todos los Cabezas estaban *aquí* en vez de en el lugar donde Mace esperaba que estuvieran.

Siempre pienso mejor cuando estoy presionado.

He tenido, tal vez, unas seis crisis importantes en mi vida y siempre les he hecho frente y las he solucionado. Esto era solo otra crisis, igual que las anteriores. Había un equipo de fútbol bajando por la calle, armados hasta los dientes, pero solo otro equipo de pelota. Yo tenía el equipo más fuerte e íbamos a ganarlos y terminar esta guerra. Solo se necesitaba un cambio de planes. En vez de los Escarlatas y los Cabezas, simultáneamente, tendrían que ser los Cabezas primero, allí mismo, en la calle, y *después* los Escarlatas.

Di orden de atacar.

Fue muy excitante. Tuve, bueno, una erección, no sé por qué.

Nos encontramos en el centro de la calle. La Inteligencia me había dicho que los Cabezas tenían un buen armamento, pero no esperaba el tipo de oposición que tuvimos de ellos. Su arsenal era muy sofisticado. Siempre había sospechado que estaban hermandades con una pandilla de Calm's Point, y el material que estaban usando ahora contra nosotros me hizo creer que esta otra pandilla los proveía. De otra forma ¿de dónde iban a sacar las cosas con que nos atacaron? Sin embargo, a pesar de su pesada quincallería, los ganábamos en número y en los tres minutos que siguieron al comienzo de la batalla debía de haber seis o siete de ellos tirados en mitad de la calle, sangrando sus bonitas chaquetas blancas.

Pero tenía que haberme dado cuenta que algo iba mal desde el momento en que los vio la Bala. No eran suficientes. Si esto era un ataque en gran escala al club de los Escarlatas ¿por qué los Cabezas los atacaban con solo una docena de hombres? Nosotros mismos habíamos bajado la calle con treinta y cuatro muchachos. ¿Era posible que los Cabezas hubieran desestimado la fuerza de los Escarlata? No, no era posible. Eran tan inteligentes como nosotros, y tenían que saber que los Escarlatas eran un club muy fuerte. Entonces ¿por qué una fuerza de ataque tan pequeña?

La respuesta a esa pregunta me sorprendió totalmente, aunque ahora que lo pienso, fue una gran estrategia militar. Siempre alabo una acción cuando se lo merece, y si los Cabezas planearon un buen ataque, lo digo, sencilla y honestamente. Era un ataque lateral ¿entiendes? Iban a atacar el edificio desde dos lados. El primer grupo, el que nos encontramos en la Avenida Gateside, obviamente, tenía que ir por la puerta delantera del edificio. El segundo, que bajaba por la calle Delaney, supongo que tenía que entrar en el edificio por la puerta lateral del sótano. Pero lo que sucedió fue que nos vieron liados con la fuerza principal de ataque de Gateside y lo siguiente que supimos es que estábamos atrapados entre tenazas, luchando con el grupo de Gateside por delante y con el Delaney por detrás. Eran malas noticias. Solo nos quedaba una cosa por hacer, e incluso eso era arriesgado, pero de todas maneras, lo hicimos. Entramos en el edificio.

La Bala y otros seis de los nuestros nos cubrían la retaguardia escondidos en el vestíbulo y disparando a la calle, manteniendo a los Cabezas alejados mientras el resto de los nuestros cargábamos escaleras

arriba para atrapar a los Escarlatas. El primer Escarlata que nos encontramos era una basura negra, pequeña, llamado Jeremy Atkins, que era un júnior y el hermano de Lewis Atkins, al que nos habíamos cargado la semana pasada. Bajaba por las escaleras, posiblemente para ver qué era todo el ruido de la calle y Little Anthony se lo cepilló de tres disparos certeros. Bajó rodando de cabeza las escaleras, todos nos hicimos a un lado para dejarlo pasar y Doc le dio una patada en las costillas cuando se paró unos diez peldaños antes del final.

Mighty Man, en persona, estaba arriba de las escaleras.

Yo no estaba armado, sabéis, ya os lo he dicho. Ya sé que no me crees, pero es la pura verdad. No estaba armado. No fui yo quien mató a Mighty Man. No sé quién lo hizo. Quien quiera que fuera hizo un disparo muy bueno. Mighty Man se llevó dos balazos justo entre los ojos, uno encima de otro, bang, bang, dos agujeritos nítidos perforados justo en medio de los ojos. Fue hermoso. Cayó muerto en el acto, pasamos por encima de él y entramos en el gran salón aquel que tienen allí arriba, apestoso a sudor de negro y orines, todos los tipos estaban peleando confusos, enterándose apenas de que esto era una invasión y que los íbamos a liquidar. Doc fue alcanzado por una bala justo cuando oí las sirenas. Le dio en el estómago. Todo el mundo disparaba, gritaba y empezaba a escaparse de allí porque sabían que sirenas quería decir pasma y eso se había hecho con la intención de terminar la guerra, no para ser ligados y pudrirse en la cárcel. Había gente arrollándome por todas partes. Doc intentó ponerse de pie. Se sujetaba las tripas. Alguien le había disparado con una pistola de gran calibre, posiblemente un 45, a esos negros les gustan las pistolas grandes. Cayó contra mí e intenté sujetarlo, pero estaba muy resbaladizo y húmedo, mis manos se llenaron de sangre, ahí fue cuando oí a alguien que gritaba desde abajo: «Oficial de policía, todo el mundo quieto» y subisteis vosotros, muchachos y me esposasteis y me trajisteis aquí.

Por eso cuando me preguntáis por qué lo hice, tengo algunas preguntas que haceros a vosotros. La primera es: ¿por qué hice qué?, ¿por qué intenté traer la paz al barrio?, ¿por qué intenté acabar con esta guerra entre pandillas que dura desde Dios sabe cuándo?, ¿por qué intenté solucionarlo con honor y orgullo?, ¿por qué intenté limpiar las calles de dos pandillas

que, tal vez, eran un peligro para toda la ciudad? Si eso es lo que me estáis preguntando, entonces la respuesta es la que he dado antes.

Lo hice porque soy el jefe, por eso. Soy el líder electo y es mi deber y mi responsabilidad cuidar de la gente a la que sirvo.

Eso es todo lo que hay. Es todo lo que tengo que decir.

Sacaron a Randall Nesbitt de la comisaría esposado. Caminaba con su cabeza alta, con la peculiar sonrisa de personalidad televisiva en la boca. Al final del pasillo, se dio la vuelta e hizo un tajante ademán de saludo con la mano a los detectives que lo estaban observando.

—*Todavía* no sabe lo que ha hecho —comentó Kling.

—Nunca lo *sabr*á —respondió Carella.

—El jurado se lo recordará.

—Sí. A Dios gracias todavía hay jurados. Meyer-Meyer que había pasado al lado de Nesbitt y su escolta de policía en los escalones de salida, entró ahora en la comisaría, se quitó el abrigo y el sombrero y dijo: «¿Quién era ese?».

—Era el jefe —contestó Carella. Tenemos abajo toda una jaula llena con su gente. Y Broughan en la 101 tiene encerradas a otras dos bandas. Demasiados para una sola estación de policía.

—¿Sí? —inquirió Meyer—. ¿Qué ha hecho?

—Terminó la guerra —respondió Carella.

—¿Tú de dónde vienes? —preguntó Kling.

—¿Yo? Me invitó a cenar un escritor.

—¿A cenar? —se extrañó Kling, mirando el reloj. Eran las once y veinte.

—Sí, a cenar. Era un restaurante muy elegante. Y luego dimos un paseo por la Avenida Hall mientras le contaba mi punto de vista sobre la influencia de la televisión en los actos de violación.

—¿Qué le dijiste? —quiso saber Carella.

—Le dije que, en este país, hay influencias peores que la televisión. Le dije que si alguien necesitaba héroes violentos para imitar, podría encontrarlos a montones a su alrededor, sin siquiera encender un aparato de televisión.

—¿En quién estás pensando? —preguntó Carella.

Notas

[1] Famosos personajes de *Alicia en el País de las Maravillas*. <<

[2] Famosa batalla donde las tribus indias acaudilladas por Sitting Bull aniquilaron al séptimo de caballería que estaba al mando del Gral. Custer.
<<

[3] Tropas americanas al mando de un teniente arrasaron la aldea vietnamita de My Lai. <<

[4] *Heat* (cabeza) también es un término que se usa en el argot de los heroinómanos de N. York. <<

[5] Este y los sucesivos diálogos en cursiva, están en español en el original.

<<

[6] Juego de palabras. Faros (*hadlights*) y luces rojas (*red lights*). <<

[7] Juego de palabras en inglés. Cicatrices (*Scars*) y Pañuelos (*Scarves*). <<

[8] Juego de palabras en inglés. Cerdo (*pig*). Grande (*big*). <<

[9] En español en el original. <<

OceanofPDF.com



TÍTULOS PUBLICADOS EN COLECCIÓN «ETIQUETA NEGRA»

- **001.** DONALD WESTLAKE. *¿Por qué yo?*
- **002.** CHESTER HIMES. *Violación*
- **003.** JIM THOMPSON. *Al sur del paraíso*
- **004.** JULIÁN IBÁÑEZ. *Mi nombre es Novoa*
- **005.** ALFRED BESTER. *Carrera de ratas*
- **006.** DONALD WESTLAKE. *Policías y ladrones*
- **007.** THIERY JONQUET. *La Calera*
- **008.** CHESTER HIMES. *Plan B*
- **009.** ANDREW BERGMAN. *El escándalo del 44*
- **010.** PACO IGNACIO TAIBO. *Cosa fácil*
- **011.** THIERRY JONQUET. *Tarántula*
- **012.** ISAAC ASIMOV (rec). *Sherlock Holmes a través del tiempo y el espacio*
- **013.** JANWILLEM VAN DE WETERING. *Extranjero en Amsterdam*
- **014.** STUART KAMINSKY. *Judy*
- **015.** MARC BEHM. *La mirada del observador*

- **016.** DAVID GOODIS. *Calle sin retorno*
- **017.** LAWRENCE BLOCK. *Ocho millones de maneras de morir*
- **018.** WADE MILLER. *La elección del asesino*
- **019.** JIM THOMPSON. *Un diablo de mujer*
- **020.** JULIÁN IBAÑEZ. *Tirar al vuelo*
- **021.** H. PAUL JEFFERS. *Muerte al micrófono*
- **022.** CHESTER HIMES. *Negro sobre negro*
- **023.** DASHIELL HAMMETT. *Cuentos I*
- **024.** CARLOS PÉREZ MERINERO. *La mano armada*
- **025.** BORIS VIAN. *Escupiré sobre vuestra tumba*
- **026.** JIM THOMPSON. *Los alcohólicos*
- **027.** J. F. BURKE. *Trampa mortal*
- **028.** DASHIELL HAMMETT. *Cuentos II*
- **029.** STUART KAMINSKY. *Disparen contra Errol Flynn*
- **030.** TERRY CLINE. *Presa*
- **031.** JANWILLEM VAN DE WETERING. *Dios los cría...*
- **032.** JUAN MADRID. *Regalo de la casa*
- **033.** THIERRY JONQUET. *La bestia y la bella*
- **034.** WILLIAM P. MCGIVERN. *Un asesino contratado*
- **035.** JOSÉ LUIS MUÑOZ. *El cadáver bajo el jardín*
- **036.** JAMES MCCLURE. *El huevo ingenioso*
- **037.** MARTÍ SARROCA. *La chica que lo enseñaba todo*
- **038.** BILL PRONZINI. *Mercurio*
- **039.** DONALD WESTLAKE. *Un gemelo singular*
- **040.** JOSÉ LUIS MUÑOZ. *Barcelona negra*
- **041.** JAMES GOLLIN. *El libro de la reina*
- **042.** JUAN MADRID. *Las apariencias no engañan*
- **043.** J. P. MANCHETTE. *Volver al redil*
- **044.** DIDIER DAENINCKX. *Asesinatos archivados*
- **045.** DONALD WESTLAKE. *Adiós Sherezade*
- **046.** HORACE MCCOY. *Los sudarios no tienen bolsillos*
- **047.** BILL PRONZINI. *Sombras en la noche*
- **048.** JUAN MADRID. *Un beso de amigo*
- **049.** FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA. *Expediente Barcelona*
- **050.** DONALD WESTLAKE. *Un diamante al rojo vivo*
- **051.** JAY BENNETT. *Saluda al asesino*
- **052.** BILL PRONZINI. *Casos de archivo*

- **053.** JUAN ANTONIO DE BLAS. *¿Hay árboles en Guernica?*
- **054.** JULIAN RATHBONE. *De cuerpo presente*
- **055.** DONALD WESTLAKE. *Atraco al banco*
- **056.** JANWILLEM VAN DE WETERING. *Masacre en Maine*
- **057.** FREDRIC BROWN. *La noche a través del espejo*
- **058.** STUART KAMINSKY. *El factor Fala*
- **059.** MANUEL QUINTO. *Estilo indirecto*
- **060.** TONY HILLERMAN. *Sendero de los espíritus*
- **061.** JULIAN RATHBONE. *Objetivo: El Rey*
- **062.** J. FRANÇOIS VILAR. *Bastilla-Tango*
- **063.** MAX ALLAN COLLINS. *Un detective de verdad I*
- **064.** MAX ALLAN COLLINS. *Un detective de verdad II*
- **065.** ANDREU MARTÍN. *A navajazos*
- **066.** ANDREU MARTÍN. *A martillazos*
- **067.** JIM THOMPSON. *El asesino dentro de mí*
- **068.** HOWARD ENGEL. *Los suicidas asesinos*
- **069.** K. C. CONSTANTINE. *Asesinato en la estación de Rocksburg*
- **070.** DIDIER DAENINCKX. *Play-Back*
- **071.** ED MCBAIN. *Saludos al jefe*
- **072.** DAVID C. HALL. *No quiero hablar de Bolivia*
- **073.** STUART KAMINSKY. *Los hermanos Marx en apuros*
- **074.** THOMAS CHASTAIN. *Escapada nocturna*
- **075.** DONALD WESTLAKE. *Un pichón recalcitrante*
- **076.** THOMAS BOYLE. *Solo los muertos conocen Brooklyn*
- **077.** W. R. BURNETT. *Nadie vive eternamente*
- **078.** JULIÁN IBAÑEZ. *Llámala Siboney*
- **079.** JIM THOMPSON. *El embrollo*
- **080.** DICK LOCHTE. *El perro durmiente*
- **081.** DONALD WESTLAKE. *La luna de los asesinos*
- **082.** ALBERT DRAPER. *Ocho días de junio*
- **083.** MARK SCHORR. *Red Diamond, detective privado*
- **084.** JIM THOMPSON. *Los timadores*
- **085.** PACO IGNACIO TAIBO II. *Algunas nubes*
- **086.** DONALD WESTLAKE. *Tiempo de matar*
- **087.** BILL PRONZINI y MARCIA MULLER. *Doble*
- **088.** ED MCBAIN. *Llegó la banda*
- **089.** DANIEL CHAVARRÍA. *La sexta isla I*

- **090.** DANIEL CHAVARRÍA. *La sexta isla II*
- **091.** PACO IGNACIO TAIBO II. *La vida misma*
- **092.** DIDIER DAENINCKX. *El verdugo y su doble*
- **093.** DONALD WESTLAKE. *El palomo fugitivo*
- **094.** J. P. MANCHETTE. *Nada*
- **095.** MARK SCHORR. *Red Diamond, as del juego*
- **096.** J. FRANÇOIS VILAR. *Pasaje de los monos*
- **097.** JOSEPH WAMBAUGH. *La estrella delta*
- **098.** DIDIER DAENINCKX. *El gigante inacabado*
- **099.** STUART KAMINSKY. *Joe Louis, 10 y K. O.*
- **100.** JAMES ELLROY. *Sangre en la luna*
- **101.** LAWRENCE BLOCK. *Los pecados de nuestros ancestros*
- **102.** NICHOLAS FREELING. *Un largo silencio*
- **103.** JIM THOMPSON. *El criminal*
- **104.** MARK SCHORR. *Red Diamond, ídolo del rock*
- **105.** FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA. *Las calles de nuestros padres*
- **106.** ROSS THOMAS. *La madriguera*
- **107.** DANIEL PENNAC. *La felicidad de los ogros*
- **108.** WILLIAM P. MCGIVERN. *Uno contra todos*
- **109.** JAMES ELLROY. *A causa de la noche*
- **110.** JAMES MCCLURE. *El cerdo de vapor*
- **111.** W. R. BURNETT. *Perseguido*
- **112.** WARREN MURPHY. *Los marranos engordan*
- **113.** B. J. SUSSMAN y J. P. MANCHETTE. *De balas y bolas*
- **114.** LAWRENCE BLOCK. *Tiempo para crear, tiempo para matar*
- **115.** JAMES CRUMLEY. *Un caso equivocado*
- **116.** NICHOLAS FREELING. *El rey del país lluvioso*
- **117.** JIM THOMPSON. *Una chica de buen ver*
- **118.** WILLIAM P. MCGIVERN. *Una cuestión de honor*
- **119.** BILL PRONZINI. *Desaparecido*
- **120.** JAMES ELLROY. *La colina de los suicidas*
- **121.** HERBERT LIEBERMAN. *La noche floreciente*
- **122.** DONALD WESTLAKE. *El hombre que cambió de cara*
- **123.** DAVID GOODIS. *Viernes negro*
- **124.** GERALD PIETEVICH. *Morir en Beverly Hills*
- **125.** ANA PORTER. *Agenda oculta*
- **126.** STUART KAMINSKY. *Movimientos inteligentes*

- **127.** ELMORE LEONARD. *Hombre desconocido* 89
- **128.** LAWRENCE BLOCK. *Cuchillada en la oscuridad*
- **130.** DONALD WESTLAKE. *El convicto*
- **134.** BOB LEUCI. *La playa de Odessa*
- **136.** JULIÁN IBÁÑEZ. *Doña Lola*

OceanofPDF.com